

Paula  
Gallego

Nuestros  
días en  
Bravelands

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2021

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, junio 2021

© 2021 Paula Gallego

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

## Copyright

Nota del Editor

## Elizabeth

Prólogo

## William

1 Te vi un punto y, flotando ante mis ojos, la imagen de tus ojos se quedó

## Elizabeth

2 Ama tu ritmo y ritma tus acciones

## William

3 Como la mancha oscura orlada en fuego

## Elizabeth

4 Bajo su ley, así como tus versos

## William

5 Que flota y ciega si se mira al sol

## Elizabeth

6 Eres un universo de universos

## William

7 Adondequiera que la vista clavo

## Elizabeth

8 Y tu alma una fuente de canciones

## William

9 Torno a ver las pupilas llamear

## Elizabeth

10 La celeste unidad que presupones

## William

11 Mas no te encuentro a ti, que es tu mirada

## Elizabeth

12 Hará brotar en ti mundos diversos

## William

13 Unos ojos, los tuyos, nada más

## Elizabeth

14 Y al resonar tus números dispersos

## William

15 De mi alcoba en el ángulo los miro

## Elizabeth

16 Pitagoriza en tus constelaciones

## William

17 Desasidos fantásticos lucir

## Elizabeth

18 Escucha la retórica divina

## William

19 Cuando duermo los siento que se ciernen

Elizabeth

20 Del pájaro del aire y la nocturna

William

21 De par en par abiertos sobre mí

Elizabeth

22 Irradiación geométrica adivina

William

23 Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche

Elizabeth

24 Mata la indiferencia taciturna

William

25 Llevan al caminante a perecer

Elizabeth

26 Y engarza perla y perla cristalina

William

27 Yo me siento arrastrado por tus ojos,

Elizabeth

28 En donde la verdad vuelca su urna

William

Epílogo

Agradecimientos

A mi madre,  
por su apoyo incondicional y su fe en mí.

### **Ama tu ritmo...**

Ama tu ritmo y ritma tus acciones  
bajo su ley, así como tus versos;  
eres un universo de universos  
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones  
hará brotar en ti mundos diversos,  
y al resonar tus números dispersos  
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina  
del pájaro del aire y la nocturna  
irradiación geométrica adivina;

mata la indiferencia taciturna  
y engarza perla y perla cristalina  
en donde la verdad vuelca su urna.

*Ama tu ritmo...*  
*Las ánforas de Epicuro*  
*Prosas profanas, Rubén Darío, 1896.*

## Rima XIV

Te vi un punto y, flotando ante mis ojos,  
la imagen de tus ojos se quedó,  
como la mancha oscura orlada en fuego  
que flota y ciega si se mira al sol.

Adondequiera que la vista clavo,  
torno a ver las pupilas llamear;  
mas no te encuentro a ti, que es tu mirada,  
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro  
desasidos fantásticos lucir;  
cuando duermo los siento que se ciernen,  
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
llevan al caminante a perecer;  
yo me siento arrastrado por tus ojos,  
pero adónde me arrastran, no lo sé.

*Rima XIV*  
Gustavo Adolfo Bécquer



**Elizabeth**

# Prólogo

La gente que llega a Bravelands suele hacerlo por dos motivos: porque huye de algo o porque lo busca.

En el tiempo que llevo aquí, he aprendido que así es más o menos con todos. Puedes distinguir a la gente que ha nacido a orillas de este lago de los forasteros con una sola mirada. Cuando ves sus ojos, te das cuenta de que algo falta en ellos.

De todas formas, nadie suele quedarse mucho por aquí: unas semanas, unos meses, quizá un par de estaciones... y regresan a sus vidas.

Así se suponía que iba a ser conmigo, pero hace ya tres años que encontré este sitio por casualidad, me enamoré de sus misterios y leyendas y sigo aquí. Eso sí, para todos continuó siendo una forastera.

Ni siquiera yo sé si escapaba o buscaba algo; quizá fue un poco de ambas cosas. Tampoco recuerdo bien cómo decidí venir a este lugar. Creo que acabar aquí es el resultado de un cúmulo de casualidades, pero a una parte soñadora de mí le gusta creer que, quizá, el destino tuvo algo que ver.

Se supone que, a estas alturas, tendría que estar en mi tercer año de Derecho, a unos quinientos kilómetros de aquí, y no en Bravelands, trabajando en esta posada a media jornada y completamente fascinada por los secretos del Lago Áureo.

Pero la vida es caprichosa y ahora soy la mejor empleada que tienen Olle y Martha; la mejor, y la única, todo hay que decirlo, aunque me gusta pensar que la entrañable pareja me aprecia bastante. También soy la única ayudante que tienen en la fundación que estudia el lago, localizada a solo doscientos metros del Refugio.

Tanto la posada como la fundación son únicas en Bravelands, que no tiene más de mil habitantes y en sus mejores meses los turistas hacen ascender un poco esa cifra.

Es un pueblo antiguo, construido a orillas del Lago Áureo: un gran lago custodiado por altos picos cuyas cumbres siempre están nevadas. No hay casas que tengan más de tres pisos y todas comparten una extraña armonía de colores ocres y pardos.

La posada está casi a un kilómetro del pueblo; es una de las construcciones más cercanas al lago, igual que la fundación. Antes debía de haber más casas pegadas a sus orillas, pero las nuevas normas de construcción han hecho que el núcleo del pueblo crezca algo lejos de aquí, donde las carreteras son más regulares y el terreno, menos farragoso.

Hace un par de semanas que entramos en otoño y los veraneantes habituales que quedan por aquí se marchan junto con los últimos rescoldos de calor. Los buzos científicos, los biólogos e incluso los aficionados que aprovechan los meses más cálidos del año para realizar sus incursiones en el lago también han abandonado estas tierras, y ahora solo la fundación custodia las aguas doradas bajo las montañas.

Los otoños son fríos en Bravelands, muy fríos. Sin embargo, eso no impide que sigan llegando algunos turistas atraídos por la naturaleza salvaje que rodea el pueblo: las calles irregulares, las casitas pintorescas, los árboles altos y esbeltos... y, ahora, los cálidos colores terrosos de la estación. Sin embargo, la atracción principal es el lago, toda la imaginaria que rodea este lugar, las leyendas, los mitos y las historias que se han contado de generación en generación haciendo que el turismo prospere.

A pesar del frío de las mañanas, tengo la sensación de que durante los años que llevo aquí algo en mi interior ha cambiado, reorganizando los horarios de sueño de mi reloj interno y haciendo que despierte siempre al amanecer.

Hoy el cielo sigue teniendo un bonito color azafranado cuando me levanto. Mi habitación da al este, justo al otro lado del lago. Las primeras semanas, Martha se dedicó a enseñarme otros cuartos, pero a mí también me gusta el bosque.

Desde aquí, veo el largo camino empedrado que se pierde entre los árboles de ramas bajas y cobrizas, los helechos oscuros y la fina niebla que se posa sobre la hojarasca cada mañana. El lago prefiero contemplarlo sin cristales de por medio, frente a frente, mientras mis pies cuelgan del embarcadero de la fundación y veo mi reflejo y el de las montañas recortados contra sus aguas doradas.

En cuanto me incorporo y abro la ventana, dejo que el aire otoñal me reciba, revolviéndome el cabello cobrizo. Pucca, mi preciosa rottweiler de tres patas, salta sobre la repisa de la ventana y se agazapa, escudriñando las sombras del bosque.

En realidad, no es mía. Es de Martha y Olle, pero Pucca llegó poco después de mí y la he visto crecer desde que apenas era una bolita de pelo, muerta de miedo, cuando la pareja de abuelitos la encontró abandonada en un contenedor por su condición y la trajo a casa.

Este lugar no es solo un refugio para las personas; tenemos varios perros, unos cuantos patos, un caballo con cataratas, una burrita patizamba, cabras medio locas y un número ingente de gatos.

De verdad, puede que haya un millón de gatos.

Sigo la dirección de la mirada de Pucca y busco aquello a lo que mira con tanta atención mientras mueve la cola. Quizá haya visto alguna ardilla o, tal vez, haya encontrado algún zorro o corzo pequeño.

Durante la noche los animales suelen bajar al lago desde las montañas a beber agua, y no sería la primera vez que nos encontramos cara a cara con uno.

Sin embargo, no es eso a lo que Pucca mira con semejante interés. Descubro que alguien se acerca por el camino cubierto de hojas perennes, en dirección a la posada, con andar rápido y sigiloso.

Desde aquí no lo veo bien, pero parece un hombre. Lleva una gran mochila echada al hombro y ni siquiera repara en el paisaje mientras se acerca.

De pronto, Pucca comienza a ladrar y yo doy un respingo, sobresaltada.

El intruso también la escucha.

Maldita sea. La han escuchado en quince kilómetros a la redonda.

—Pucca, calla —la regaño, acariciando su hocico y tirando de ella para que se aparte de la ventana.

Cuando vuelvo a asomarme, descubro que el recién llegado se ha quedado mirándonos en medio del camino. Esbozo una sonrisa de disculpa, aunque no creo que pueda verla, y alzo la mano para saludarlo.

Él ladea la cabeza, curioso, y me contempla unos instantes más antes de seguir caminando, con la vista fija en el suelo.

Pucca salta, aterrizando sobre sus tres patas, entusiasmada, y da un par de vueltas sobre sí misma antes de marearse y detenerse mientras me mira, expectante.

La acaricio entre sus orejas y me preparo con rapidez; vaqueros ceñidos, jersey holgado y botas negras. Estoy despeinada y, probablemente, tenga pelos de loca, pero si el visitante quiere

que alguien lo reciba, tendrá que soportar mis rizos rebeldes.

Para cuando bajo las escaleras, procurando no hacer ruido, y Pucca me sigue con el cuidado de un elefante dentro de una cacharrería, él ya está frente al mostrador.

La perrita me adelanta y pasa junto a mí como una exhalación. Me pongo un poco nerviosa y espero que el cliente no sea demasiado asustadizo, porque he de reconocer que, si un ejemplar como Pucca viniese hacia mí con ese tamaño y esa velocidad, me pensaría dos veces si viene a jugar; aunque en realidad es más mansa que un corderito.

Escucho cómo Pucca patina sobre el suelo de madera, extasiada, y decido bajar más rápido por si acaso.

No queremos que nadie se ponga a gritar desde tan temprano.

Cuando llego al primer piso, descubro que todo está bajo control y me relajo.

El recién llegado ha dejado su equipaje junto al mostrador y ahora está agachado atendiendo a la perrita, que reclama su atención mientras da vueltas sobre el suelo y exige caricias.

Se me escapa una risa cuando la veo y, entonces, él alza sus ojos hacia mí.

Son del color de una tempestad y de una calidez insólita e inesperada. Dos cejas largas y gruesas enmarcan una mirada poderosa y salvaje, y unas tupidas pestañas hacen que resulte un poco más dulce.

Lo que más me llama la atención de sus ojos, sin embargo, es el gran moratón cárdeno que cubre su ojo izquierdo: es oscuro e irregular y un abanico de colores rojizos y violáceos lo adornan.

El joven se pone en pie despacio. Es alto, ancho de hombros y esbelto de cintura. Bajo el cuello de su jersey gris se adivinan las líneas de un tatuaje y lleva el pelo oscuro, ondulado, cubierto por un gorro negro.

Cuando clava sus ojos en mí, no puedo evitar pensar que hay cierto halo emocionante e inhóspito que lo rodea. Los tatuajes, los mechones oscuros que caen sobre su frente, el ojo amoratado y el labio inferior partido..., todo le da un aire problemático muy logrado.

Y es bastante imponente.

Ladea un poco la cabeza, sin dejar de mirarme y, de pronto, caigo en la cuenta de algo.

Lo conozco.

Conozco a este hombre.

Hace años que no lo veo, justo desde que me marché. Ha llovido mucho desde entonces; ahora él debería tener unos... ¿veintitrés?

Está más alto, sus rasgos se han endurecido y tengo la impresión de que no había tatuajes asomando por el cuello de su camiseta la última vez que lo vi. Pero sé que es él. Ese aspecto es difícil de olvidar.

He debido de quedarme mirando más de la cuenta porque, antes de que lo salude como es debido, es él quien habla con voz grave pero melódica.

—¿Os quedan habitaciones?

**William**

# 1

## Te vi un punto y, flotando ante mis ojos, la imagen de tus ojos se quedó

Conocí a Elizabeth en el instituto.

Yo había repetido y ella había empezado a asistir a clases avanzadas. Nos encontramos ahí, en ese limbo, en ese espacio que decía mucho de ella y, lamentablemente, mucho de mí. Los que no triunfamos siempre tenemos una etiqueta. La mía era bien grande.

Elizabeth era lista, curiosa. No respondía cuando sabía las respuestas, pero siempre preguntaba cuando no las tenía. Quería aprender.

En una época en la que todo era prácticamente gris, encontré colorida su forma de vivir el mundo, de intentar comprenderlo.

Nunca llegamos a hablar en clase. Creo que ella ni siquiera se fijó en mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Éramos muchos. Pocos nos conocíamos. Yo me sentaba detrás para no llamar la atención, y ella delante porque le gustaba estar cerca cuando llegaban las explicaciones.

También era preciosa. Tenía el pelo corto y cobrizo, del color del trigo muy tostado, y unos ojos negros enormes y despiertos, enmarcados por dos cejas finas y alargadas.

Pero lo más bonito era su sonrisa.

Sonreía durante todo el tiempo: a los profesores, a los alumnos, incluso a aquellos a los que no conocía. Tenía una sonrisa para todo el mundo y yo envidiaba esa capacidad para desprenderse de algo tan hermoso. Si yo hubiera tenido una sola de aquellas sonrisas, no se la habría entregado a nadie.

Nunca me atreví a hablar con ella, porque nunca creí que mereciera la pena intentarlo. Yo no era la clase de persona con la que salía alguien como Elizabeth. Ella habría quedado mejor junto a alguien igual de amable, dulce y desprendido, alguien inteligente, con mil planes de futuro y un camino brillante y lleno de éxito.

Por eso me costó tanto creérmelo cuando Kev, después de hablarnos durante semanas de su última conquista, decidió presentárnosla y descubrí que no era otra que Elizabeth.

No fue una presentación formal. Kev nunca tenía rollos serios. Iba y venía con diferentes chicas y a veces las conocíamos cuando las traía con nosotros.

Aquel día íbamos a pasar la tarde a un parque natural. Él llegó un poco más tarde, de su mano. Yo estaba distraído jugando a las cartas cuando apareció y al principio no la reconocí. Tuve que mirarla dos veces para comprobar que era ella.

Acostumbrado a verla solo en las clases más difíciles, a veces por los pasillos del instituto, verla allí fuera de su contexto me descolocó; ver que estaba dándole la mano a Kev rompió todos mis esquemas.

Uno a uno, se la presentó a todos los chicos; la presentó como Izzy, ni como una novia, ni como una amiga. Nosotros sabíamos que era una conquista pasajera.

Cuando llegó a mí y Kev pronunció mi nombre, Elizabeth tardó un segundo en responder, solo uno, pero para mí fue suficiente para imaginar que me reconocería, que se acordaría de mí.

No fue así.

Elizabeth me dedicó una sonrisa amable, un poco cohibida, y continuaron las presentaciones.

No sabía quién era.

**Elizabeth**



## 2

# Ama tu ritmo y ritma tus acciones

Tardo unos segundos en responder.

—Eh... sí.

Cuando logro reaccionar, rodeo el mostrador y enciendo el pequeño monitor del ordenador.

Lo miro de reojo.

Me sorprende un poco que no me haya reconocido. No es que nos moviéramos en los mismos círculos durante el instituto. Vamos, solo hay que verlo para saber que no estaba en el cuadro de honor de la escuela, pero fuera... hubo un tiempo en el que fuera tuvimos amigos en común.

Sé que he pasado tardes con él, noches enteras; y no se acuerda.

Se llama William.

Vuelvo a mirarlo y le dedico una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Bastante —responde, escueto.

Lo intento otra vez.

—Tengo que hacer una reserva en el programa, no puedo dejar algo indefinido —le explico.

—Entonces, de momento una semana.

Asiento y comienzo el registro.

—William, ¿qué más? —pregunto, amable, usando su nombre a propósito. Tal vez así me recuerde.

Me observa frunciendo el ceño. Pucca sigue correteando entre sus piernas, nerviosa, pero él ya no le presta atención.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Fuimos al mismo instituto —le aclaro—. Izzy —continúo, llevándome una mano al pecho—. Estaba un par de cursos por debajo... Mi amiga Ellen salía con uno de los chicos de tu grupo... aquel que jugaba en el equipo de... —Me detengo—. ¿No te acuerdas de mí?

—No.

Está claro que no tiene ni idea y mentiría si dijese que eso no me molesta bastante.

—Bueno. No importa. ¿Cómo te apellidas? —insisto, tirando la toalla.

William se inclina un poco sobre el mostrador, apoyando sus fuertes antebrazos en él, y continúo con las cuestiones rutinarias mientras me pregunto cómo no puede acordarse de mí.

No me parecería mal que no recordase mi nombre. Pero ¿ni siquiera mi cara? ¡Yo me acuerdo de él! Además, estamos a quinientos kilómetros de casa y ver una cara conocida no suele ser habitual. ¿No debería, al menos, esforzarse un poco por hacer memoria? No parece ni lo más mínimamente interesado en ello.

Cuando terminamos, tomo la llave de su habitación y me dirijo hacia las escaleras.

—¿Necesitas que te ayude con eso? —pregunto, señalando el pesado fardo que ha dejado contra el mostrador.

Por toda respuesta, me mira de arriba abajo y enarca una ceja de una manera que no me hace mucha gracia.

—Soy más fuerte de lo que parece —le hago saber.

—Estoy seguro de que sí —responde, como si la cosa no fuera con él.

Luego se agacha, recoge su equipaje y se lo echa al hombro.

Suspiro. No parece muy hablador nuestro William.

Intento hacer memoria, recordar la época en la que mis amigas empezaron a verse con su grupo. Si no recuerdo mal, William era uno de los mejores amigos de Kev.

Kev.

Una punzada de nostalgia me atraviesa.

Durante un instante me imagino preguntándole por él, pero lo descarto enseguida porque hace mucho tiempo que dejé atrás mis comportamientos autodestructivos.

Enfilo las escaleras, mirando hacia atrás para asegurarme de que me sigue, y me giro un poco hacia él sin llegar a detenerme.

—¿Vienes a relajarte?

Enarca una ceja.

—La gente suele venir a desconectar de todo el caos de la ciudad. Aquí hay paz y nada de coches, ruido o aglomeraciones. ¿Vienes a hacer una pausa?

—Algo así —responde, sonriendo levemente.

Pucca nos sigue de cerca, enredándose entre nuestras piernas, y temo que nos haga caer en cualquier momento. Seguimos subiendo hasta el segundo piso y aguardo hasta que llega a mi lado para seguir caminando junto a él.

Empiezo a recitar la misma cantinela aprendida que me toca murmurar con cada nuevo cliente.

—Los desayunos son a las siete, las comidas, a la una del mediodía y las cenas, a las ocho de la tarde. No hace falta que avises antes si vas a aparecer; aquí siempre hay comida de sobra. —Espero a que asienta y continúo—. Limpiamos la habitación todos los días y también cambiamos las toallas que dejes en el suelo.

Cuando llegamos a su puerta, introduzco la llave y hago girar el picaporte mientras empujo.

Las habitaciones son parecidas. Esta de aquí da al lago. Hay una bonita chimenea en una de las paredes, un sillón blanco frente a esta y la cama de sábanas blancas más al fondo. Al otro lado de la habitación está el baño.

Los suelos son de madera y los muebles, blancos. El conjunto posee cierto encanto hogareño que me enamoró la primera vez que lo vi; y las vistas son sencillamente impresionantes.

Entro y me acerco al ventanal para descorrer las cortinas y dejar que vea el lago.

—Los dueños de la posada son Martha y Olle. Siempre andan por aquí; supongo que pronto los verás. —Lo sigo con la mirada cuando se acerca a la cómoda y deja que su equipaje caiga al suelo—. Si necesitas cualquier cosa, puedes contar con ellos o conmigo. Solemos estar por las zonas comunes, pero si es tarde y tienes una emergencia, puedes llamarme a mí. Mi habitación es la 23.

Por primera vez desde que he empezado a hablar, siento que hay reacción en su expresión.

Se gira hacia mí, enarcando una ceja mientras la comisura de su boca se inclina ligeramente hacia arriba. Pero es breve. Pronto, vuelve a adoptar una actitud de lo más serena.

Si tenía algún comentario burlón, se lo ahorra y no dice nada mientras voy hasta la puerta.

—Organizamos actividades todas las semanas... —empiezo a decir—. Aunque no creo que sean de tu estilo, siempre eres bienvenido.

—¿Por qué crees que no serán de mi estilo? —pregunta, y estaba tan convencida de que me iba a marchar después del monólogo más largo de la historia de la humanidad que me sorprende al escuchar su grave voz.

—Bueno, es que son actividades muy familiares. Damos paseos por el lago, hacemos excursiones por la montaña, recolectamos hojas, enseñamos a preparar infusiones...

William camina hasta mí y se me queda mirando desde su metro noventa con las manos en los bolsillos. Pucca, que ha entrado en la habitación, se dedica a husmear cada rincón.

—Lo de las infusiones suena bien.

Lo dice tan serio que, durante un instante, lo creo. Luego sus tatuajes, su pose arrogante y su pelo rebelde me traen de vuelta a la realidad.

Se me escapa una sonrisa.

—Entonces te avisaré cuando organicemos algo así. No lo hacemos todas las semanas, pero quizá puedas disfrutarlo antes de irte —le digo, divertida—. También hacemos manualidades y talleres de cocina con los niños del pueblo.

—Me muerdo de ganas —murmura.

De nuevo, lo dice tan serio que no estoy segura de si bromea. Su serenidad solo hace que mi sonrisa crezca aún más, tentándome a seguir por el mismo camino.

—Estás de suerte, porque eso lo hacemos todos los viernes por la tarde.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Me muerdo los labios y, esta vez, sí que veo una sonrisilla cuando las comisuras de su boca se elevan un poco hacia arriba.

Vaya. Tiene una sonrisa bastante bonita.

—Creo que eso es todo —le digo, retrocediendo y saliendo de la habitación. Él da dos pasos hacia mí, apoyándose en el marco de la puerta mientras los músculos de sus brazos se flexionan bajo el jersey—. Si necesitas nuestra ayuda... —empiezo y, de pronto, me doy cuenta de algo. Señalo su ojo amoratado—. Si necesitas que alguien le eche un vistazo, disponemos de un botiquín y Olle y yo tenemos un curso de primeros auxilios.

—No te preocupes, todo está en su sitio —me dice, esbozando una media sonrisa.

—Como quieras. Pero si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. —Me echo a un lado y me asomo un poco—. ¡Pucca, vamos! —la llamo y ella sale disparada, patinando por el suelo, hasta que llega al pasillo y emprende la carrera.

Voy a despedirme cuando vuelve a hablar.

—¿En qué habitación me has dicho que te quedas? —pregunta, tranquilo. Y hay algo peligroso en su voz que hace que a la mía le cueste un poco salir.

—23.

William recorre el pasillo con la mirada, fijándose en los números que hay grabados sobre las puertas, y asiente para sí mismo.

—Parece que te tengo bastante cerca —comenta, volviendo a clavar sus ojos azules en mí—. Si necesito algo de ti..., ¿puedo avisarte a cualquier hora? —Su voz, grave y oscura, me atraviesa como una daga.

Asiento, repentinamente ruborizada, y me apresuro para escapar de una situación que, de pronto, me pone un poco nerviosa.

Pienso en los años de instituto, en el tiempo que pasé con Kev y sus amigos y en que William tenía la fama de haberse metido bajo muchas faldas.

Quizá debería andar con cuidado.

—Espero que disfrutes de tu estancia y tus días en el Refugio sean felices... —murmuro, avergonzada por primera vez de lo que tengo que decirles a los huéspedes.

Él me obsequia con una última y sutil sonrisa, apenas perceptible, y yo doy media vuelta mientras Pucca regresa del pasillo y me acompaña escaleras abajo.

William no vuelve a dar señales de vida en todo el día. No se presenta a la hora de la comida y tampoco a la hora de la cena. Ni siquiera lo veo salir de su habitación y yo sigo con mi trabajo de siempre.

**William**

### 3

## Como la mancha oscura orlada en fuego

Las palabras habían salido de mi boca sin permiso cuando me la encontré frente a frente, después de tres años.

«Cómo sabes mi nombre?».

Idiota.

«¿No te acuerdas de mí?».

«No».

Ni siquiera sé por qué lo hice. Supongo que esto no es lo que esperaba cuando llegué aquí. ¿Pero acaso esperaba algo diferente? ¿Qué?

Kev sabía que Elizabeth estaba aquí, o al menos le habían llegado rumores, igual que a mí. Pero él no sabía que yo conocía esa información y, cuando llegó el momento de decidir a dónde nos marcharíamos cada uno, yo no me lo pensé cuando señalé con despreocupación un lugar en el mapa.

«Aquí», dije sin pensarlo mucho.

A todos les pareció bien. Bravelands apenas tiene habitantes, está apartado, es tranquilo... Una buena opción para esconderse mientras pasa la tormenta. Si Kev se dio cuenta de que no fue casualidad, no dio señales de ello. Cada cual eligió otro sitio lo suficientemente apartado y ese mismo día nos despedimos.

Sigo sin saber por qué elegí Bravelands, por qué después de tres años pensé en Elizabeth en un momento como ese.

Quizá porque no había un mal momento para pensar en ella.

He estado un día entero encerrado en mi cuarto y quizá sea hora de encontrar una excusa para salir, para reparar lo hecho.

Quizá pueda bajar a desayunar.

Una parte de mí sabía que su presencia aquí podría ser solo un rumor. Sabía que, incluso si era verdad, podría no encontrarla. No esperaba verla trabajando en la única posada del pueblo. Cuando escuché los ladridos de aquella perra que la acompañaba y vi su figura en la ventana, creí que estaba soñando; que las largas horas en la carretera sin lograr conciliar el sueño me pasaban factura y estaba imaginando lo que quería ver.

Cuando la vi bajando por las escaleras, me quedé helado.

Y después fui completamente idiota.

¿Por qué le había dicho que no la recordaba?

**Elizabeth**

## 4

# Bajo su ley, así como tus versos

Todavía falta un poco para que Olle y Martha se despierten y empiecen a preparar el desayuno. Hasta entonces, me encargo de la rutina de todos los días. Adecento un poco mi cuarto y salgo con Pucca a la calle, en dirección a la granja, que está solo a unos metros de la posada y es allí donde duermen el resto de animales.

Dejo salir a los perros, que se ponen como locos cuando me ven llegar, y hago lo mismo con las tres cabras, que saltan dentro de su recinto, y los patos, que juegan al escondite con los gatos.

Saco a Tirso, el caballo con cataratas, de su cuadra y guío a Penélope, la burrita patizamba, hasta el exterior.

El Refugio es un lugar libre de vallas. Los animales no se marchan. Pueden alejarse durante el día, pero por la noche regresan. A veces, vuelven más de los que se fueron, y Olle y Martha siempre tienen sitio para uno más, así que la familia crece rápido.

Cuando termino y parece que la posada ya tiene un poco más de vida, vuelvo a subir a mi cuarto y me doy una ducha rápida. Pucca se queda abajo y se pierde en el bosque con el resto de su manada.

Para cuando salgo de mi habitación, ya escucho jaleo en la cocina. Bajo con el pelo aún mojado y saludo a Olle, que ya está al otro lado del recibidor.

—¡Buenos días, Olle!

—Buenos días, Izzy —me responde, afable—. Ayer registraste a alguien nuevo... ¿no? —inquire, separándose un poco las gafas del rostro e inclinándose sobre la pantalla del ordenador.

Se me escapa una risa. Olle aún no se ha familiarizado con las nuevas tecnologías. El año pasado informatizamos el sistema de registros y aún no le ha pillado el truco.

—Sí. Se queda en la segunda planta; una semana, de momento —le digo, tranquilizadora.

—Ah, así que he acertado —bromea, volviendo a colocarse las gafas, y me dedica una sonrisa.

Cuando me despido, cruzo el comedor hasta llegar a la cocina y descubro que Martha ya ha hecho casi todo. En verano, cuando esto está a rebosar, solemos ofrecer los desayunos en el salón de fuera. Pero, ahora que hay espacio suficiente, los desayunos son aquí dentro.

Hay una gran mesa de madera de roble, un poco vieja y picada pero con encanto, varias sillas y un sinfín de útiles de cocina desperdigados por las estanterías.

—Buenos días, Martha —la saludo, asomándome para ver qué está haciendo—. ¿Te ayudo?

—¡Ah, hola, niña! —exclama al verme—. Mete los *croissants* en el horno, por favor.

Obedezco y me quedo unos instantes mirando qué está haciendo, pero Martha no me deja tocar nada. Como la mesa está puesta y lista para cuando empiecen a bajar los huéspedes, no hay mucho que hacer, y ambas nos sentamos frente a un plato con galletas mientras charlamos.

Pronto, los visitantes comienzan a presentarse. Entre semana no hay muchos en la casa y la posada está tranquila. Me quedo aquí, prácticamente sin hacer nada más que zamparme las galletas y los *croissants* de Martha, hasta que Él aparece por la puerta.

Es William.



Se aproxima despacio, un poco somnoliento, vacilante.

En cuanto lo ve, la mujer se presenta, tan cariñosa como siempre, y yo no puedo evitar sorprenderme un poco. No parece la clase de chico a la que le vayan los desayunos en familia.

Sin embargo, aquí está. Con unos pantalones negros gastados, una camiseta de manga larga que se ciñe a su cuerpo y el pelo despeinado y revuelto.

Toma asiento frente a mí y, cuando Martha lo libera de sus afectuosas atenciones, saluda al resto de huéspedes, pero enseguida se olvida de ellos y se centra en su desayuno.

Intento seguir la conversación de Martha, que habla sobre su nieta con una pareja que acaba de bajar a desayunar, pero William me distrae.

Está comiendo en silencio, abstraído. Se ha servido unas galletas y las devora a grandes bocados. De vez en cuando se lleva los dedos a la boca para chupar el azúcar que ha quedado en ellos.

No puedo evitar pensar que William ha cambiado.

Ya tenía ese aire de chico malo cuando lo conocí por primera vez; no recuerdo exactamente cuándo, ni dónde, pero sí que fue a través de Kev. Algunas de mis amigas estaban loquitas por él, pero creo que yo nunca llegué a cruzar más de dos palabras con William.

Ahora ese aire de chico malo sigue estando ahí. Pero es algo más que eso. Esa altura impresionante, los pómulos prominentes, la línea de su mandíbula, la barba de dos días y los tatuajes que asoman por el cuello de su camiseta... Ya no es solo un chico. Dios. No lo es.

No sé muy bien por qué, pero de pronto siento que el calor asciende a mis mejillas.

Por aquel entonces yo también me dejaba encandilar por los encantos de ese tipo de chicos. Una no es de piedra y con dieciséis años aún no sabes demasiado sobre la vida o sobre amor. Pero aprendí. Lo hice por las malas, pero conseguí comprender que a veces no merece la pena.

«Ni siquiera Kev la merecía», me recuerda una vocecilla en mi interior.

—¿Te gusta algo de lo que ves? —pregunta William, arrancándome de mis cavilaciones.

Cuando me doy cuenta de que me he quedado mirándolo embobada, de nuevo, me sonrojo aún más. Se lleva los dedos a los labios y los lame con lentitud. Ese gesto tan condenadamente sexy parece deliberado, y eso me cabrea un poco.

—¿Cómo te lo hiciste? —pregunto, señalando su ojo amoratado.

Mientras me doy palmaditas en la espalda por mi rápida respuesta para salvar la situación, observo cómo William se reclina en su asiento y cruza los brazos ante el pecho.

—Una pelea de bandas —dice con su habitual tono templado y tranquilo.

Río, pero me detengo cuando comprendo que aún no he aprendido a distinguir cuándo habla en serio y cuándo bromea.

La verdad es que parece salido de la novela *Rebeldes* y no me extrañaría nada que tuviese por costumbre meterse en problemas de ese tipo.

—Solo bromeaba —dice de pronto—. Dios, chica, no me mires así.

Me avergüenzo un poco y esbozo una sonrisa de disculpa.

—¿Cómo fue entonces? —insisto.

—¿Quieres que te lo cuente? —pregunta, arqueando una ceja oscura. Yo asiento, impaciente. Él se inclina sobre la mesa, acercándose a mí, y yo hago lo propio—. ¿Me guardarás el secreto? —pregunta.

Vuelvo a asentir y me acerco aún más cuando mira a ambos lados y me hace un gesto. Nuestros rostros quedan a tan solo unos centímetros de distancia, pero no creo que ninguno de los que están en la cocina nos esté prestando atención.

—Está bien —acaba diciendo él en un murmullo, y su aliento acaricia mis labios, haciendo que un hormigueo se desate por toda mi columna—. Durante las noches hago algo —explica, bajito, y hace una pausa dramática. Tanta ceremonia y tanto misterio me mosquean un poco, pero estoy más intrigada de lo que me gustaría admitir—. Por las noches... —dice a tan solo un palmo de mí—, lucho contra el crimen.

Una lenta sonrisa se extiende por sus labios cuando ve mi expresión consternada y yo me aparto de él, irritada. Me cruzo de brazos.

—Qué gracioso.

—A mí me lo parece —replica él, sobradamente encantado. Vuelve a reclinarsse en su asiento y toma su taza entre las manos para darle un sorbo.

—¿No me lo vas a contar?

—Me parece que no.

—¿Por qué no?

William frunce levemente el ceño.

—No te recordaba tan curiosa.

—Creía que no te acordabas de mí —replico.

—Puede que haya hecho memoria.

Se pasa la lengua por los labios. William sigue comiendo tranquilamente, sin apartar los ojos de mí. Al cabo de un rato, vuelve a hablar.

—¿Es que vas a seguir mirándome?

—Tienes el pómulo abierto —observo—. Está incluso peor que ayer.

—Se está curando —objeta.

—Si con «curando» te refieres a desarrollar gangrena... sí, se está curando a la perfección.

—No se te puede gangrenar la cara. Además, está perfectamente.

—¡Tonterías! —Martha irrumpe en la conversación con entusiasmo, haciendo que me sobresalte—. ¡Tienes la cara fatal, muchacho! —le dice, apoyando una mano sobre su hombro e inclinándose un poco sobre él para verlo mejor—. Deberías ir al médico. ¿Necesitas un plano? Te indicaremos por dónde se va.

—Es muy amable, señora, pero no necesito ir al médico —le dice él, serio.

—Entonces llamaré a Olle para que te eche un vistazo. Tiene un curso de primeros auxilios —insiste, alegre, y a mí se me escapa la risa al ver la expresión consternada de William—. ¡Olle! —empieza a gritar—. ¡Olle! ¿Dónde estás?

—No es necesario, de verdad —se apresura a decir, nervioso.

—¡Olle! —Martha se asoma hacia el salón y sigue llamándolo desde ahí—. ¡Olle!

Aprovecho para ponerme de pie y le hago un gesto con la cabeza a William.

—¿Vienes o esperamos a que aparezca Olle?

Él me dedica una mirada incendiaria, pero no necesita pensárselo mucho para darse cuenta de que soy su mejor opción y acaba poniéndose en pie también, echando la silla hacia atrás.

Paso al lado de Martha, que sigue llamando a su marido, y William me imita.

—Ya me encargo yo —le aseguro y ella asiente, satisfecha, dejando a Olle tranquilo. Cuando paso a su lado, me guiña un ojo. Creo que William no se da cuenta del gesto.

Voy hasta el almacén, saludando a los huéspedes con los que me cruzo por el camino, y espero a que él entre para cerrar la puerta y abrir el botiquín que cuelga tras esta.

Mientras busco lo que necesito, veo que se pasea por el pequeño cuarto con las manos en los bolsillos, curioseando las esquinas.

—Siéntate —le pido, señalando la vieja mesa sobre la que descansan decenas de cajas apiladas.

William está a punto de decir algo, pero obedece. Aparta las cajas a un lado y toma asiento en la mesa. Yo dejo lo que he cogido sobre esta y humedezco una gasa con agua oxigenada.

Me acerco a él tanto como soy capaz sin sentirme incómoda y tomo su mentón entre los dedos para hacer que alce el rostro.

En cuanto la gasa toca su piel amoratada, deja escapar un quejido y me detengo.

—Ay. Eso ha dolido un poco.

Las comisuras de su boca se elevan hacia arriba y yo pongo los ojos en blanco. Continúo a lo mío.

—Parece bastante reciente. Como mucho tiene un par de días —comento, aunque no espero que responda.

—Eres bastante testaruda, ¿no?

—Bastante. —Sonríó—. Y bien, ¿qué planes tienes?

—¿Sobre el futuro, la vida...?

—Sobre el tiempo que te quedes en Bravelands. Has venido solo, ¿no? ¿Vienes a visitar a alguien?

—Estoy solo —responde, y vuelve a hacer un aspaviento cuando aprieto un poco su herida—. Eso ha vuelto a doler.

—Quejica —contesto.

Me hago con una pomada antiinflamatoria y empiezo a repartirla con suavidad sobre su pómulo con cuidado de no tocar la herida.

—Esto debería bajarte la inflamación —murmuro—. Espero que mereciera la pena.

—¿A qué te refieres? —inquire, mirándome a los ojos.

—Que te partieran la cara así. No se me ocurre nada que lo merezca, pero espero que para ti valiera la pena.

William frunce un poco el ceño y se echa ligeramente hacia atrás, apartándose de mis manos, que quedan en el aire, suspendidas entre los dos.

—Crees que soy un cliché andante, ¿no?

—No... —respondo, quizá demasiado rápido.

—Oh, venga —protesta—. Los prejuicios no favorecen a nadie.

Enarco las cejas, sorprendida.

—Yo no tengo prejuicios contigo.

—¿No? —inquire—. ¿Y por qué tengo la impresión de que ya me has colocado la etiqueta de tío problemático?

Me quedo en silencio y tomo la caja con las tiras adhesivas para cerrar heridas. Le quito la película de plástico a la primera y me acerco más a él para ponérsela sobre la herida mientras pienso en lo que ha dicho.

Es cierto que prácticamente no lo conozco, pero sí conocía a Kev.

—No te he puesto ninguna etiqueta.

—Ya —contesta con cierta rabia.

Sigue mirándome y yo lo miro a él mientras mis dedos se deslizan sobre su rostro, buscando cerrar su herida.

—Ya está —le digo cuando acabo, y me separo de él con suavidad.

Comienzo a recoger todo mientras él me mira de hito en hito. Me doy cuenta de que he

hecho mil preguntas que han quedado sin responder y tengo la sensación de que es plenamente consciente de ello. No conocía mucho a William, así que no sé si siempre ha sido tan enigmático.

Está bien. Último intento.

Cuando recojo todo y él se pone en pie y me sigue, me detengo en seco y me apoyo en la puerta, con las manos tras la espalda.

—Dime solo una cosa.

—¿Qué quieres? —pregunta con esa voz grave y templada.

—Las personas que llegan a Bravelands vienen huyendo de algo o buscándolo. ¿Qué haces tú aquí?

Una lenta sonrisa se dibuja en su boca, provocadora.

Vale, he de reconocer que tiene una sonrisa espectacular.

—¿Le haces este interrogatorio a todos los huéspedes o solo a los que tienen pinta de tipos malos?

Me quedo callada. Quizá haya sido demasiado insistente, tal vez piense que no me fío de él. Pero solo tengo curiosidad. Se presenta aquí con las primeras luces del alba, sin dar explicaciones, con la cara destrozada y ese rollito misterioso. Es normal que quiera saber de qué va todo esto.

William no parece la clase de chico que vendría a una posada familiar para disfrutar de su ambiente hogareño.

Abro la boca para decir algo, pero tardo unos instantes en responder y él aprovecha para rellenar el silencio.

—Relájate un poco. No tengo malas intenciones... —Hace una pausa y se inclina sobre mí, llenando todo mi espacio con su presencia—. A menos que tú quieras que las tenga. En ese caso, estaré encantado de dejar de ser un buen chico.

Una descarga desciende por mi columna y tardo una milésima de segundo en darme cuenta de que esto es un escarmiento; por preguntar, por insistir. Esa media sonrisa, el brillo divertido en su mirada, lo demuestran.

Me escabullo de entre sus brazos y tiro de la puerta para salir del almacén, poniendo un espacio muy necesario entre los dos.

—Está bien, Ponyboy, se acabó el interrogatorio. Eres libre.

Se le escapa una risa y sale detrás de mí.

—¿Cómo acabas de llamarme?

Empiezo a caminar hacia atrás, alejándome con rapidez.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos —le hago saber, ignorando su pregunta.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena más baja, oscura y peligrosa.

—Habitación 23 —murmura mientras sonrío.

Me doy la vuelta y me muerdo los labios. Empiezo a pensar que haberle dado el número de mi habitación, quizá, no haya sido tan buena idea.

**William**

## 5

# Que flota y ciega si se mira al sol

No sé qué estoy haciendo.

Me gustaría decir que todo cambió aquella noche, hace unos pocos días cuando todos tomamos una serie de decisiones y el universo se fue al traste, pero tengo la sensación de que he estado dando tumbos desde hace más tiempo. Quizá ya desde mucho antes de conocer a Elizabeth.

El lago que se ve desde la ventana es hermoso, pero no tanto como para que me apetezca apartar las cortinas de mi habitación. Intenté hacerlo el segundo día, ponerme en pie, ducharme y volver a bajar para encontrarme con ella, pero no encontré fuerzas y las cortinas siguen echadas desde entonces.

Tampoco sé qué narices hago cuando la tengo cerca.

Primero me acobardo, luego, me siento ridículo y después hago todo lo contrario. Hemos interactuado dos veces y las dos le he tirado los trastos. A lo bestia.

Ah, pero eso sí, fingiendo que no me acuerdo de ella.

Soy increíble.

He estado varios días aquí encerrado, reviviendo desde entonces la misma noche, la misma cadena horrible de decisiones, y preguntándome si esta no será parte de esa serie catastrófica.

Si Kev supiera por qué estoy aquí, si lo supiera ella... Me quedo colgado de la sonrisa de una chica y cinco años después recorro quinientos kilómetros en el peor momento de mi vida para verla. ¿No es surrealista?

Ni siquiera yo sé qué hago aquí.

Me convengo para salir esta noche, cuando todos duermen y me aseguro de que no hay nadie vigilando en recepción. Ningún huésped llega en mitad de la noche sin avisar y los que ya están aquí saben a dónde acudir si necesitan algo.

«Habitación 23».

Ya. Como si fuera a atreverme a llamar a su puerta.

Las montañas son un borrón oscuro en esta noche sin luna, con niebla. La temperatura es fría y la superficie del lago posee un brillo dorado mortecino. Pero el sonido del viento entre las ramas de los árboles es tranquilizador.

He bajado mi móvil en el bolsillo; un móvil viejo, con tapa. Lo más seguro que encontramos.

Debería tenerlo encendido y quizá debería devolver las llamadas que seguro que tengo, pero no encuentro fuerzas para esto tampoco.

Quizá Kev me pregunte si he encontrado a Elizabeth.

Izzy.

Así la llaman aquí. Así la llamaba él también.

Yo nunca he creído tener el derecho a pensar en ella con solo cuatro letras.

Si me pregunta por ella, ¿qué le diré?

Esta noche regreso a la posada sin haber hablado con Kev, sin haber contactado con ninguno de los que huimos la misma noche.

**Elizabeth**

## 6

# Eres un universo de universos

Hace cuatro días que William apareció en el Refugio. El día después de llegar lo vimos en el desayuno y eso ha sido todo hasta ahora.

Martha se encarga de su habitación y me ha dicho que cada día ha encontrado el cartelito de no molestar en su puerta, así que ninguno tenemos ni idea de qué hace ahí dentro o si sale en algún momento.

Por lo que sabemos, bien podría estar muerto.

Espero sinceramente que no sea así.

Después de haberme pasado toda la tarde del día anterior ayudando en la fundación del lago, hoy esa sección de la posada me toca a mí y, cuando finalmente llego frente a su puerta y encuentro el maldito cartelito, vacilo unos segundos.

No dejo de pensar que la llegada de William ha sido una casualidad increíble. ¿Cuántas posibilidades había de que uno de los amigos de Kev acabase en Bravelands? Llevo un par de días diciéndome a mí misma que un par de preguntas inocentes no le harían daño a nadie: ¿cómo le va? ¿Sigue igual que siempre? ¿Se acordará de mí?

Pero ese interés acaba tomando rumbos peligrosos que debo ignorar.

Cuando decido obviar deliberadamente el cartelito de la puerta, me repito que no tiene nada de malo preocuparse por él, que soy una buena anfitriona preocupándome por su estado, y acallo la voz de la conciencia que me dice que mi interés va más allá de su bienestar.

—¿Hola? —Empujo la puerta con prudencia, tampoco quiero asustarlo, encontrármelo en bolas o a punto de entrar en la ducha, y me aseguro de que sepa que estoy entrando—. ¡Soy Izzy!

La estancia está en penumbra. Hoy no ha amanecido un día demasiado soleado, pero, además, las cortinas están echadas y toda la habitación parece más triste de lo normal.

Las sábanas de la cama están revueltas y hay ropa tirada por el suelo. Pronto veo movimiento en el sillón del fondo y me giro hacia allí como movida por un resorte. Cuando veo que William se pone en pie y que lleva una camiseta, me relajo un poco. Luego, mis ojos descienden hasta sus bóxeres negros y me doy la vuelta con rapidez.

—¡Lo siento! —me disculpo, y cierro la puerta. Me quedo de espaldas a él.

—¿No has visto el cartel? —pregunta, y su voz suena ronca.

Me planteo la posibilidad de mentir, pero decido que será mejor no hacerlo.

—El cartel lleva ahí tres días. Creíamos que se te había olvidado quitarlo o que habías muerto.

Silencio. No puedo ver qué expresión tiene porque no puedo girarme. Espero que tenga sentido del humor.

—Así que has venido para asegurarte de que estaba vivo.

—Básicamente —contesto, más relajada.

—¿Y qué habrías hecho si hubieses encontrado mi cuerpo? —pregunta, divertido.

—Ganar la apuesta con Martha, supongo.

Se le escapa una risa ahogada.

—Puedes darte la vuelta, Elizabeth.



Tomo aire y decido hacer lo que me dice, concentrándome en mirarlo a los ojos. Cuando lo hago, no puedo evitar hacer una mueca.

—Tienes un aspecto horrible —se me escapa.

La prudencia y el disimulo nunca han sido mis fuertes.

—Vaya, gracias.

Sin contar con su ojo amoratado, que no presenta mucho mejor aspecto que hace unos días, tiene el pelo despeinado, está pálido y hay profundas ojeras bajo sus ojos. Parece muy cansado.

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

—¿Y por qué parece que te acaba de pasar un camión por encima? —pregunto sin poder contenerme.

—¿Tan guapo estoy? —pregunta, ignorando mi preocupación.

Vuelvo a mirar a mi alrededor.

—¿No has salido de aquí en todos estos días?

—¿Por qué? ¿Me has estado esperando?

Lo miro a los ojos. Incluso si sigue bromeando, sé que bajo esa fachada de conquistador está ocurriendo algo. No nos conocemos mucho, prácticamente nada. Pero no puedo evitar pensar que es bastante extraño llegar a Bravelands, encerrarse en una habitación y tirar la llave. Por muy acogedor que sea este sitio, no es normal, ni sano, quedarse aquí dentro más de tres días.

Me doy cuenta de otra cosa.

—¿Acaso has comido algo?

—Traje algo de comida.

—Si ha aguantado tres días, no era comida de verdad —le recrimino, empezando a preocuparme seriamente.

Vuelvo a mirarlo de nuevo. Su camiseta de manga corta deja al descubierto parte de los tatuajes que hasta ahora solo veía asomando por el cuello. Hay mucha tinta en su piel. Aunque no tengo tiempo para seguir los intrincados diseños y admirar los trazados, parecen bonitos.

Tomo una decisión. Quizá me esté extralimitando, pero lo que voy a hacer no es nada que Martha u Olle no harían, y me convengo a mí misma de que simplemente estoy siendo una buena anfitriona.

—Vale, haremos una cosa —le digo—. Te vas a dar una ducha, te vas a vestir y vamos a bajar a desayunar.

—La hora del desayuno ha pasado hace rato.

—No importa, improvisaremos algo —le aseguro—. Luego te enseñaré la posada, ¿de acuerdo?

—Ya he visto la posada.

—No toda —replico con una sonrisa—. Te enseñaré sitios reservados solo para los huéspedes más importantes.

William arquea una ceja oscura lentamente.

—Debo de ser muy especial.

Se me escapa una risa y me tomo la libertad de dar un paso adelante para empujarlo suavemente de los hombros y llevarlo en dirección al baño.

—Mientras te duchas, adecentaré esto un poco —le hago saber.

—No me molesta el desorden —replica de lo más tranquilo, dejándose llevar al baño.

La verdad es que si quisiera podría plantarse en seco y no le costaría el más mínimo esfuerzo detenerme. Me alegro de que se muestre colaborador.

—Es lo que hacemos en el Refugio. Mantenemos las habitaciones limpias —le recuerdo—. Dúchate, ¿vale? Te espero aquí y luego te enseño esto.

William se detiene frente a la puerta del baño, apoyándose sobre un costado contra el marco, y se muerde el labio inferior.

—No tienes por qué esperar fuera. La ducha es grande.

En cuanto lo dice, pasan dos cosas. Primero, abre mucho los ojos, como si esa proposición indecente no hubiera salido de su boca. Luego sacude la cabeza como si tratara de recomponerse y me mira de arriba abajo sin el más mínimo pudor, con descaro; yo siento esa mirada como una caricia que me desnuda.

Durante un segundo, dejo de respirar, pero me recompongo.

—Ni siquiera voy a responder a eso —suelto, y me felicito a mí misma por lo firme que ha sonado mi voz.

Él cruza los brazos ante el pecho y me dedica una mirada pensativa, pero yo no le doy tiempo a que encuentre una nueva forma de provocarme y vuelvo a empujarlo dentro del baño.

—¡Venga! —lo apremio.

Él suspira y acaba obedeciendo; yo aprovecho para hacer lo que le he dicho. Dejo que entre un poco de luz y abro las ventanas. Hago la cama y recojo las camisetas que hay tiradas por el suelo para dejarlas sobre el sillón.

Cuando me acerco, me doy cuenta de que estaba leyendo un libro. Probablemente, lo he interrumpido cuando he entrado a traición. Aún escucho el sonido de la ducha dentro del baño, así que no puedo resistirme.

Lo cojo con cuidado y le doy la vuelta para leer los rótulos de su lomo. Cuando lo hago, descubro un libro que acaba de recomendarme a una persona.

Se está leyendo una edición antigua de las *Prosas profanas* de Rubén Darío.

Me cuesta un poco procesarlo, porque William no parece la clase de chico que lee libros, y menos obras de poesía, pero el mundo está lleno de sorpresas fascinantes.

Vuelvo a dejarlo en su sitio y me doy una vuelta por la habitación mientras termina de ducharse.

Todo lo demás está bastante ordenado. Hay algo de ropa sobre la cómoda, unos envoltorios de aquello con lo que ha debido de estar alimentándose y... ¿eso es un móvil?

Tengo que acercarme para verlo, porque hacía tanto que no veía uno de estos que me cuesta creerlo. Es un móvil de tapa, pequeño, de esos con teclas. Ni siquiera sabía que siguiesen fabricándolos.

¿Qué hace William con un trasto así?

Antes de que pueda seguir preguntándomelo, escucho que el agua de la ducha se cierra y, al cabo de un rato, sale del cuarto de baño. Me doy la vuelta hacia él, sonriente, y estoy a punto de hablar cuando lo veo.

Guau.

William lleva solo una toalla alrededor de la cadera que deja más al descubierto de lo que tapa. Agarra sus bordes con las manos, poniéndosela bien, mientras camina hacia aquí, aparentemente distraído.

Me cuesta moverme y, ya de paso, respirar.

Era evidente que William estaba bueno, pero no imaginaba... esto. Toda la tinta de su piel

está ahora al descubierto. Su estómago se contrae mientras hace malabarismos con la toalla que cuelga de su cadera y algo en mi interior se revuelve cuando llega hasta mí el aroma que desprende.

Madre mía...

Se me seca la garganta.

William es puro sexo. Destila sensualidad por todos y cada uno de los poros de su piel y es difícil ignorar el hecho de que parece perfectamente consciente de cómo usar ese don.

Alza los ojos hacia mí, azules como el cielo antes de una tormenta, y durante un instante me pierdo en ellos.

—¿Me dejas? —pregunta, señalando la cómoda que hay detrás de mí con un gesto.

Estoy tan fuera de juego que tardo unos instantes en darme cuenta de lo que me está pidiendo.

Me disculpo, sintiendo que me pongo de mil colores, y doy un paso atrás para dejar que se vista.

—Te espero abajo, ¿de acuerdo?

William me dedica una mirada incendiaria y una sonrisa un poco canalla.

—Puedes quedarte si quieres.

A pesar de la calma que hay en su tono de voz, veo el mismo brillo de indecisión de antes en su mirada, el mismo rubor delator en las mejillas, como si no fuera realmente él quien dice esas cosas.

Es desconcertante.

—Prefiero no hacerlo —contesto, y mentiría si dijese que todo esto no me divierte un poco.

—Tú te lo pierdes —contesta, encantado, pero todavía algo inquieto.

Me doy la vuelta justo a tiempo para evitar ver cómo se deshace de la toalla con descaro.

¿Es que tiene alguna clase de trastorno exhibicionista?

Cierro la puerta de la habitación sin mirar atrás y me apresuro a bajar hasta la primera planta.

No puedo evitar pensar en el aspecto que tenía: en sus ojeras, en el peso invisible que parecía caer sobre sus hombros y en los envoltorios de porquerías. Tampoco puedo evitar recordar el libro de Rubén Darío y el móvil anticuado.

¿Por qué habrá venido hasta aquí para encerrarse en una habitación? ¿Estará esperando algo o a alguien? ¿Qué hay en Bravelands que necesite?

William parece guardar muchos secretos.

**William**

## 7

# Adondequiera que la vista clavo

Sé que Elizabeth se ha puesto un poco nerviosa en mi habitación, pero eso no me consuela en absoluto.

El tiempo que he tardado en bajar ha sido corto, pero suficiente para preguntarme qué pensará ella de mí. ¿Se dará cuenta de mi vacilación cada vez que la provoco, del pavor que me inunda después cuando me quedo sin aire hasta que ella sonrío ante mis insinuaciones y demuestra que no le molestan?

Sigo sin saber qué papel interpretar con ella.

Siempre me ha pasado lo mismo cuando me quedo a solas; desde pequeño. Cuando hay silencio y soledad no sé quién soy y por algún motivo estar junto a ella es similar a estar conmigo mismo. Todavía no he decidido quién quiero ser.

Recuerdo el día que decidí olvidarme de Elizabeth. Fue poco después de que me graduara a duras penas y comprendiera que solo volvería a verla cuando Kev decidiera traerla al juntarnos todos. Habíamos compartido bar unas cuantas veces y ella y yo seguíamos sin hablar, sin conocernos de verdad.

Durante todo un invierno Kev decidió que ya no le apetecía traerla con nosotros y yo tuve paz aparente unos meses.

Salí con unas cuantas chicas. Primero, lo intenté con una de sus amigas, una de las que también salía con todos nosotros cuando nuestros grupos se juntaban. Resultó que no había nada especial en mí que le gustara; solo estaba en el momento correcto cuando ella lo necesitó. Así que aquella historia acabó pronto.

Al cabo de un tiempo empecé a trabajar en un taller y allí conocí a otra chica con la que duré algo más. Creo que fueron tres meses. Cuando ya lo hubimos probado todo por primera vez, las citas, las anécdotas, el sexo..., la chispa desapareció y quedamos solo dos personas que no tenían nada en común salvo la adicción por la tinta y la nicotina.

Poco después, dejé incluso de fumar.

Cuando Kev se cansó de la soltería, volvimos a ver a Elizabeth por ahí. Por aquel entonces yo llevaba cinco meses con una de las chicas que me había soportado durante más tiempo. Quizá me aguantó tanto por las drogas. Apenas la conocí sobria. Al principio no me creía con derecho a juzgar y, cuando empezó a ser evidente que era parte de mi vida, ya fue tarde para intentar nada. La acompañé durante la recuperación de su primera sobredosis, también las semanas que aguantó en rehabilitación. Luego se escapó de la clínica y no volví a saber de ella.

Hubo más chicas después de ella y Elizabeth continuó volviendo con Kev una y otra vez. Pero la peor fue en aquella primavera.

A mí siempre me había extrañado que ella aceptara lo que Kev podía ofrecerle: amabilidad y galantería unas horas, para olvidarse de ella hasta la próxima luna llena.

Yo sabía a qué juego se dedicaba él, porque nos lo contaba. También sabía que Elizabeth no era la única, aunque tenía la decencia de no verse con ninguna otra cuando estábamos con su grupo de amigas.

La última noche que nos vimos, unos meses antes de que ella viniera a Bravelands, fue la

única vez que hablamos y hasta ahora no tenía claro si ella lo recordaría; ahora sé que no. De ser así habría dicho algo.

Aquella noche metí la pata hasta el fondo y quizá que ella lo olvidara sea lo mejor, aunque a una parte de mí le duela que no me recuerde más que por ser uno de los amigos de Kev.

Ahora Izzy está en la cocina, sentada frente a mí mientras observa con expresión curiosa cómo apuro el desayuno que me ha preparado.

—Izzy —dice de pronto.

—¿Perdón?

—Antes me has llamado Elizabeth —me dice—. Y nadie me llama así. Puedes llamarme Izzy.

Me cuesta tragar y agradezco tener la boca llena para no tener que decir nada. Me limito a asentir.

—Ya tienes la cara un poco mejor —murmura, inclinándose hacia delante y sin apartar sus ojos despiertos de mí.

Por todos los demonios del infierno...

—Te dije que se curaría sola.

—O quizá los primeros auxilios que te apliqué hayan tenido algo que ver.

—Nunca lo sabremos —respondo, todavía masticando.

Me da miedo comer a un ritmo normal, tragar y que no tenga ninguna excusa para darle respuestas cortas.

—Oye, William. Quería preguntar...

Me tenso y me quedo a la espera, preguntándome si siempre será así, si notará que me inquieto cada vez que pronuncia mi nombre.

—¿Qué?

Elizabeth... Izzy abre la boca para decir algo, pero finalmente sacude la cabeza y la cierra. Vuelve a apoyar la barbilla sobre las manos.

—Nada. Olvídalo.

Asiento, pero no lo olvido.

**Elizabeth**

## 8

# Y tu alma una fuente de canciones

Después de improvisar un desayuno tardío y ver cómo William lo devoraba en cuestión de segundos, nos hemos puesto en marcha hacia el edificio junto a la posada.

La hojarasca cubre el paseo empedrado y una brisa muy suave arrastra las hojas más livianas por el suelo. El ambiente es templado, pero el cielo oscuro declara a gritos que pronto se desatará una tormenta.

—Esta es la granja —le digo, señalando las puertas abiertas—. Para Martha y Olle es casi tan importante como la propia posada.

Esta mañana he sacado a todos los animales, pero muchos se suelen quedar por aquí, y Penélope se acerca en cuanto nos escucha llegar. Acaricio su hocico con cariño y ella se pega un poco más a mí.

—Te presento a Penélope —le digo a William, que nos observa con una expresión indescifrable.

—¿Esto era eso tan especial que ibas a enseñarme?

Asiento y le hago un gesto invitándolo a seguirme. Algunos de los patos siguen en su pequeño corral, dormitando sobre la paja, y Tirso sigue en su cubículo.

—Tenemos patos, cabras, perros, gatos... Y este es Tirso. El pobre no suele salir mucho porque se está quedando ciego —le explico con lástima y me acerco para acariciar la grupa del animal.

William se aproxima también, curioso, y lo rodea por el otro lado para acariciarlo también.

—El perro del otro día...

—Pucca —lo ayudo.

—Y el burro.

—Penélope. Y es hembra —le hago saber.

—Sí. Bueno, todos parecen tener... algún problema.

Asiento despacio. Voy hasta el fondo del cubículo y me hago con el cepillo de Tirso para desenredar sus crines plateadas.

—Olle y Martha adoptan a los animales que no quieren en otros sitios. Hay muchas granjas por estas tierras y, cuando los animales no sirven para trabajar, suelen sacrificarlos. Así que cuando se enteran de que va a ocurrir algo así...

—Ya —dice, pensativo.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo, cepillando a Tirso; y él, acariciándolo distraído. Cuando termino, es él quien sale del cubículo para pasear hasta el final de la granja.

Cuando acabamos la visita guiada, lo conduzco hasta la fundación. Saludo al chico que trabaja en la recepción desde hace unos meses y entramos sin que nos pida explicaciones.

Conduzco a William a través de las salas para las visitas, los pasillos con pantallas informativas y las fotografías del lago y lo guío hasta las escaleras de caracol que llevan a mi sala preferida.

La sala está vacía. Solo hay una cristalera al fondo.

—¿Qué es esto? —inquire él, acercándose.



No respondo, porque en cuanto se acerca un poco más, lo comprende.

Frente a nosotros se extiende la amplitud del lago. A varios metros por debajo de la superficie, apenas se divisa la pared más cercana. Algunas algas que nacen de ella se balancean con suavidad y varios peces pasean tranquilamente por delante del cristal de la galería.

Allí donde la luz del exterior penetra en sus aguas, estas se tornan entre doradas y anaranjadas, creando curiosos juegos de luz.

William echa la cabeza atrás, impresionado, para contemplar la totalidad de la vista.

—Es la sala de observación —lo informo—. Científicamente no hay mucho que ver desde aquí, pero es un gran lugar en el que terminar las visitas.

—Estamos muy abajo.

—Así es —contesto.

—Debemos de estar cerca del fondo —dice él, y noto cierta sorpresa en su voz.

Me echo a reír.

—No. El Lago Áureo no tiene fondo.

William se gira hacia mí y enarca una ceja oscura.

—Debe de tenerlo, pero no se sabe a qué profundidad está porque nunca han llegado a él. Además, debajo de todo esto que ves hay un sistema de cuevas y galerías de descenso imposible cuyo fin nunca se ha alcanzado —le explico.

Algunos peces se acercan nadando al cristal de la galería. La vista es hermosa, pero no nos quedamos aquí mucho tiempo. Le hago un gesto a William para que me siga mientras volvemos arriba.

Me despido del recepcionista con la mano, bordeamos el edificio y caminamos por la orilla del lago hasta llegar al embarcadero.

—Tampoco se sabe de dónde proviene el agua del lago, porque no procede de ninguna fuente conocida —continúo cuando me doy cuenta de que su silencio tal vez no sea por falta de interés.

El ambiente es cada vez más tormentoso. Se escuchan truenos a lo lejos y el viento revuelve mi cabello sin tregua. Nos sentamos en el borde, con las piernas colgando al otro lado, mientras nos perdemos en las vistas que se abren ante nosotros.

Por mucho que mire estas montañas, por mucho que admire su inmensidad, siempre me parecen impresionantes; demasiado imponentes. Nubarrones grises se arremolinan sobre sus cumbres y una gran sombra se cierne sobre las aguas ahora oscuras del lago.

—¿Hay algo que sí se sepa del lago? —pregunta, divertido.

—Muchas cosas, que en realidad son pocas con todo lo que se desconoce. —Balanceo las piernas sobre el agua, ahora de un oro sucio bajo la luz gris del día—. Se cree que su formación data de hace veinticinco o treinta millones de años, también sabemos que es un lago de fisura joven, que esta se ensancha alrededor de un centímetro al año y que la zona está sísmicamente activa. Si te quedas lo suficiente, quizá experimentes algún temblor.

—Preferiría no hacerlo —replica.

Esta vez no vuelvo a hablar, pero es él quien me señala las aguas del lago y se gira después hacia mí.

—¿Por qué es dorado?

Sonrío.

En todo el tiempo que llevo aquí, entre todos los turistas del Refugio a los que he guiado por las inmediaciones del lago, entre cada estudiante que ha visitado la fundación... nadie se ha

resistido a la atracción que ejerce el lago y sus leyendas, sus cuentos fantásticos y sus misterios sin explicación.

—Se cree que en el fondo hay citrino.

No necesita preguntar para que se lo muestre. Introduzco la mano en el bolsillo y le enseño un pedacito que ya me he acostumbrado a llevar ahí.

Al principio lo hacía por practicidad, para las explicaciones de las excursiones guiadas; porque es más fácil explicar algo que se puede ver. Sin embargo, ahora es casi como un amuleto. Me gusta tenerlo cerca.

—Son cristales de cuarzo —le digo, tendiéndole el pedazo de mineral—. El color amarillo se debe al hierro. Suele variar desde el amarillo pálido al anaranjado y se cree que el lago es dorado porque contiene segmentos de este mineral en el fondo.

—Pero no se sabe porque nunca nadie lo ha visto —comprende.

Asiento, satisfecha.

—Es el lago de los secretos, en él hay muchas más mentiras de lo que nos quiere mostrar de verdad.

William se queda en silencio, meditativo, y yo no espero a que vuelva a hablar para preguntar lo que llevo un rato queriendo saber.

—¿Por qué no has salido de tu habitación en todo este tiempo?

Sé que William se gira hacia mí, pero yo no me vuelvo hacia él.

—Me gusta mi habitación.

—A nadie le gusta tanto una habitación como para encerrarse setenta y dos horas en ella.

Él se encoge de hombros con indolencia, restándole importancia.

—¿Puedes permitirte estar aquí conmigo? —pregunta, cambiando de tema—. No me malinterpretes, la visita guiada me está gustando, pero... ¿no tienes que trabajar?

—Siempre estoy trabajando. De hecho, esto es parte de mi trabajo.

Esta vez sí que lo miro y veo cómo frunce ligeramente el ceño.

—Y yo que creía que estabas aquí por el simple placer de conversar conmigo.

—Bueno, William, la verdad es que no eres muy hablador.

Suelta una risa ahogada y se echa hacia atrás, apoyando todo el peso de su cuerpo en los codos.

—En el Refugio no tengo un horario fijo ni nada por el estilo —le explico—. Simplemente, me toca hacer algunas habitaciones y me encargo de los animales de vez en cuando porque me gusta. El resto es ayudar cuando me necesitan: reparaciones, cocina, huéspedes, talleres...

—Oh, sí —dice, esbozando una sonrisa—. Los famosos talleres de infusiones.

Esta vez soy yo la que ríe.

—Espero verte allí.

—Allí estaré —confirma, solemne, y yo sacudo la cabeza. Nunca sé cuándo este chico habla en serio.

—También trabajo en la fundación —le explico—. Creo que me contrataron por pesada. Cuando descubrí este sitio, pasé tantas horas allí dentro, les hice tantas preguntas... Me enamoré del lago y ahora trabajo en él.

—¿Qué haces?

—Ayudo en las visitas guiadas, me encargo del papeleo, de algunos trámites administrativos... Y a cambio me dejan bajar con ellos.

—¿A dónde?

Sonrío.

Señalo el lago.

William vuelve a dedicarle una larga mirada. Es fácil abrazar el silencio y la paz que transmiten las montañas, las aguas doradas, el viento que comienza a azotar las ramas caducas de los árboles.

Nos quedamos unos instantes más en silencio. Está claro que él no me va a contar el motivo de su extraña visita, ni el porqué de su encierro. Así que decido seguir hablando.

—¿De verdad no te acuerdes de mí?

William ladea la cabeza. Durante un instante veo que la duda cruza por su mirada. Se revuelve un poco y un mechón oscuro cae sobre su frente con gracia. Sus ojos azules parecen dos astros helados.

—Quiero decir... Es posible que no te acuerdes de mi nombre. Vale, eso lo acepto. Pero ¿ni siquiera sabes quién soy? Hubo un tiempo en el que nuestros amigos empezaron a quedar juntos. Mi amiga Ellen salía con uno de vuestros chicos y...

—Y tú salías con Kev.

Me detengo.

William toma aire como si se preparara para decir algo muy complicado.

—Kev os invitó una noche a la bolera, a tus amigas y a ti, y después salimos de fiesta. — Hace una pausa, sigue mirando hacia el lago sin mudar su expresión—. Esa fue la única vez que hablamos.

—¿Hablamos? —me extraño, frunciendo el ceño.

Cuando lo miro, algo parecido a la decepción ha surcado su expresión.

—Estabas fuera del local, llorando. Yo te dije que Kev era un capullo y que no merecía la pena.

Abro la boca para decir algo, pero no sé muy bien el qué.

—No... no lo recuerdo.

William se muerde los labios. Por algún motivo, parece contrariado.

—Imaginaba que no lo harías. Estabas muy borracha.

Me sonrojo sin poder evitarlo. Él está serio, muy serio.

—Recuerdo la noche, pero todo está borroso después de la última copa. Nunca había bebido tanto, ni he vuelto a hacerlo.

—No te excuses —me dice—. Conmigo no tienes que hacerlo.

Ahora entiendo por qué decía no recordarme; quería ahorrarme el bochorno de sacar a la luz que la única vez que compartimos unas palabras yo me había bebido medio Lago Áureo en copas.

Por más vueltas que le doy, no consigo librarme de la vergüenza ni traer a la memoria nada de lo que ocurrió fuera de ese local.

—Lo siento. No lo recordaba.

—Yo sí. Sí que me acordaba de ti, Izzy.

Me sostiene la mirada durante una eternidad y, después, esbozo una sonrisa nostálgica casi sin darme cuenta.

—Debí hacerte caso.

—¿Seguiste saliendo con él? —pregunta, y me mira, como si ya conociera la respuesta, con cierta tristeza.

—Más o menos. —Me paso una mano por el pelo, apartándome un rizo rebelde y cobrizo

de la cara—. Esa noche rompimos, pero estuvimos viéndonos intermitentemente hasta que terminó el instituto y me vine aquí.

—Eso es mucho tiempo para estar con un capullo.

Se me escapa la risa.

—¿No era tu amigo? —pregunto, divertida.

—Y aún lo es, uno de los mejores.

Enarco las cejas, sorprendida.

—Me alegra ver que os lleváis bien —comento, sarcástica.

—Que lo aprecie como colega no significa que apoye todo lo que hace —replica—. La forma en la que trata a sus parejas es una de las cosas que no comparto.

Vuelve a asaltarme la misma duda que resurgió desde que vi a William tras la recepción del Refugio aquella mañana. ¿Debería preguntarle por Kev? Antes, en el desayuno, he estado a punto de hacerlo, pero no he tenido agallas.

Ahora, sin embargo...

—¿Qué es de él?

William suspira. Baja la cabeza y se muerde los labios antes de responder.

—Sigue siendo el mismo de siempre —contesta sin mucho entusiasmo—. Escucha, no sé los detalles de lo que te hizo, pero puedo imaginar que no fue bonito.

—¿Puedes culpar a alguien por no quererte?

William me mira, atento. Cuando habla, lo hace como si hubiera estado conteniendo el aire mucho tiempo.

—Puedes culparte a ti por no buscar a alguien mejor que sí lo hiciera.

Parpadeo.

La forma en la que lo ha dicho... esa sinceridad, cruda y brutal, es tan sencilla y cierta que asusta. ¿Hasta qué punto fue aquello mi culpa? Yo tenía el poder, siempre tuve la última palabra, y me costó demasiado darme cuenta de que quería algo más que un chico malo que apareciera en mi vida de vez en cuando.

La magia de las primeras veces a su lado fue genial. Las noches que se colaba en mi cuarto o aquel fin de semana que fingí ir a casa de una amiga y me escapé con él... Todo aquello fue increíble. Los besos, las caricias furtivas y el resto de experiencias que viví con él por primera vez me abrieron las puertas al amor.

Pero luego llegaban largos periodos sin hablar, semanas enteras sin saber de él, meses durante los que no sabía si teníamos algo, si se había acabado o si nunca había llegado a comenzar.

Al final acabé comprendiendo que lo nuestro era solo diversión. Me propuse atesorar aquellos instantes excitantes, la intensidad de los momentos que compartimos, para olvidarme de él cuando desaparecía.

Un día, fui yo la que desapareció. Él no me buscó. Yo no lo eché de menos.

William me mira sin apenas parpadear. Ha abierto la boca para decir algo, vacilante, pero antes de que pueda hacerlo un trueno rasga el silencio y el suave repiqueteo de la lluvia sobre el lago nos embarga. Siento la primera gota sobre mi nariz y, después, es instantáneo. Comienza a llover con fuerza, con una rabia que asusta un poco, mientras el cielo se ilumina con la luz de los relámpagos y las ramas de los árboles crujen bajo el impulso del viento.

Sin mediar palabra, nos ponemos en pie y salimos a la carrera, deshaciendo el camino del embarcadero por la orilla del lago, bordeando el edificio de la granja y llegando a la posada.

Entramos corriendo, exhaustos y jadeantes. William viene tan rápido que cuando me detengo, prácticamente se abalanza sobre mí, incapaz de detenerse a tiempo.

Rodea mi cintura con las manos y articula una leve disculpa que no llego a entender bien mientras retoma el aliento. Cuando me giro hacia él, descubro que la tensión de hace solo unos segundos se ha disipado un poco. Sonríe, y me parece una sonrisa mucho más dulce que cualquiera que me haya dedicado hasta ahora. No solo más dulce, sino más real, más sincera...

Una gota de lluvia se desprende de uno de los mechones oscuros de su frente y me acaricia la mejilla. Estamos empapados, de los pies a la cabeza.

—Correr no ha servido de nada —dice sin soltarme.

Siento el calor de sus manos a través de la tela de mi jersey y su suave aliento, contra mis labios. Un escalofrío desciende por mi espalda y, casi sin darme cuenta, me pego un poco más a él. Ni siquiera sé por qué lo he hecho; mi cuerpo ha tomado esa estúpida y extraña decisión.

Él recibe el gesto como una invitación para rodearme con más fuerza, subiendo sus manos por mi espalda. Me sostiene como si temiera que fuese a caerme, como si me fuese a romper. Me agarra con decisión pero con delicadeza y, de pronto, el humor desaparece de su rostro.

—Antes no me refería a que tuvieses la culpa de lo que te hizo Kev —murmura con gravedad.

—Lo sé —respondo—, pero, aun así... Yo sabía que él no buscaba lo mismo que yo y me conformé con estar juntos solo cuando a él le venía bien.

—No tenemos la culpa de creer que merecemos menos de lo que podríamos tener.

—Supongo que no.

William sigue sosteniéndome entre sus brazos. Ya no tiene mucho sentido que estemos así; podría dar un paso atrás y librarme de su abrazo, pero su calor me envuelve y es tan reconfortante...

—Siento que te hiciera daño —dice él, rompiendo el silencio.

—Yo no —respondo muy segura—. No todo fue malo. —Intento sonreír—. Las relaciones son así. A veces, se pierde, pero con todas se aprende algo. Con esta comprendí qué es lo que no quiero de una relación.

Su boca se abre un poco. Parece sorprendido, un tanto... ¿complacido? Sin embargo, no vuelve a decir nada más.

Nos quedamos así unos instantes. Tengo las manos sobre su pecho y siento cómo se mueve al compás de una respiración un poco agitada. Gotas despistadas de lluvia siguen precipitándose desde su pelo negro y despeinado y sus mejillas se han teñido de rubor por la carrera.

Vaya...

Desde cerca, desde esta distancia... puedo apreciar algunas pecas sobre sus pómulos.

William aparta una de sus manos de mi espalda y una parte de mí se siente terrible y preocupantemente desilusionada. Sin embargo, cuando comprendo qué se propone hacer, mi corazón se salta un latido.

Sus dedos vuelan hasta mi rostro y, de pronto, toman uno de mis rizos para colocarlo con cuidado tras mi oreja. Su tacto es suave, delicado y lento, y consigue derretirme.

Trago saliva y me muerdo los labios sin poder evitarlo mientras él los mira y yo tengo la certeza de que esto es muy raro, de que no está bien, y de que me da absolutamente igual.

**William**

## 9

# Torno a ver las pupilas llamear

Todo pasa a una velocidad vertiginosa por mi mente. Las ideas, las decisiones, los caminos posibles, los recuerdos, el tacto de su piel cuando he apartado ese mechón de pelo de su rostro, su suave aliento, el calor de su cuerpo.

No puedo pensar.

Pero tampoco soy capaz de moverme; porque, aunque ella no lo haga, yo sí recuerdo bien la última vez que tomé una decisión precipitada en lo que respecta a Elizabeth.

Salió terriblemente mal.

También recuerdo cada gesto rastrero que tuvo Kev con ella. Recuerdo cada sonrisa que se perdió.

Recuerdo las chicas con las que estuve mientras ella aún salía con el idiota de mi amigo y recuerdo a las chicas con las que estuve después.

Pienso en aquella chica que me miraba de una forma parecida a la que me mira ahora Izzy. Al coqueteo, las sonrisas, la expectación, el cosquilleo en el estómago la primera vez que nos cogimos de las manos...

Recuerdo que yo todavía me estaba subiendo los pantalones cuando ella empezó a vestirse con rapidez.

*—¿Qué ocurre? —pregunté.*

*—Llego tarde —contestó ella, calzándose las botas mientras se miraba el reloj con nerviosismo.*

*—¿A dónde?*

*—Tenía una cita, pero se me ha ido completamente la hora —respondió, y me guiñó un ojo.*

*Creí que bromeaba, así que repliqué:*

*—Pensaba que nosotros teníamos una cita.*

*Ella rio mientras agarraba el bolso.*

*—Una cita de verdad —contestó, como si fuera yo quien bromeara.*

Recuerdo el frío helador que sentí cuando comprendí que no era broma. Lo nuestro no había sido una cita, sino un encuentro entre dos personas que no compartían nada más que la cama. Primero, me sentí dolido; luego, imbécil.

Ni siquiera podía culparla, no lo había hecho con maldad y no buscaba hacerme daño. Para ella era tan obvio que yo era un caso perdido que no se le podría haber pasado por la cabeza que fuéramos a tener una cita de verdad, que nuestra relación pudiese ir más allá de la amistad y el sexo.

Hoy todavía siento un vacío en el estómago como entonces.

Creía que después de eso dejaría de esperar más, que el dolor duraría para siempre y me protegería, pero no fue así. Tras aquella vez, la siguiente volví a esperar más, a querer más, y también la siguiente, y la siguiente...

Por eso, aunque Izzy esté tan cerca de mí, aunque sería fácil salvar la poca distancia que

quedo entre nuestros labios, no lo hago. Sé que no se apartaría, que probablemente tenga tantas ganas de besarme como yo de besarla a ella. Lo noto en su mirada, en la forma en la que sus manos están apoyadas sobre mi pecho, en los labios entreabiertos y las mejillas ruborizadas.

No es el beso en sí lo que me preocupa, no son las caricias o lo que podría suceder después, otra noche, entre las sábanas. Lo que me preocupa es lo que ocurriría después.

En cuanto tengo oportunidad, doy un paso atrás por miedo a que sea ella quien lo dé después del beso.



**Elizabeth**

## 10

# La celeste unidad que presupones

El insistente repiqueteo sobre la madera del suelo no cesa. Los dos estamos empapados. Muy cerca, pero no lo suficiente. Movida por un impulso, me acerco un poco más y es en ese preciso instante en el que William rompe el contacto y da un paso atrás con expresión consternada.

Me aparto de él a tiempo de ver cómo Pucca se presenta ante nosotros, con la lengua fuera, nerviosa y reclamando nuestra atención. También está empapada y llena de barro, y ninguno de los dos puede evitar que se alce sobre sus dos patas y apoye la patita en el regazo de William, zalamera.

Observo cómo llena sus pantalones de barro y me muerdo los labios mientras espero su reacción.

Sin embargo, él deja escapar una risa suave y clara, tan pura como el aire, y se agacha junto a Pucca sabiendo que ya no hay nada que hacer. La acaricia entre las orejas y sus caricias calman un poco el agitado ir y venir del animal.

—Me parece que voy a darme una ducha de nuevo —comenta, aún sin levantarse.

Sonríó ante el gesto y me agacho junto a ellos.

—Le gustas —murmuro.

—¿Y a quién no? —pregunta, torciendo un poco su sonrisa.

No obstante, algo en su mirada ha cambiado. Hay duda, un poco de vacilación y... ¿miedo?

—Eh, ¿estás bien? —pregunto, preocupada.

—No lo sé. ¿Lo estoy? —responde, sugerente.

Intento devolverle la sonrisa y no insisto más, pero tengo la sensación de que algo no marcha bien.

Después de aquello, no volví a ver a William en todo el día y temí que, quizá, hubiese vuelto a su reclusión. Sin embargo, aquella noche se presentó en la cena.

Se sentó en una de las pequeñas mesas del salón y yo me ofrecí a servir la comida aquel día, aunque no me tocase a mí, porque quería hablar con él.

A esta posada llegan parejas, matrimonios con hijos, grupos de amigos y familias enteras. Pero pocas veces encontramos a alguien completamente solo. William lo está y algo me dice que no es simplemente soledad exterior lo que hay en él. Es algo más profundo, intrínseco y oscuro, aferrado a alguna parte importante de él.

Para cuando terminé de servir a los huéspedes, mientras algunos se marchaban ya y los más rezagados terminaban el postre, tomé dos helados de chocolate y los llevé hasta su mesa.

Devoramos las bolas de helado mientras hablábamos; hablamos más que nunca y, aun así, al acabar la noche, tuve la sensación de que seguía sin saber quién era realmente William. No sabía qué había estado haciendo durante los últimos años, qué había estudiado o si trabajaba. No sabía dónde vivía ahora ni por qué había venido a Bravelands.

No sabía absolutamente nada.

Hoy nos espera un largo y ajetreado día por delante. Después de dar un baño muy necesario a Pucca para que pueda corretear dentro de la posada sin llenarlo todo de barro, cumplo con la rutina de siempre y termino con todas mis tareas antes de que den las cuatro de la tarde.

Para entonces, me doy una ducha, me pongo un jersey cómodo y liviano y me recojo el pelo en un moño.

Cuando bajo al salón principal, me encuentro con William. Parece estar buscando algo, despistado. Llego justo a tiempo de ver cómo se asoma a la cocina y vuelve a girarse sin dar con lo que buscaba, hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¿Buscas algo?

—¿Dónde está Martha? —pregunta.

—Ha salido al pueblo.

—¿Y Olle?

—También —contesto—. ¿Qué necesitas?

Él sacude la cabeza y se pasa una mano por el pelo oscuro.

—Nada importante. ¿Cuándo volverán?

Miro el reloj. Casi es la hora.

—Olle no tardará en llegar. —Me quedo un rato mirándolo, expectante—. ¿Seguro que no puedo ayudarte en algo?

—No lo sé —dice, y una lenta sonrisa se dibuja en sus labios—. ¿Puedes?

Pongo los ojos en blanco y decido ignorarlo. William sigue riéndose un poco cuando me doy la vuelta. Sin embargo, por el rabillo del ojo advierto una expresión inquieta, unos ojos despiertos y unos labios enrojecidos que se muerde. ¿Es posible que se ponga nervioso con sus propias insinuaciones?

Voy hasta la cocina y comienzo a prepararlo todo sobre la vieja mesa de madera mientras William me sigue con la mirada.

—¿Qué haces?

—Hoy es viernes —le explico—. ¿No se te habrá olvidado? Teníamos una cita —lo acuso, encantada.

—¿Una cita? —inquire, perplejo.

Él se acerca un poco más hasta mí y observa las cosas que ha dejado Martha para mí sobre la mesa, curioso. Hay harina, mantequilla, azúcar, chocolate...

—El taller con los niños —adivina.

—Te quedarás, ¿no? Vamos a hacer galletas.

Se le escapa una carcajada y me mira.

—Ya te dije que no me lo perdería por nada del mundo.

Le devuelvo la sonrisa y continúo preparando todo antes de que los pequeños aparezcan. Cuando escucho que se abre la puerta de la entrada y sus voces infantiles llegan hasta nosotros, salgo disparada hacia allí para recibirlos antes de que Pucca baje corriendo y asuste a más de uno con su efusividad.

Olle trae a once niños de la escuela de su nieta. Todos tienen entre cuatro y cinco años. A veces vienen más, pero en esas ocasiones Martha está para ayudar a que no me vuelva loca. Así que agradezco que hoy no sean demasiados.

Olle tiene trabajo administrativo que hacer y sé que hoy no podrá ayudarme tampoco, así que me las tendré que apañar sola.

Cuando saludo a los niños y le doy un abrazo a la nieta del matrimonio, dejamos sus abrigos y mochilas en una de las mesas del salón y los llevo a todos a la cocina entre risas y grititos entusiasmados.

Al entrar, sin embargo, me detengo. Los niños toman asiento alrededor de la mesa y comienzan a manosearlo todo. Yo frunzo el ceño, clavando los ojos en la figura que hay al otro lado de la estancia, apostada junto a la pared.

—¿William? —pregunto.

—¿Izzy? —responde a su vez.

Lo miro de hito en hito, intrigada.

—Vamos a empezar ya —murmuro, señalando en dirección a los niños.

Ignoro el hecho de que uno tenga la cara llena de harina. Ya. Antes de comenzar. Increíble. Creo que eso ha sido un tiempo récord. ¿Cómo narices lo ha hecho?

—Estupendo —comenta, tranquilo, y se acerca a la mesa.

Coge una silla y toma asiento entre dos niños. A mí me entra la risa.

—¿Qué haces?

—Eso mismo me gustaría saber. —Dedica una mirada a su alrededor—. Tengo la sensación de que nos estamos poniendo un poco nerviosos.

Me muerdo el labio, pero tiene razón. Si no empiezo a hablar pronto, los pequeños se van a descontrolar antes incluso de haberlo intentado. Así que le dedico una última mirada interrogante a William, que parece de lo más seguro y tranquilo ahí sentado, y me aclaro la voz para decirles que hoy haremos galletas.

Divido a los niños... y a William en dos grupos y dejo que empiecen a llenar los recipientes con los ingredientes de la mezcla mientras me paseo entre ellos para asegurarme de que ninguno se traga una cuchara o algo así.

Nunca se sabe.

De vez en cuando me permito observar a William, que hace exactamente lo mismo que yo sentado en su asiento. Da instrucciones a los niños, los ayuda con los utensilios y hace su trabajo cuando se necesita más fuerza o habilidad.

Todos los niños están de rodillas sobre sus sillas o inclinados sobre la mesa, más atentos a lo que dice o hace William que a lo que hago yo.

Llega un momento en el que Sara, la nieta de Olle y Martha, se levanta intentando ver mejor qué hace y se acerca a él con curiosidad. Entonces ocurre algo extraño. Él echa la silla un poco hacia atrás, le dedica una mirada afable a la pequeña y, sin mediar palabra, ella se cuelga bajo sus brazos, se encarama a la mesa y trepa por la silla hasta sentarse sobre su regazo.

Se queda allí, entre sus brazos, viendo qué es lo que hace para partir mejor el chocolate y yo contemplo la insólita estampa desde el otro lado de la mesa.

Parece muy cómodo. Casi sin darme cuenta, toma mi puesto organizando el trabajo de los niños. Sabe perfectamente qué pasos seguir para continuar la receta y cómo conseguir que le hagan caso.

No puedo evitar reparar en que tiene unas manos hábiles. Sus largos dedos se mueven con delicadeza cuando comienza a amasar la mezcla y todos los niños están pendientes de él.

Yo acabo tomando asiento frente a él. Cojo el otro recipiente con la mezcla y hago lo que me dice.

En ese instante, él alza la cabeza hacia mí sin dejar de dar instrucciones a los pequeños y me mira como si acabase de darse cuenta de que seguía aquí. Le dedico una sonrisa sincera,

impresionada, y él me la devuelve.

Es una sonrisa... increíble. Y esta no me la conocía. Es sutil, casi como si fuera un poco tímida, y hay dulzura en la forma en la que las comisuras de su boca se elevan hacia arriba.

Seguimos en el taller y dejo que William se encargue prácticamente de todo. Los niños parecen conformes con que sea él quien mande aquí y a mí me parece estupendo.

Es un poco extraño verlo tan despreocupado en este ambiente, dedicándoles palabras pacientes, enseñándoles despacio qué es lo que tienen que hacer.

Ahí está él, rodeado por una decena de niños que lo miran con devoción, se ríen de sus bromas y lo obedecen. Hace rato que se ha quitado su jersey y ahora los tatuajes de sus brazos están al descubierto. Hay más en su brazo derecho que en el izquierdo, pero la tinta está por todas partes.

Uno de los tatuajes le llega al cuello, hasta la parte posterior de su oreja, donde los mechones oscuros de pelo se curvan formando bonitas ondas.

Uno de los niños le pregunta por su ojo amoratado. Está mucho mejor que hace unos días, cuando llegó, pero aún llama bastante la atención. Él responde que se lo hizo luchando contra un dragón y todos se ríen con la ingenuidad de alguien que no se lo cree, pero que desearía hacerlo.

Las horas vuelan con rapidez. Las galletas no tardan demasiado en hacerse y, al cabo de un rato, los padres de las criaturas empiezan a llegar para llevarse a los niños, que se llevan consigo paquetes de galletas calientes que aún no se pueden comer.

Para entonces, él ya se ha levantado de su asiento y se ha retirado a una esquina de la cocina. Con su metro noventa, los fuertes brazos cruzados frente al pecho, el pelo revuelto y la mirada del color del mar después de una tormenta, cualquiera diría que es el mismo que ha tenido a Sara en su regazo, dejando que apoyase su cabecita en él y se recostara contra su pecho mientras él le hablaba con ternura.

Cuando los padres entran en la cocina, les dan un beso a los niños, me saludan con cariño y se giran para mirar a William con cierta desconfianza.

Ese gesto me parece un poco triste, pero supongo que yo he pensado lo mismo durante todo este tiempo. Nadie diría que un tío como William tiene mano para los niños. Y seguro que muchos se preguntan qué hace aquí.

Cuando por fin se marchan todos y Olle viene a por Sara, esta se despide de mí con rapidez para salir disparada hacia William. Él descruza los brazos cuando la ve llegar y la niña tira de una de sus manos para hacer que se agache un poco y poder darle así un beso en la mejilla.

William parece un poco sorprendido, pero le deja hacer y permanece agachado hasta que se marcha mientras sus coletas danzan tras ella. Olle sonrío y se despide de nosotros antes de volver al pueblo.

Nos quedamos a solas en una cocina que parece salida de un campo de batalla: harina por todas partes, trozos de chocolate sobre la mesa, recipientes con los ingredientes que han sobrado, cubiertos manchados...

Y hablando de estar manchado.

Miro a William, que ha vuelto a erguirse y se apoya sobre la pared con aire meditabundo, y se me escapa una risa.

—¿Qué? —inquire, un poco combativo.

Yo me acerco despacio. Me detengo frente a él y alargo el brazo para deslizar los dedos sobre su mejilla, donde la incipiente barba me arranca un cosquilleo que se propaga por mi antebrazo y recorre el resto de mi cuerpo.

William aguarda, expectante, y tengo la extraña sensación de que contiene el aliento. Me mira fijamente a solo unos centímetros de distancia, sin articular palabra, mientras yo continúo.

—Te ha dejado una marca de chocolate —le digo, divertida.

Él también parece estarlo, pero no dice nada mientras intenta limpiarse. No parece importarle demasiado.

Con un suspiro me giro hacia la mesa revuelta y me preparo para recoger. William me imita y juntos avanzamos más rápido.

—Me alegra que te hayas quedado —le digo.

Él no responde. Simplemente, me mira con ese aire pensativo, como ausente, y una suave sonrisa en los labios.

—Aunque creía que era broma.

—¿Por qué? —inquire.

Sé por su expresión que no necesita que se lo explique, pero, aun así, lo hago.

—Bueno, no pareces la clase de chico que disfrute haciendo galletas por las tardes, y menos rodeado de niños.

—Me gustan los niños —responde al instante, y eso provoca que yo alce la cabeza hacia él.

Nunca sé si bromea o no.

—Lo digo en serio —dice, sereno.

La duda sigue danzando en mis labios. Cuesta un poco creer lo que dice, pero a pesar de eso decido hacerlo.

—Parece que se te dan bien. A Sara le gustas.

—Tengo cuatro hermanos pequeños —explica, pasando un trapo sobre la mesa distraídamente—. He cuidado de ellos desde siempre.

Me quedo en silencio, esperando que diga algo más. Tengo la impresión de que es la primera vez que habla realmente sobre él y aguardo a que siga haciéndolo, pero parece que eso ha sido todo.

Continuamos recogiendo en silencio y, cuando terminamos, me siento en la mesa con el bol del chocolate entre las manos y le hago un gesto, invitándolo a que se acerque.

—Gracias por quedarte hoy —le digo, tomando una pepita de chocolate entre los dedos—. Sin ti, probablemente, me habría vuelto loca.

—Probablemente —afirma, divertido, mientras sigue el movimiento de mis dedos con los ojos.

—Martha y Olle suelen ayudarme, ¿sabes? O, más bien, soy yo la que los ayudo a ellos. —Me río—. A mí no se me dan tan bien los niños. ¿Cuántos años tienen tus hermanos? —sigo preguntando, esperando que vuelva a hablar.

—Algunos cuantos menos que yo —responde, escueto, sin apartar los ojos de mis manos.

Ladeo la cabeza ante la insistente dirección de su mirada.

—¿Quieres? —pregunto, ofreciéndole el bol.

William asiente. Creía que era obvio que podía comer. Se aproxima aún más a mí, hasta ponerse entre mis piernas, y se inclina un poco hacia delante para... ¿Qué demonios?

William apresa una de mis muñecas con su mano y se acerca para morder el chocolate que tengo entre los dedos. Al hacerlo, se mete mis dedos en la boca sin pudor alguno y una descarga desciende por mi columna cuando siento su lengua sobre mi piel.

Se aparta y soy incapaz de moverme. El rubor asciende por mis mejillas.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto, intentando decidir cómo debería sentirme.

—Me has ofrecido chocolate y yo lo he cogido —contesta, resuelto.

Parece sereno, pero el brillo travieso de sus ojos lo delata. Apoya una mano en mi rodilla y alza la otra para coger otro pedazo de chocolate.

—¿Qué? —pregunta, retándome a que le explique por qué lo que acaba de hacer está mal en todos los sentidos.

Una chispa de rebeldía se apodera de mí cuando veo la media sonrisilla en sus labios, disfrutando de mi azoramiento, y decido devolvérsela.

Me inclino hacia delante con rapidez, paso una mano tras su cuello y me como el chocolate que hay en sus dedos a solo unos centímetros de sus labios.

William tarda unos instantes en volver a cerrar la boca, como si intentara asimilar lo que acabo de hacer. Me mira con una expresión indescifrable mientras mastico el chocolate, sintiéndome victoriosa.

De pronto, se gira hacia sus dedos vacíos como si acabase de comprender lo que ha pasado y se los lleva a la boca, lamiendo lentamente los restos de chocolate mientras clava sus ojos turbulentos en mí.

—¿Y tú? ¿Qué acabas de hacer? —pregunta con voz grave.

Desciende sus dos manos sobre mis rodillas y las desliza por mis muslos. Podría ser un gesto inocente, totalmente descuidado, pero la forma en la que me mira...

Quizá no haya sido tan buena idea comerme el chocolate.

—Hay que ser más rápido —le digo.

—Más rápido —repite con una cadencia oscura, y da un paso más hacia mí. El color ha conquistado sus mejillas, pero no hay ni un ápice de vacilación en su voz cuando sigue hablando—. A lo mejor sí que tengo que ser más rápido —murmura, tan cerca de mí que siento el suave aroma a chocolate en su aliento.

Me quedo en silencio. No sé qué responder a eso. Mierda. Ni siquiera sé si tengo que responder a eso. Me revuelvo bajo su mirada, inquieta. Resulta abrasadora y empiezo a ser consciente de cada centímetro entre los dos, de cada parte de mi cuerpo que está en contacto con el suyo.

Sin previo aviso, mis dedos vuelan hasta su antebrazo. No me doy cuenta de lo que hago hasta que siento el tacto cálido de su piel. Recorro su brazo con los dedos, ascendiendo lentamente hacia su hombro mientras él no aparta sus dos ojos azules de mí.

Acaricio sus tatuajes, las líneas oscuras que asoman bajo su camiseta y él me permite seguir, inmóvil. Puede que esté tan desconcertado como yo.

El corazón me late a mil por hora y creo que he dejado de respirar hace un par de insensateces. Subo la mano por su hombro y deslizo los dedos sobre la piel de su cuello, ascendiendo aún más mientras siento el tacto áspero de su barba de dos días bajo mis dedos.

La dejo apoyada sobre su mejilla, un poco enrojecida.

—Cuando intentas provocarme, te sonrojas —le digo, suave, y no sé de dónde ha salido esa voz.

—¿Y funciona? —susurra.

Mantengo mi mano en su sitio, allí donde la sombra de la barba desaparece y el calor y el nerviosismo tiñen su piel.

—A veces, un poco —confieso incapaz de mentir; no cuando susurramos, cuando hablamos tan bajito que es imposible fabricar mentiras—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué te pones tan nervioso?

William cierra los ojos un momento. Siento su suave respiración en mi mano cuando ladea un poco la cabeza, buscando el contacto de mi palma, hasta que descansa su rostro en ella.

—Por si decides seguirme el juego y quedamos en tablas.

Cuando por fin abre los ojos, hay paz en ellos, pero también miedo, y tristeza, y anhelo. Nos quedamos así unos instantes mientras yo decido si formular la próxima pregunta, si quiero hacerla, si sé cuál es.

Un ruido proveniente del salón hace que me aparte y él da un paso atrás, igual de sobresaltado que yo, mientras los dos miramos hacia la puerta.

Martha entra alegre, con algunas bolsas de la compra bajo los brazos, sin ser consciente de que acaba de interrumpir algo... ¿pero el qué? Mientras la mujer habla, me giro hacia William y por su expresión sé que está tan aturdido como yo.

Su pecho se mueve de forma irregular y sus hombros forman una línea rígida. Sin embargo, esa expresión perdida pronto da paso a una más natural. Las comisuras de su boca provocadora se alzan hacia arriba y, antes de marcharse, me guiña un ojo.

Imagino que su corazón también se salta un latido, igual que el mío. Imagino que hago eso que le pone tan nervioso, que le sigo el juego, que quedamos en tablas y, entonces, ¿qué?



**William**

# 11

## Mas no te encuentro a ti, que es tu mirada

Apenas ha amanecido cuando aparto las cortinas de la ventana y descubro una figura al borde del embarcadero. La reconozco enseguida por el color de su cabello cobrizo mientras se lo recoge para meterlo en la capucha de su traje.

Sus pies cuelgan del embarcadero de madera de forma distraída. A pesar del frío solo lleva puesto un traje de neopreno oscuro, unos escaupines del mismo color y una mochila en la que imagino que llevará el resto del equipo.

La veo prepararse, ponerse el regulador, darse la vuelta y saltar.

Es hoy cuanto me atrevo a encender el móvil que traje y descubro que, efectivamente, tengo varias llamadas perdidas y que la mayoría pertenecen a uno de los pocos números que están registrados: el de Kev.

Sin embargo, no le devuelvo las llamadas.

Me encuentro a Izzy en el salón durante la comida. Ya se ha vestido. Lleva unos vaqueros desgastados y un jersey del mismo tono que el áureo del lago. Se dedica a servir los platos que Olle le hace llegar desde la cocina. Todavía lleva el pelo mojado y así, empapado, parece del color del bronce.

Se pasea por el salón sin apenas mirarme hasta que, al final, toma asiento justo frente a mí.

—Esta mañana te he visto en el lago.

Izzy vuelve a sonreír y se aparta el pelo mojado de un hombro.

—Tengo que aprovechar antes de que bajen las temperaturas. El invierno es muy frío en Bravelands.

—¿Qué haces ahí abajo?

Se encoge de hombros.

—Nadar —responde, resuelta.

—¿Solo nadar?

—Ahí abajo no hace falta nada más. —Se queda unos instantes en silencio, pensativa—. ¿Quieres bajar conmigo mañana?

Tardo en contestar, pero la respuesta no podría haber sido diferente. Le digo que sí.

Izzy me presta uno de los equipos de la fundación. Nadie hace preguntas cuando entra por allí, como si estuviera en su casa, y me enseña las instalaciones detenidamente. Bajamos a su sala favorita, a esa desde la que se ve el lago desde su interior. Hoy ha salido el sol y los juegos de colores son aún más vivos en sus aguas. El color dorado del lago es hoy más evidente que nunca. Parece oro fundido bajo las montañas que lo custodian.

Allí me explica cómo funciona el equipo. Usaremos un neopreno húmedo, que no aísla tanto del frío como otros trajes secos, pero su uso es más sencillo y suficiente para el poco tiempo que estaremos abajo.

Hacemos una prueba con el regulador una vez me he puesto el chaleco hidrostático.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

Dejo de respirar por el regulador y tomo una gran bocanada de aire.

—Sé que no me voy a ahogar, pero tengo la sensación de que no estoy respirando igual.

Izzy suelta una risa clara y se agacha para coger otra de las partes del equipo.

—Te acostumbrarás —me asegura—. Levanta los brazos.

Obedezco y la observo mientras se acerca y rodea mi cintura con sus brazos para ponerme el cinturón con los lastres. Pienso que sería muy fácil descender las manos y apoyarlas en sus hombros, acariciar su espalda y dejarlas ahí con despreocupación, pero Izzy me mira, me mira mientras yo la observo a ella, y no muevo un solo músculo.

—Ya está —me informa.

Volvemos a repararlo todo, me explica los gestos básicos para entendernos bajo el agua: «ascender», «descender», «algo no va bien», «no tengo aire»... Le pregunto si tendré que usar la última; ella se ríe y espero sinceramente que sea una broma.

Fuera, sobre el embarcadero, nos ponemos las aletas.

—Estás segura de lo que hacemos, ¿verdad? —la provoco.

—Claro. Llevo tres años haciendo esto.

—Creía que hacían falta permisos para estas cosas, firmar documentos de responsabilidades y eso.

Ella arquea las cejas, divertida.

—Si no te sientes cómodo, podemos dejarlo aquí —asegura.

Sabe que no renunciaré.

—¿Y qué hay del síndrome por descompresión?

Su sonrisa tímida, un poco burlona, se ensancha. Esta es diferente a la de siempre; menos dulce y un poco más pirata. También me gusta.

—No vamos a bajar tanto ni durante el suficiente tiempo como para que eso ocurra. Tampoco voy a dejar que sufras ningún tipo de barotrauma. Tienes muchas más posibilidades de que sufras una hipotermia.

—¿A cuánta temperatura está el agua?

Izzy se encoge de hombros.

—Es difícil saberlo —miente.

Estoy seguro de que lo sabe, pero me muerdo los labios y no insisto.

—Recuerda que si sientes presión en los oídos debes soplar —dice, cantarina, y se retoca la capucha del traje para colocar el visor y el regulador.

Izzy parece feliz cuando se lanza de espaldas al agua. Aguardo unos segundos para darle espacio, pero yo tampoco me lo pienso mucho y la sigo.

Estoy expectante cuando me preparo y me dejo caer, pero nada de lo que esperaba hace justicia a lo que encuentro al otro lado.

Cuando mi cuerpo quiebra la superficie del lago, lo primero que siento es una oleada de frío. Después... nada.

La quietud me invade. El sonido de mi respiración, las burbujas de oxígeno, las suaves corrientes al movernos... Un mundo de ruido se reduce al silencio en lo que ha durado la inmersión.

Izzy está ahí delante, haciéndome un gesto para que la siga. «Descenso».

Apenas llevamos un par de minutos cuando me pregunta si estoy bien. Contesto que sí y continúo tras ella.

Cuando se detiene, en medio de la nada, y alza el rostro hacia arriba, la imito y comprendo por qué lo más apasionante de todo esto es, simplemente, como ella ha dicho, «nadar».

La luz penetra en el lago dorado como finas flechas de oro bruñido. Los peces, desacostumbrados a nuestra presencia, nos evitan, pero los destellos de sus escamas plateadas relucen cuando son heridos por uno de los rayos de luz.

No descendemos mucho. Es difícil decir a cuántos metros estamos, pero podría nadar esta distancia conteniendo la respiración.

Atravesamos el lago de lado a lado. Durante un instante, cuando llegamos a la mitad del trayecto, miro abajo y el vacío profundo parece abrazarnos. Abajo no hay más que metros y metros de túneles y galerías, corrientes de agua desconocidas y fuentes ancestrales.

Y nosotros estamos aquí, suspendidos sobre un misterio de treinta millones de años; sin miedo al vacío ni a la oscuridad.

Es hipnótico.

Izzy me conduce hasta una de las paredes de piedra que contiene las aguas doradas como si fuera una vasija. Cuando nos detenemos, simplemente a observar, siento que mi cuerpo decide flotar y subir y subir... hasta que ella me toma de las manos.

Me hace un gesto, uno que no me ha enseñado, pero lo comprendo. Soplo con fuerza y, como por arte de magia, mi cuerpo desciende al mismo tiempo que mis pulmones se vacían.

Una nube de burbujas nos envuelve; las tuyas y las mías. No podría asegurarlo, pero juraría que, a través del visor, hay una sonrisa que tira arriba de esos ojos oscuros.

Aunque ya no hay peligro de que me aleje flotando, Izzy solo me suelta una mano; una solo. Y continúa sosteniéndome la otra mientras me señala algas, algunos peces valientes y los colores más bellos bajo el sol.

Es verdad que no estamos aquí abajo mucho tiempo. Ella me hace un gesto para subir, pero a mí me sabe a poco, quiero más. Le hago una contraoferta.

«Más. Más abajo».

Pero ella sacude la cabeza y yo obedezco, porque a pesar de todo soy una persona sensata y confío en ella.

Subimos despacio, disfrutando de cada instante y, cuando por fin emerjo, me siento pletórico, ridículamente exultante.

Me río, impresionado, y ella lo hace también.

No me pregunta si me ha gustado porque no hace falta. Casi me avergüenza la sonrisa bobalicona que seguro que tengo; ahora mismo siento como si flotara.

Los primeros pasos en tierra firme son extraños. La primera bocanada de aire natural, también.

Nos deshacemos del equipo en una habitación de la fundación.

—Iré a quitarme esto fuera —declara, señalando su traje de neopreno.

—Puedo ayudarte si te quedas —le suelto y siento cierto regocijo cuando noto cómo se sonroja un poco, solo un poco.

No responde enseguida. Le veo abrir la boca, dudar. Recuerdo la conversación que tuvimos, lo que le confesé, y durante un segundo puedo imaginar lo que se está planteando. Seguirme el juego, quedar en tablas. Esa opción me encanta y me aterra.

No dice nada, pero lentamente se da la vuelta. Me mira por encima del hombro y me hace un gesto.

Me doy cuenta de lo que me está pidiendo y trago saliva.

Doy un paso adelante y subo las manos por sus hombros para retirar su pelo. Al hacerlo, me doy cuenta de que me tiembla un poco el pulso, pero procuro serenarme, armarme de valor.

Bajo la cremallera con cuidado, dejando al descubierto su espalda desnuda y las finas tiras de un bikini oscuro. No se mueve, así que vuelvo a subir las manos por su espalda y bajo con delicadeza la tela. Me atrevo a disfrutar del roce de su piel, un poco fría por las bajas temperaturas del lago, cuando mis dedos arrastran el traje y advierto que ella inclina el cuello a un lado, como si también disfrutara de la caricia.

Cuando la tela ha caído sobre sus caderas, Izzy se gira despacio y yo me esfuerzo por no mirar con demasiado descaro el bikini negro que ha quedado al descubierto.

Espera un poco, solo un poco, y a mí se me pasan mil ideas por la cabeza, mil provocaciones que no me atreveré a pronunciar sobre ese bikini, sobre las ganas que tengo de quitárselo...

Me quedo callado, sin apartar la mirada de su rostro, hasta que ella se muerde los labios y me guiña un ojo mientras recoge una toalla y se la echa por los hombros.

Da la impresión de que va a marcharse cuando, no obstante, vuelve atrás y se acerca un poco, vacilante.

—El lago es especial, ¿verdad?

El tono parece muy serio para el tipo de pregunta que es, pero yo respondo con la misma solemnidad.

—Lo es.

Izzy sonríe y asiente, como si acabara de encontrar la respuesta correcta a una pregunta importantísima. Se acerca un poco más, alza la mano hacia mi rostro, haciendo que su toalla resbale ligeramente sobre sus hombros, y su dedo índice acaricia mis labios.

—Están un poco lilas. —Se ríe.

Y yo casi puedo saborear esa risa.

Inspiro con fuerza.

Miro sus labios, un poco enrojecidos, oscuros por el frío, su piel brillante, sus pestañas mojadas...

Me acerco un poco más y observo su reacción, pero ella se limita a apartar la mano de mis labios. No la retira del todo. La deja ahí, al borde de mi boca. Y espera.

Estoy decidido a dar un paso adelante, a beberme esa risa, las estrellas sobre la superficie del lago... Y de pronto pienso en aquella noche, aquella vez que hablamos, aquellos minutos que Izzy no recuerda.

Doy un paso atrás.

Veo cómo ella parpadea, confundida unos segundos, antes de sacudir la cabeza, esbozar una sonrisa que no es en absoluto tan divertida como hace solo unos minutos y dar la vuelta para cambiarse.

Solo cuando se aleja comienzo a notar el frío.

**Elizabeth**

## 12

# Hará brotar en ti mundos diversos

Hace más de dos semanas que William llegó. El día que quiso hablar con Martha y con Olle, el día de las galletas, quería pedirles trabajo.

Parece que eso de que se quedaba de forma indefinida es real y, a cambio de un techo bajo el que dormir y un plato de comida caliente frente a la mesa, se ha ofrecido a hacer cualquier cosa.

No creo que necesitémos un empleado más. Es decir, tenemos bastante trabajo, pero funcionamos bien. Sin embargo, Martha y Olle sienten especial debilidad por los animales heridos... Así que ahora William se dedica a hacer parte de mi trabajo.

Es un poco extraño, pero no voy a negarlo, me gusta tenerlo por aquí.

Incluso si en el pasado no nos conocimos de verdad, en algún momento y sin que nos demos cuenta, ha surgido algo entre los dos; una amistad nueva, inesperada y reconfortante.

William es discreto y no es dado a hablar demasiado. A veces se queda en silencio, mirándote, y es difícil imaginar qué se le está pasando por la cabeza. Siempre lo rodea un aire meditabundo, sereno..., que hace que cueste adivinar cómo y por qué recibió ese puñetazo que casi ha desaparecido por completo de su rostro. Ahora, como recordatorio, solo le queda una fina marca rosácea allí donde tenía el corte.

Yo, en cambio, ahora estoy algo más magullada. Esta mañana, mientras herraba a Tirso, se ha puesto nervioso por la tormenta que había fuera. Se ha encabritado, se ha revuelto, ha tirado de las riendas y he tenido que meterlo en su cuadra para que no saliese corriendo y se hiciera daño. En el proceso ha estado a punto de aplastarme contra la pared, pero me he apartado a tiempo; aunque no lo suficiente como para evitar que me aplastase la mano.

He sentido como si mil agujas metálicas se clavasen en mi piel, ardiendo, y desde hace un rato el dolor punzante ha desaparecido, pero la tirantez sigue ahí y, cada vez que intento tocar algo, noto un dolor agudo extendiéndose por todos mis nudillos.

Aún no he terminado de ordenar las cosas por allí abajo, pero con la mano en mi estado no creo que pueda hacer mucho por hoy, así que me acerco a buscar a William.

Lo encuentro subido a una de las mesas del salón, estirado hacia una de las lámparas que cuelgan del techo. Una franja de su abdomen queda al descubierto, mostrando una hendidura en forma de uve de la que es difícil apartar la vista.

—¿Querías algo? —pregunta cuando repara en mí y se da cuenta de que no he hablado.

Debe de ser consciente de que suelo hacer eso bastante. Debería plantearme dejar de quedarme mirándolo como si él no me viera a mí.

—¿Te importa hacer mi parte de la granja? —pregunto.

William termina lo que está haciendo y baja de la mesa de un salto limpio y elegante.

—¿Por qué?

—Tirso se ha asustado... —Alzo la mano para que la vea, pero vuelvo a bajarla enseguida —. Ahora mismo me cuesta levantar peso. Haré tu parte del trabajo mañana —le aseguro.

William se mueve tan rápido como una sombra, busca mi muñeca y alza ante él la mano herida.

—Mañana esto va a seguir igual de mal —comenta, frunciendo levemente el ceño.

—Oh, vaya, gracias. Es un alivio saber que...

—Ven —me interrumpe, tomando mi mano ilesa y tirando de ella.

Sus dedos rodean los míos con firmeza, se entrelazan, y una dulce descarga se extiende por todo mi brazo. Pienso que eso es extraño. Puedo entender lo de quedarme embobada mirando sus abdominales, o la fascinación por la tinta de su piel; porque William es guapo, muy atractivo, y una no es de piedra. Pero... ¿por cogerme la mano? Me siento un poco avergonzada.

Cuando abandonamos el salón y nos internamos por un pasillo oscuro, comprendo a dónde vamos y suspiro. Me planto en seco.

—Estoy bien, William.

—Tienes la mano destrozada.

—No es para tanto —le digo—. No hay nada roto, ninguna fractura... Solo es inflamación.

—¿Vienes por las buenas o por las malas? —pregunta sin soltar mi mano, ignorando todo lo que acabo de decirle.

Una parte imprudente y temeraria de mí quiere descubrir cómo sería exactamente ir por las malas. Durante un segundo abro la boca; recuerdo lo que me dijo acerca de por qué se ponía nervioso cuando me provocaba. Me imagino su reacción, la curiosidad me tienta, pero al final me contengo y sigo andando hacia el almacén. Una vez dentro, William cierra la puerta y se dispone a rebuscar en el botiquín.

A mí me entra la risa.

—¿De qué te ríes? —inquire, llevando algunas cosas consigo hasta la mesa de atrás.

—Las tornas han cambiado —le digo, divertida.

Una sutil sonrisa se dibuja en sus labios.

—Te darás cuenta de que es un poco absurdo que quieras curarme cuando tú, con una avería bastante más importante, no querías ni que te tocara.

—Yo siempre quiero que me toques —replica—. Siéntate —dice con tono autoritario.

Arqueo una ceja y, antes de que me dé cuenta, se agacha, me agarra por la cadera con fuerza y me coloca en la mesa.

—Así está mejor —dice, satisfecho, y yo le dedico una mirada incendiaria—. Dame la mano —me pide sin darme opción a replicar.

Sus dedos sostienen mi palma con infinita delicadeza y pronto comienza a examinarla igual que he hecho yo antes. Me sorprende un poco que sepa cómo buscar fracturas, pero no digo nada, le dejo hacer.

—Entonces, ¿ha merecido la pena? —pregunta.

—¿El qué?

—Ya sabes, la paliza. ¿A quién le has partido la cara y por qué?

—Ya te he dicho que ha sido Tirso con...

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios y lo entiendo. Me pongo roja y me muerdo los labios. Sé que hay una crítica implícita en sus palabras, y puede que me lo merezca.

—Si no me dices qué te pasó, es normal que crea que fue por una pelea —le digo.

—¿Por qué? —pregunta, y casi puedo sentir el reto en su tono de voz.

—Es... lo que pensaría la gente.

—¿Por qué? —insiste—. Yo no pensaría eso de ti.

Sigue sosteniendo mi mano, pero se ha detenido y ahora me mira con intensidad. Sabe lo que pienso, sabe de sobra lo que voy a decir.



—Pareces la clase de chico que se mete en peleas —confieso, y una punzada de culpabilidad me atraviesa cuando veo cierta decepción brillar en sus ojos claros.

Asiente con una sonrisa un poco canalla, pero también un poco triste, y vuelve a concentrarse en mi mano.

—Tienes los nudillos raspados —murmura, y comienza a desinfectarlos con sumo cuidado. Aún me sigue sorprendiendo el mimo con el que mueve sus fuertes manos sobre las mías, que parecen diminutas y frágiles a su lado.

Toma la crema antiinflamatoria y comienza a masajear en círculos, con destreza.

—Quizá te duela un poco, pero te hará bien —me dice, aplicando un poco más de presión.

Sí que duele, pero no digo ni mu. Estoy distraída pensando en lo que acaba de decirme, en lo que le he dicho yo.

Retiro la mano e inspiro con fuerza.

—¿Te he hecho daño? —pregunta, y creo advertir cierto deje de preocupación en su voz.

—No —murmuro, y vuelvo a entregarle la mano lentamente—. Es que... lo siento.

Él me mira con cierto recelo, pero vuelve a bajar la vista a nuestras manos y se concentra en su labor mientras yo procuro ordenar mis pensamientos.

—Siento haber... pensado eso de ti.

William me mira de una forma extraña. En sus ojos azules hay pena, culpa y un poco de desilusión. No sigue mirándome cuando vuelve a hablar.

—A los dieciocho años me detuvieron por un delito contra la seguridad vial.

Permanezco en silencio, porque intuyo que lo que quiere decirme es importante.

—Cogí el coche de un amigo sin carnet; me libré relativamente fácil. Pero a los veinte me acusaron por un delito contra el patrimonio y la seguridad colectiva.

—¿Qué habías hecho? —se me escapa.

—Dejar que me pillaran —bromea, aunque la sonrisa no le llega a los ojos—. Tampoco me condenaron severamente porque comprendieron que yo solo «acompañaba». Hice trabajos comunitarios un tiempo y me libré. Tuve suerte. —Hace una pausa. Desde hace un rato se ha hecho evidente que ya ha terminado de curar mi mano, pero no la ha soltado aún y yo tampoco he hecho ningún amago de retirarla—. Como ves, es verdad que no he sido ningún angelito. He cometido errores y la mayoría de ellos han sido por estar con quien no debía, donde no tenía que estar.

—Todos nos equivocamos —murmuro.

—Yo he sido muy idiota —contesta y se encoge de hombros. Sus dedos acarician mis nudillos de forma distraída—. Pagué todos los errores que cometí y aprendí a reconocer cuándo debía largarme si no quería volver a «acompañar» a nadie cometiendo delitos en los que yo no tenía intención de participar.

Sus dedos se deslizan bajo la palma de mi mano, hasta mi muñeca, hasta un lugar en el que acariciar mi mano no es doloroso.

—Si te soy sincero, me duele un poco que pienses de esa forma en mí, pero si me duele, es porque es la verdad.

Sacudo la cabeza.

Es un poco extraño. Los dos miramos en la misma dirección, hacia nuestras manos entrelazadas. Mis dedos, apoyados en su palma; los suyos, recorriendo el interior de mi muñeca.

—Pero eso fue hace mucho.

El pecho de William se mueve cuando inspira con fuerza.

—La noche antes de venir a Bravelands volví a cometer un error.

Levanto la vista y ese simple gesto sirve para romper la burbuja en la que nos encontrábamos. Él suelta mi mano y se aleja un poco, pero yo soy más rápida y alargo la mano ilesa para buscar la suya.

William mira nuestras manos, nos mira a nosotros y duda. Duda mucho.

—Durante un momento, cuando ocurrió lo que ocurrió, me vi tres años atrás, cuando todavía no sabía cuándo desaparecer, cuando no reconocía la hora de marcharme a casa. Volví a ser un idiota.

Me mantengo en silencio, expectante.

—Iba a ser una despedida; no para siempre, volvería a verlos a todos, no podíamos dejar de ser amigos, pero iba a cambiar de aires, iba a... —Cierra los ojos con pesar y, cuando vuelve a abrirlos, da un paso atrás, dejando mi mano en el aire—. Volví a ser un idiota.

Quiero preguntar, tengo que hacerlo. Mil preguntas sin formular me queman la garganta, pero él parece tan deshecho...

—Deberías ponerte hielo —dice, de pronto, cuando ya se ha apartado de mí por completo.

—Lo haré —respondo.

—¿Tienes... algo que hacer mañana? —tantea, y veo la indecisión ardiendo en sus ojos.

—Me parece que no.

Se lo piensa.

—¿Me acompañarías al pueblo?

—¿Al pueblo? —repito.

—Tengo que hacer un recado.

Lo observo con curiosidad. Estoy a punto de preguntar, pero sé que será en vano. Así que contesto sin pensar.

—Claro. Te acompaño.

**William**

## 13

# Unos ojos, los tuyos, nada más

Esta noche, poco después de la cena, escucho gritos provenientes del salón; gritos pueriles, entusiasmados.

Cuando bajo, descubro a Martha junto al fuego del hogar, envuelta en una manta de lana mientras cuenta historias de terror a las familias de huéspedes. Los padres se han sentado en las butacas que hay un poco más al fondo y los niños se han sentado más cerca de ella, al amparo del fuego, mientras escuchan atentos.

Distingo a Izzy enseguida, acurrucada junto a Pucca mientras acaricia sus orejas distraídamente y sonrío cuando los niños gritan.

Yo también me quedo por aquí, pero no me adelanto para saludarla. No quiero quebrar el ambiente. Me limito a esperar a que se haga demasiado tarde para que los niños se tengan que marchar y Martha dé por terminada la velada.

Izzy se queda en el mismo sillón un rato después, cuando Martha ya se ha levantado. En cuanto la ancianita me ve, me dedica una sonrisa amable y llena de arrugas y echa un vistazo atrás, en dirección a Izzy.

—William —murmura ella cuando me ve aparecer.

Está adormilada.

Hace un amago de incorporarse, pero yo tomo asiento frente a ella antes de que lo haga por completo.

—¿Has escuchado las historias de Martha? —pregunta, somnolienta.

—Solo la última —contesto.

—Es una gran trovadora —responde—. Pero mis favoritas son las del lago. Quizá pueda contarlas antes de que te vayas.

«Antes de que te vayas».

Porque algún día tendré que marcharme.

Siento un tirón en alguna parte del pecho.

—¿Qué historias? —inquiero.

Izzy ve mi intento y sacude la cabeza.

—No soy tan buena contándolas. Te las estropearía.

—Inténtalo.

Ella parece meditarlo unos instantes, gira la cabeza hacia el fuego, se muerde los labios y coge aire.

—Ya te habrás fijado en que el lago es dorado —comienza.

—Por los minerales, ¿verdad?

Ella se ríe. Sacude la cabeza.

—Te he dicho que soy terrible —murmura, bajito, y entonces se aclara la voz con cierta teatralidad y su actitud cambia completamente—. ¿Minerales? Eso es lo que cuentan los que tiene miedo de aceptar que hay «algo más».

—¿Algo más? —repito, siguiéndole el juego.

—Hay muchas historias sobre el Lago Áureo. Una de las más antiguas cuenta que durante

los últimos coletazos de la piratería, Oliver Swim fue acosado por un corsario hasta que se vio obligado hundir su nave en la costa, a kilómetros de aquí. Al parecer, Oliver escapó con los supervivientes y un gran tesoro, el más grande jamás reunido, y lo arrastró tierra adentro huyendo de aquel corsario, perdiendo a más de la mitad de los hombres por el camino, hasta que llegó a Bravelands. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. Ellos eran pocos y llevaban días sin alimentarse en condiciones, sin descansar, sin poder curar sus heridas... Así que Oliver ordenó a sus hombres que arrojasen el tesoro al lago. El primero se negó, pero Oliver le pegó un tiro y repitió la orden. Aquella vez, todos obedecieron. El corsario atrapó a Oliver Swim y a sus hombres; fueron ahorcados, pero nunca recuperaron el tesoro, que descansa en las profundidades de un lago que desde entonces es dorado.

En cuanto termina de hablar, aunque yo no me muevo ni un milímetro, ella sonríe y se pasa la mano por el pelo.

—Te he advertido —se disculpa.

—Ha sido genial —le digo, bajito.

Ella parpadea, como si le sorprendiera mi tono de voz.

—Martha tarda al menos veinte minutos en contarlo, y es estupenda.

—A mí me gusta más la versión corta —insisto.

Izzy sonríe, agradecida, aunque continúa avergonzada.

—¿Hay más? —pregunto.

Vacila.

—Hay muchas más. Algunas hablan de una tribu tan antigua como estas tierras que arrojaba oro y sacrificios a las profundidades del lago. También hay otra que cuenta que en el fondo hay un tesoro y que un monstruo terrible lo custodia y se deshace de todo aquel que se atreve a acercarse.

—Hemos debido de tener suerte hoy.

Ella ríe un poco. Le veo morderse los labios, mirarme un instante y subir los ojos hacia mí cuando abre la boca para hablar.

—Mi favorita es la leyenda de la diosa Meel-Ho.

—¿Qué cuenta esa leyenda? —la animo.

—Según ella —comienza, tímida de pronto—, cuando esta tierra todavía no la habían poblado los mortales, una dinastía de dioses vivía en estas montañas, que entonces eran doradas. Tak-Lha, el dios de la piedra y el metal, estaba profundamente enamorado de Meel-Ho, la diosa de la vida, y a pesar de lo diferentes que eran sus naturalezas, ella lo amaba a él también. Como prueba de su amor, el dios se propuso extraer todo el oro de las montañas para ella, pero el resto de dioses, sus hermanos, le advirtieron de que aquello enfurecería a sus padres, los creadores de esas montañas. Hacía eones que ellos, los ancianos, cansados y aburridos, habían dejado de prestar atención a la segunda generación divina, así que él desoyó los consejos de sus hermanos y extrajo todo el oro de las montañas, que desde entonces permanecieron de un simple gris.

»Sus padres, alertados por ese cambio de color en las montañas, volvieron para descubrir que uno de sus hijos había profanado su creación, y los ancianos, que eran coléricos, caprichosos y vengativos, se enfurecieron.

»Pronto, toda criatura viva que se atrevió a acercarse al oro comenzó a morir. La tierra se volvió ácida y yerma, las aves del cielo comenzaron a caer por los vapores tóxicos del mineral y el mal se extendió tan rápido y de forma tan violenta que amenazó con extinguir toda vida en la Tierra.

»Meel-Ho, cuyo fin último era la vida y el amor, no pudo soportar imaginar una tragedia igual. Se tumbó sobre el gran rimero de oro y con su cuerpo cubrió cada pedacito, hasta que su esencia divina, hecha de luz y creación, absorbió todo lo que de muerte y oscuridad había en ella, sellando el mal y cayendo en un letargo eterno que durará hasta que muera.

»Consumido por la pena y convertido en piedra, Tak-Lha la acunó entre sus manos, junto con todo el oro que la había condenado. Y lloró tanto y durante tantos milenios que sus lágrimas cubrieron a la diosa y formaron el Lago Áureo.

»El dios ha permanecido tantos años transformado en piedra, en montaña y recipiente que hoy ya no sería capaz de regresar a su estado natural. En el fondo resplandece el brillo de un regalo maldito, cuyo mal solo contiene el cuerpo casi etéreo de Meel-Ho. Y un día, cuando ella se consuma por completo y Tak-Lha deje de sostenerla, el mal volverá a envenenar este lago y estas tierras, hasta que finalmente extinga al mundo entero.

Quando termina de hablar, toma aire como si hubiera estado conteniendo la respiración, y yo veo ese brillo romántico en sus ojos, siento esa facilidad de aferrarse a una leyenda antigua y hermosa que, por un instante, en sus labios, ha parecido real.

—También es mi favorita —susurro.

—Espera a escuchársela a Martha.

Tengo la impresión de que, de pronto, los dos hablamos mucho más bajo, más suave, como si alzando la voz pudiéramos despertar a Meel-Ho y condenar al mundo.

—No quiero escuchársela a nadie más. No quiero que nadie que no seas tú me la vuelva a contar.

Sería como mancillar un pedacito de recuerdo perfecto. Pero eso no se lo digo.

Un rato después, cuando todos duermen ya, la acompaño hasta su habitación; la 23. Y antes de marcharme, me armo de valor.

—¿De verdad que no recuerdas nada de la noche que hablamos?

Ella esboza una sonrisa de disculpa.

—Recuerdo la noche, pero no haber hablado contigo. Hay una gran laguna después de medianoche.

Asiento, procurando no parecer demasiado decepcionado, y me meto las manos en los bolsillos antes de darme la vuelta.

—¿Me dijiste algo importante, algo que deba recordar?

Me vuelvo para negar con la cabeza.

—Nada en absoluto.

—Eh. —Me detiene antes de que me marche—. Mañana ponte botas de monte.

Enarco una ceja, expectante, pero ella se dedica a guiñarme un ojo y no da más explicaciones.

Hoy, cuando me acuesto, me tumbo en la cama intentando conciliar el sueño, pero mi mente acude una y otra vez al mismo recuerdo, a la misma decisión precipitada, torpe y nefasta.

*—Kev es un capullo —le dije cuando la vi sentada fuera de aquel local, abrazándose las rodillas desnudas con los brazos y llorando en silencio.*

*Ella respondió algo muy parecido a lo que me dijo el otro día:*

*—¿De quién es la culpa si yo sé lo que debo esperar de él?*

*Aquello me cabreó.*

*¿Por qué lo había elegido a él? ¿Qué tenía que no tuviese cualquier otro, cualquier*

*persona más decente, más honesta?*

*¿Por qué no yo? En el fondo siempre me había creído un poco más honrado que Kev. Me engañaba porque, aunque hacíamos las mismas cosas, aunque tomábamos las mismas decisiones, en mi cabeza aquello no me parecía real; como si él lo hiciera por diversión y yo por pereza. Más tarde comprendí que el motivo no importaba.*

*Éramos igual de malos y al final ella solo lo había visto a él.*

*Porque yo era incluso peor.*

*—Kev no te merece —le dije—. Olvídate de él. No sabe lo que hace.*

*—Yo tampoco lo sé —me respondió.*

*Por el tono de voz al arrastrar las sílabas, la mirada perdida y el balanceo, era evidente que estaba bastante borracha.*

*No me contó exactamente lo que había ocurrido. Yo pude imaginarlo sin esfuerzo. Y hablamos un rato, mucho más de lo que le confesé a Izzy, hasta que la noche, el calor y unos antecedentes de malas decisiones me llevaron a intentar una tontería.*

*—No puedes permitir que te haga esto —insistí.*

*—¿Y qué hago?*

*—Busca algo mejor.*

*—¿Y qué es mejor?*

*Cierro los ojos con fuerza cuando llego a ese rincón de mis recuerdos, a esa cápsula en el tiempo congelada para siempre en un remordimiento.*

*—Esto —le dije.*

*Tomé su rostro con las manos y pegué mi boca a la suya en un beso superficial, rápido y brusco, que me aceleró el pulso y, sin embargo, me dejó helado.*

*Izzy no se apartó enseguida. Tardó unos instantes largos en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Primero, cerró los ojos, apoyó las manos en mi pecho y me devolvió el beso unos segundos, hasta que el hechizo se rompió, se apartó y acabó poniéndose en pie, farfullando una serie de disculpas que deberían haber salido de mi boca, y se largó.*

*Hoy el recuerdo de ese beso sabe vacío.*

*Porque no era el momento, ni el lugar. Ella estaba lo suficientemente borracha como para no acordarse al día siguiente y yo, aunque bebido, no lo estaba tanto como para haberlo olvidado.*

*Nunca le había pedido perdón.*

*Yo tampoco me había perdonado.*

**Elizabeth**



## 14

# Y al resonar tus números dispersos

Hemos venido andando, dando un paseo a través del bosque mientras yo hablaba y él escuchaba y evitaba mis preguntas, como de costumbre. Después de caminar hasta el centro del pueblo, de seguirlo a través de las calles con curiosidad, nos hemos detenido frente a la oficina de correos.

He entrado con él y he esperado a su lado mientras enviaba un sobre sin remitente.

—¿Para quién es? —pregunto una vez fuera.

—Para casa —responde, y no da ninguna señal más; yo tampoco pregunto.

Antes de continuar con lo que he preparado, le propongo tomarnos una taza de chocolate caliente en uno de mis sitios preferidos del pueblo.

Pedimos dentro del establecimiento y lo conduzco hasta la zona de atrás, una terracita desde la que se ve parte del pueblo, las casas blancas y pintorescas, los viñedos, los pequeños jardines de los vecinos...

También hay dos columpios de madera avejentada, un poco raída, que aún conservan su encanto. Gracias al frío otoñal y a que a estas horas todos aquí están trabajando, podemos ocuparlos. Yo me siento de cara a la pendiente, a las vistas. William, en cambio, toma asiento al revés.

A pesar del frío creo que el sitio lo merece. Es tranquilo, discreto y tiene encanto.

Sin embargo, hoy William está menos hablador que de costumbre.

—¿Lo echas de menos? —pregunto—. Tu hogar —añado cuando advierto cómo me mira, y tomo la taza de chocolate que he dejado sobre la mesita para darle un sorbo.

—A veces.

—¿Falta mucho para que vuelvas con ellos?

Mientras todavía se balancea, me dedica una sonrisa un poco pirata.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya?

—Al contrario —respondo, quizá demasiado rápido.

Capto su expresión, las cejas arqueadas, la sorpresa enredándose en sus ideas.

—Quiero decir que... eres de gran ayuda en la posada.

Lo veo tentado de seguir provocando, tirándome de la lengua hasta conseguir que diga algo a lo que pueda darle la vuelta para hacer que me sonroje, pero acaba desistiendo.

Toma un trago de chocolate y mira al frente mientras sigue columpiándose.

—¿A qué te dedicas, William?

—Ya lo sabes. Trabajo en el Refugio —responde, dando evasivas como siempre.

—Me refiero a tu vida cotidiana. Qué es lo que haces cuando no estás aquí.

Tengo la impresión de que va a volver a darme largas, como siempre. No obstante, me mira y se encoge de hombros.

—Cualquier cosa que surja, supongo. He trabajado en supermercados, talleres, locales, tiendas deportivas...

Como Kev. Él también se dedicaba a lo que surgiera. Se independizó pronto y empezó a vivir de trabajillos temporales. Nunca llegó a tener problemas porque su familia no dejó de darle

dinero.

Una duda ruge en mi interior.

—¿A qué se dedica Kev ahora?

William deja de columpiarse. Su expresión se nubla ligeramente, tal vez porque después de todo sigo haciendo preguntas sobre él.

—La última vez que lo vi estaba trabajando en un local de copas, pero supongo que ahora lo habrá dejado un tiempo.

Sin embargo, lo que siento por Kev no es más que simple curiosidad. Lo que me interesa en realidad es...

—¿Y tú? ¿Qué es lo que te gustaría hacer de verdad?

Se encoge de hombros, distante.

—Supongo que acabar en un taller no estaría mal.

Sacudo la cabeza.

—No me refiero a eso. No me refiero a algo con lo que te conformes. ¿Cuál es tu sueño? ¿Qué es eso a lo que quieres dedicarle toda una vida?

Vuelve a encogerse un poco, como si esas palabras no significaran nada para él.

—Tiene que haber algo que te apasione.

William aparta los ojos y mira la pared de la terraza que tiene detrás antes de sacudir la cabeza.

Detengo mi columpio y después atrapo las cadenas del suyo para obligarlo a detenerse también. Nos quedamos cruzados, frente a frente, mientras yo sonrío y descubro de cerca el color del mar en los ojos de William.

—Todos tenemos algo que nos apasione, algo a lo que le regalaríamos cada minuto de nuestro tiempo sin remordimientos. Cuando buceo soy otra persona, me doy cuenta enseguida. El mundo de arriba deja de existir, los sonidos se desvanecen. La sensación de libertad es arrolladora, la euforia al lanzarse al agua, la presión en las costillas, la ligereza en los pies, la capacidad para volar... —Noto cómo me emociono a medida que hablo y levanto más la voz—. Es algo que te acelera el corazón con solo pensar en ello.

Me hago con su mano sin pedirle permiso y coloco su palma estirada contra mi pecho ante su atenta mirada.

—¿Va rápido? —pregunta, y siento que hace un poco más de presión con su palma, aunque no la mueve del sitio—. No lo noto —murmura, y obviamente miente.

Me sonrojo, pero no pienso dejar que me lleve por ese camino y doy un paso atrás justo cuando empezaba a sentir el calor de su piel abrasando la mía a través de la ropa.

—¿Para esto me dijiste que me pusiera botas de monte? —inquire—. ¿Para montar en columpio?

Me pongo de pie.

—Espero que el chocolate te haya dado fuerza.

Termino lo que me queda de chocolate y le hago un gesto para que me siga. Después de apurar el contenido de su taza y llevar las dos dentro, volvemos a salir al pueblo y lo conduzco calle arriba hasta que llegamos a unas escaleras de piedra y después a otras y a otras, hasta que acabamos al comienzo de un sendero.

—¿A dónde lleva esto? —inquire, curioso, con las manos en los bolsillos.

—Tendrás que seguirme para averiguarlo.

Una chispa de curiosidad se aloja en su mirada y no dice nada cuando echo a andar y él me

sigue mientras mira a su alrededor.

Las ramas de los árboles que se ciernen sobre el camino no dejan ver más allá, pero el sendero tiene una única ruta y yo la conozco bien.

Continuamos avanzando y ascendiendo, puede que alrededor de un kilómetro, hasta que el camino se despeja y llegamos a un alto desde el que se observa cuánto hemos subido. A partir de ahora, lo que queda del recorrido está custodiado por un muro de piedra bajo y semiderruido que es lo único que queda de una antigua fortificación en lo alto de la montaña.

William se apoya en él y se asoma.

—Eso de ahí es el lago —murmura, observando la mancha dorada que se ve a lo lejos.

Asiento.

—Y pronto verás también el Refugio.

No volvemos a detenernos hasta que estamos sobre el Lago Áureo y la posada se ve, prácticamente, al pie de una de sus orillas, también el embarcadero y la fundación.

Las vistas desde aquí son increíbles y no me extraña cuando William se inclina sobre el muro de piedra y se echa hacia delante con la boca entreabierta.

Sonrío, me acerco también y, cuando apoyo las manos en el muro para impulsarme y subirme a él, una punzada de dolor me atraviesa. Antes de que pueda hacer o decir nada, siento la voz de William en mi nuca:

—Puedes pedir mi ayuda si la necesitas.

Lentamente, me doy la vuelta entre sus brazos y le dedico una mirada desde abajo. William la sostiene unos instantes, pero no necesita que le diga nada para agacharse un poco sin romper el contacto, agarrarme de la cintura y subirme al muro con suavidad.

Voy a girarme para pasar al otro lado cuando pone las manos a ambos lados de mi cuerpo y se inclina un poco hacia mí.

—Quiero saltar —le hago saber—. Las vistas desde ahí son impresionantes.

William ni se inmuta. Alarga la mano, toma la mía y la inspecciona con detenimiento.

—Luego te ayudaré a ponerte hielo.

Estoy a punto de decirle que nadie necesita ayuda para eso cuando descubro una parte de mí que se muere por ese tipo de atenciones, y no digo nada. Sin embargo, veo una oportunidad.

—Enfermero.

—¿Qué?

—Te gusta cuidar de la gente. ¿Médico?

William se ríe cuando comprende que sigo insistiendo y estoy casi segura de que no va a decir nada más cuando, de pronto, confiesa:

—Educación Social.

Aún no ha soltado mi mano, sigue acariciando mis dedos con sumo cuidado, y yo no hago nada por apartarla.

—¿Eso es lo que te gusta?

—Iba a estudiarlo antes de acabar en Bravelands —responde, como si mis nudillos magullados fueran interesantísimos.

—¿Ibas?

—Las cosas han cambiado.

—Puedes empezar cuando quieras, incluso si no coges todas las asignaturas del primer año.

—Sí, supongo que sí —responde, aunque ese tono abatido no me engaña.

Aparta la vista de nuestras manos para mirar a mi espalda; la vista imponente del acantilado,

las montañas a nuestros lados y el bosque que rodea la posada y el lago. Echa la cabeza un poco hacia atrás, como si acabara de reparar en las vistas por primera vez desde que nos hemos sentado, y yo no puedo dejar de mirarlo a él, de pie entre mis piernas.

—¿Sabes? Te mentí.

—¿Qué? —me sorprende.

Vuelve a fijarse en nuestras manos. Siento un cosquilleo muy suave cuando su pulgar acaricia mis nudillos con una delicadeza que abrasa.

—Llegar a Bravelands no fue casualidad. Sabía que tú estabas aquí. O, al menos, sabía que había una posibilidad. Tenía que marcharme a algún sitio y elegí este por ti.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿por qué fingiste que no me conocías cuando me encontraste?

William se encoge de hombros. Una suave brisa, que huele un poco a lluvia y a otoño, le revuelve el pelo.

—Es difícil de explicar.

—¿Por qué querías encontrarme?

Entonces, William levanta mi mano y la lleva hasta su pecho, como he hecho yo antes con la suya. Me quedo quieta, completamente inmóvil, mientras siento los fuertes latidos de su corazón bajo mi palma.

—Quería volver a verte —responde con una sinceridad abrumadora.

Veo la vacilación en el azul oscuro de sus ojos, la vacilación danzando en esa mirada que parece tan desnuda, y la siento como un reflejo del mismo miedo que se ha enroscado en mi garganta, la duda que me oprime el pecho.

Pero decido armarme de valor igual que se ha armado él y me inclino un poco hacia delante, hacia él, hasta que apenas queda un suspiro entre los dos y la distancia es tan corta que asusta.

Espero a que reaccione, a que diga o haga algo, pero William solo se mantiene inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en mí mientras aguarda a que sea yo la que se mueva, a que me acerque más y más.

Cierro los ojos cuando él también lo hace y siento su aliento en los labios, un roce suave, sutil, que baja por mi espalda y se deshace en una descarga. Y, no obstante, antes de besarnos, siento su voz contra mi boca.

—Me gustas, Izzy —dice, de pronto, haciendo que me aparte con el corazón latiéndome a mil por hora.

Lo ha dicho tan serio, tan preocupado... que no tardo en adivinar que hay algo más.

—Y estoy bastante seguro de que yo también te gusto, físicamente al menos— añade, dedicándole una mirada a mis labios que tan cerca han estado de los suyos hace solo unos instantes.

William se aproxima, tanto que nuestros rostros quedan a unos centímetros, y mi corazón se desata. Siento cerca la calidez de su piel, el aroma inconfundible que emana de él.

Lo veo dudar tanto como dudo yo. Cada instante es una eternidad, cada bocanada de aire, insuficiente. Estoy a punto de cerrar los ojos, de volver a saltar al vacío sin pensar, cuando William se mueve ligeramente hacia atrás.

—El problema de todo esto es que yo no quiero gustarte solo de esa forma —dice, rompiendo el hechizo y apartándose.

Creo que he dejado de respirar.

Ni siquiera sé cómo volver a hacerlo.

—Me parece que está a punto de empezar a llover —dice, despreocupado, como si no acabase de pasar absolutamente nada, y echa andar por el sendero.

Tardo unos segundos en reaccionar, en asimilar lo que acaba de ocurrir. Una emoción arrolladora crece en mi estómago, mil sensaciones me embargan.

No tengo tiempo de encontrar una buena respuesta, de buscar algo coherente que decir que no implique una pregunta. Todo lo que hay en mi cabeza ahora es una maraña de sentimientos, recuerdos confusos y muchas dudas.

Echa a andar tan deprisa y sus zancadas son tan largas que no puedo detenerlo.

—¡William!

Bajo de un salto y me apresuro por reunirme con él.

—¡William! No me has dejado responder —le digo sin un aliento que no he perdido precisamente en la carrera.

—No te lo he dicho porque quisiera una respuesta.

—Te has marchado —le recrimino, desconcertada por él, por sus palabras, por la situación.

—Izzy. —Pronuncia mi nombre con firmeza, sin dudar—. Te lo he contado porque quería ser sincero contigo, y de momento esa es toda la sinceridad que puedo ofrecerte.

Aún no ha roto a llover, pero un trueno rasga el silencio del bosque, retumbando con fuerza en las montañas de piedra.

—¿Es que hay más?

—Hubo un beso —contesta, y a cada respuesta yo me siento más perdida.

William niega con la cabeza, pero yo doy un paso adelante. Ahora apenas hay unos centímetros entre los dos y tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Olvidalo.

Está a punto de darse la vuelta, pero yo no puedo dejar que esto se quede aquí; no puedo acabar así esta conversación.

Lo detengo.

**William**

## 15

# De mi alcoba en el ángulo los miro

Creo que, a pesar del desconcierto, una parte de mí comprende lo que se propone antes de que ocurra, y tengo que dar gracias a esa parte porque el resto de mi ser está petrificado.

Ha vuelto a detenerme con la mano herida, pero no parece importarle; esta vez ni siquiera se ha dado cuenta.

Lentamente, entrelaza sus dedos con los míos, me retiene y da un paso adelante salvando la distancia que acabo de crear. Lo siento como una coreografía, unos pasos perfectos y ensayados, tan fluidos que no parecen naturales, pero lo son. Izzy mueve todo su cuerpo hacia mí. Siento sus pequeños nudillos, raspados y un poco hinchados, bajo el tacto de mis dedos y los acaricio con suavidad, expectante, conteniendo el aliento.

Da un paso, y después otro más, hasta que siento todo el calor de su cuerpo contra el mío. Se pone de puntillas y desliza una mano sobre mi pecho para agarrarme el cuello con delicadeza antes de inclinar el rostro y besarme en los labios. Mis manos se mueven solas cuando la atraigo más hacia mí, cuando la sostengo de la cintura y siento que el universo acaba de estallar entre los dos.

Parece tan pequeña entre mis manos y, no obstante, este beso es enorme. Lo que está ocurriendo es grande, importante.

Se echa hacia delante, llevada por la pasión, por un beso contenido, lento y exploratorio que se dilata en el tiempo con pereza; y mi espalda acaba contra la pared de piedra que tengo detrás.

Después de que se separe tardo unos segundos en abrir los ojos y, cuando lo hago, todo parece pasado por el filtro de un sueño.

—Aunque lleve aquí tres años, todavía me estoy encontrando —murmura ella en voz baja. Tiene los labios enrojecidos, las mejillas, encendidas—. Todavía no tengo todas las respuestas, pero esta sí puedo dártela.

Lo entiendo sin necesidad de más explicaciones, sin más palabras.

—Para mí es suficiente —respondo con voz ronca.

Izzy sonrío, un poco tímida, traviesa, y se muerde los labios antes de seguir avanzando antes de que empiece a llover y nos empapemos.

Yo la sigo, como he hecho siempre.

**Elizabeth**



## 16

# Pitagoriza en tus constelaciones

Ya estamos resguardados cuando rompe a llover y la lluvia empapa el camino por el que acabamos de venir, las hojas secas, la superficie lisa y perfecta del Lago Áureo.

Una fuga en el tejado de la granja ha hecho que en cuento pusiéramos un pie dentro del Refugio dejásemos de estar solos el resto del día. Martha ha venido corriendo al vernos aparecer y, prácticamente, nos ha empujado de un lado a otro, preocupada por los animales que iban a mojarse durante la tormenta.

Después las obligaciones, los trabajos y los huéspedes nos han impedido hablar, y hemos pasado tanto tiempo en silencio que al cabo de unas horas he llegado a creer que todo había sido parte de un sueño. Solo durante la hora del té, cuando William me ha ayudado a preparar el comedor, he sentido en una caricia discreta, al coger una taza de entre mis dedos, que todo había sido real. Que sigue siéndolo.

Son más de las once de la noche cuando alguien llama a mi cuarto y el corazón se me dispara.

Cuando abro la puerta y lo veo al otro lado, apoyado en la pared de enfrente del pasillo con despreocupación, me pongo tan nerviosa que una parte cobarde de mí quiere cerrar la puerta, meterse bajo el edredón y desaparecer. Me llevo la mano al lugar donde debería estar el pedacito de citrino que llevo siempre conmigo, para hacerlo girar entre mis dedos, pero está en la mesita de noche.

William alza la mano al tiempo que da un paso adelante.

—Traigo hielo —anuncia, tal y como prometió.

Reconozco que se me había olvidado, pero me hago a un lado y lo dejo pasar.

Él mira a su alrededor cuando lo hace, observando cada esquina de la habitación. La cama deshecha y la cómoda abarrotada de libros, velas y revistas científicas que me traigo de la fundación.

Hay varias mantas sobre el suelo, almohadones y cojines en los que suelo sentarme a leer con Pucca, que ya descansa en su rincón junto a la ventana que da al bosque.

La habitación es cálida y el vapor se condensa en los cristales perlados por decenas de gotitas de lluvia.

Sin que yo le diga nada, William avanza y se sienta en el suelo con despreocupación. Cruza las piernas y deja las manos sobre sus rodillas mientras me mira y me insta a que lo imite.

—No tenías por qué hacerlo. Ya casi ni me duele.

—¿Quieres que me vaya? —ronronea, y yo no puedo evitar morderme los labios y sacudir la cabeza.

Sin decir nada más, William alarga el brazo y toma mi mano con delicadeza. La estira sobre su palma, inspeccionando mis nudillos magullados y la hinchazón cárdena que empieza a propagarse.

Coge esa bolsita con hielo que ha traído y la presiona con suavidad sobre mi mano, sin soltarla. Probablemente, se la hayan dado Martha u Olle.

Sus dedos son suaves al tacto cuando acaricia mi piel con delicadeza, mucho más suaves de

lo que habría esperado.

De pronto, recuerdo algo.

Me pongo en pie sin avisarlo, recuperando una mano que comienza a estar demasiado fría. Me estiro el jersey de lana que me llega hasta por debajo de las rodillas y voy de puntillas hasta la cómoda.

—Casi se me olvida. Quería darte algo.

Vuelvo corriendo hasta él y le entrego el libro que acabo de coger.

—Son las *Rimas* de Bécquer.

Asiento.

—Imaginé que ya estarías un poco cansado de leer una y otra vez el mismo libro.

—Gracias. —Hay algo verdaderamente cálido cuando responde, vuelve a bajar la vista hasta las solapas y acaricia las letras con devoción.

Se pone en pie sin apartar la mirada del libro y camina hasta el sillón.

—¿Qué haces?

—Voy a leer el libro que me has regalado —contesta, sencillo.

Miro la bolsita con hielo que ha abandonado en el suelo, el reloj en la mesita de noche.

—¿Ahora?

Por toda respuesta, William se deja caer con elegancia, se recuesta y, después, me hace un gesto.

Me lo pienso, claro que lo hago, pero la curiosidad me puede, así que me acerco despacio y tomo la mano que me tiende.

William tira de mí despacio, dándome la oportunidad de dar un paso atrás, apartarme si así lo quiero, pero yo no lo hago. Lentamente, me siento sobre su regazo con cierta tensión y la emoción burbujeando en mis dedos. Él me recoge las piernas y pasa un brazo tras mi cintura antes de abrir el libro por la primera página, aclararse la voz y comenzar a leer.

Al principio lo observo atónita, incapaz de moverme por miedo a que el hechizo se rompa. Me siento un poco tensa entre sus brazos, aunque él parece absolutamente cómodo mientras lee.

Al final, acabo dejándome llevar por el sonido de su voz, la lluvia repiqueteando en la ventana, el viento colándose bajo la puerta... Me abandono poco a poco a la sensación de calma que transmite hasta que me siento blanda sobre él. Recuesto mi cabeza en el hueco de su cuello y me quedo así una eternidad mientras observo cómo sus dedos largos, ágiles, pasan las páginas.

Estamos así, sumidos en una burbuja de irrealidad, un buen rato, hasta que William cierra el libro y bosteza. Habrá leído medio centenar de rimas.

—Lees muy bien —susurro.

Él se ríe un poco, avergonzado.

—Me están gustando.

—Lo sé. Sabía que lo harían —contesto.

Deja el libro en el reposabrazos y mientras tanto comienza a trazar círculos en mi espalda con la otra mano.

—Gracias —murmura, y siento que se mueve un poco bajo mi cuerpo. Yo estoy tan a gusto que ni siquiera levanto la cabeza.

Nos quedamos así un poco más, abrazados y en silencio, hasta que es él quien lo rompe.

—¿Sabes? Me muero de ganas por besarle.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto con la garganta seca—. Este sería el segundo beso.

—En realidad, sería el tercero.

Parpadeo.

—Creo que no —respondo, divertida.

—Sí que lo sería.

Ladeo la cabeza.

—Me parece que si nos hubiéramos besado, me acordaría —bromeo.

Él sonrío, pero advierto enseguida que no es una sonrisa de verdad, es un poco triste, culpable.

—Me dijiste que no recordabas la noche que hablamos.

Me tenso un poco.

—No. No la recuerdo...

—No solo hablamos.

Sacudo la cabeza, confusa.

—No puede ser —murmuro—. No. Es imposible. Si te hubiese besado, me acordaría; yo no haría algo así y después...

—En realidad te besé yo a ti —confiesa—. Y fue terrible. No por el beso en sí —se apresura a añadir—, sino por lo que significó, por el momento, por las circunstancias... Estuvo mal, pero no lo pensé, y cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde y tú te habías marchado.

Me quedo de piedra.

—Sé que una de las chicas me acompañó a casa después, que llegué bien, pero aparte de eso... no recuerdo nada de lo que me dices.

William se frota el cuello, apesadumbrado.

—Sé que las disculpas llegan tres años tarde, pero lo siento mucho.

Lo miro de hito en hito, rebuscando en los jirones de memoria de aquella noche, pero no encuentro absolutamente nada. Y por la forma en la que me devuelve la mirada, esos ojos tristes, la curva de sus labios...

—Yo tampoco creo que aquella noche fuera la mejor para intentar algo. —Me encojo de hombros, intentando suavizarlo—. Pero todos cometemos errores.

William asiente y aparta el rostro. No parece muy convencido, así que me atrevo a deslizar mis dedos por su mentón, tomarlo con suavidad y hacer que me mire.

—El segundo beso, en cambio, me encantó —murmuro, un poco divertida.

Veo cómo su sonrisa se transforma lentamente, vacilante, tímida. Y la mano que tiene posada sobre mi cintura con delicadeza se mueve ligeramente.

—Este va a ser mejor —susurra, y cumple su promesa.

Su boca se desliza sobre la mía en un beso que comienza siendo tímido y exploratorio y pronto se convierte en algo más hambriento. Una chispa nace en mi estómago y se propaga por todo mi cuerpo. Durante unos minutos eternos, somos manos, caricias, jadeos y mordiscos, hasta que William se aparta con brusquedad y al instante me alza para volver a arrojarme después sobre el sillón cuando él se pone en pie.

—¿Qué pasa?

Se frota la nuca, contrariado.

—Debería irme —responde, visiblemente alterado.

Tiene el pelo revuelto y los labios rojos por el beso.

—¿A dónde? —Me entra la risa.

Él también se ríe un poco, abrumado.

—A mi cuarto, a dormir. Ahora.

Me muerdo los labios porque en el fondo sé que tiene razón; si seguimos así, pronto pasaremos de los besos e iremos a más. Aunque... ¿sería eso tan malo?

—Puedes quedarte —le digo, movida por un impulso.

Durante un segundo mi corazón estalla dentro de mi pecho y las expectativas hacen que lata con una fuerza terrible y abrumadora.

Sin embargo, William toma aire, cierra los ojos y sacude la cabeza.

—Hoy no —responde, y parece una promesa.

Cualquier rastro de decepción que hubiera podido albergar desaparece cuando se inclina sobre mí y me da un beso corto y profundo para despedirse.

Al acostarme, todavía siento un hormiguelo en la piel allí donde sus dedos la han rozado.

**William**

## Desasidos fantásticos lucir

Los siguientes días son un sueño. Parece que el tiempo que transcurre desde que me despierto hasta que vuelvo a acostarme es el tiempo que en realidad duermo.

Al principio me contengo, creo que los dos lo hacemos. Es como si camináramos de puntillas para no despertar al otro. Una mirada sutil, un roce de nuestros dedos mientras trabajamos juntos, una caricia en el cuello, un beso en los labios...

Un día, no sé bien cómo ni por qué, algo se desata.

Es durante un turno de trabajo, en la cocina, cuando me acerco por detrás a ella para darle un beso en la mejilla e Izzy se vuelve por completo, reclamándome cuando pasa sus manos por detrás de mi cuello.

Después de eso, nos besamos en cada rincón del Refugio, y en cada sala de la fundación. Nos besamos en el camino del bosque, en aquella terraza con columpios del pueblo y en el embarcadero del Lago Áureo.

A cada minuto del día, a cada instante cerca de Izzy, siento que me arde la sangre y que el corazón me late tan deprisa que en algún momento estallará. Me siento en una nube, como si no fuera real, y solo ciertos momentos de oscura lucidez empañan cómo me siento.

Hoy me lleva a la fundación y vuelve a prestarme un traje.

—Bajaremos más —susurra camino del embarcadero—. Si quieres.

—¿Cuánto?

—Dieciocho metros.

Pensarlo me marea un poco. El frío, la oscuridad, la nada más absoluta y el misterio dorado del fondo inalcanzable.

Pero digo que sí, porque ella tiene razón. Bajar es suficiente a veces, cuando tienes mucho en lo que pensar. La paz que se siente mientras tanto, la tranquilidad que te arropa después...

Vuelve a repasar conmigo los gestos, todas las normas que ahora son más, y me recuerda los peligros.

La experiencia es abrumadora. Nos detenemos a menudo e Izzy me recuerda una y otra vez que sople cuando sienta presión, se asegura de que esté bien, de que yo me encuentre bien.

Estamos solos ante la nada y el vacío y, no obstante, me siento acompañado durante todo el descenso.

No podemos hablar y, aun así, la comunicación es sencilla.

Su risa, su mirada, sus manos rodeando las mías. Hay algo primitivo, ancestral y mágico en el silencio de este lago, algo que conecta y une; algo que se traga los miedos.

A cinco metros de emerger hacemos una parada de seguridad de tres minutos para evitar el síndrome por descompresión.

Cuando salimos nos recibe la lluvia. Izzy se ríe todavía en el agua y ambos corremos de vuelta la fundación.

—Oye —dice mientras todavía nos estamos secando—. ¿No te parece que va siendo hora de darme tu número de teléfono? —suelta de pronto.

Me muerdo los labios.

—Yo no tengo teléfono —contesto, pero capto al instante su mirada, esa ceja arqueada—. Ahora mismo no lo utilizo.

—¿Y eso por qué? —inquire, curiosa.

Me paso la toalla por el pelo húmedo, buscando una forma de responder a eso sin que resulte inquietante.

—El que tengo aquí es un apaño temporal. Tengo que recuperar el mío y, hasta que lo haga, es inútil que te dé mi número.

Izzy me mira largamente y acaba asintiendo, pero no parece nada convencida.

—¿Por qué no me das el tuyo y yo lo memorizo por si lo necesito?

Izzy arquea una ceja.

—¿Y si yo necesito el tuyo?

—Tú sabes mi número más importante —replico—. Tienes el número de mi habitación.

Izzy se ríe y sacude la cabeza. Creo que sigue sin estar del todo convencida y, sin embargo, comienza a recitar su número cuando se lo pido.

Yo lo repito en voz alta, una y otra vez, hasta que estoy seguro de que me lo sé; y entre bromas y provocaciones acaba olvidando que yo no puedo darle mi número.

Después de vestirnos, volvemos al Refugio en silencio, y la primera palabra que nos dedicamos es un beso, también en silencio.

**Elizabeth**



## 18

### Escucha la retórica divina

Todavía se está secando el cabello oscuro con la toalla cuando llamo a su cuarto. Llevo un jersey tan ancho y unos calcetines tan largos que no me he molestado en ponerme pantalones. Tampoco me he secado el pelo, porque el interior del Refugio hoy es cálido y resulta agradable dejar que el calor de la chimenea le quite la humedad lentamente.

William no se sorprende al verme pasar, pero sí se alegra. Sonríe y se hace a un lado mientras me dedica una mirada que no me pasa desapercibida y que provoca un escalofrío que baja por mi espalda.

—¿Qué tal?

—Todavía siento como si flotara —responde.

—¿La cabeza? —quiero saber, pasando a su lado.

—No me duele en absoluto.

—¿El pecho? —lo interrogo, y aprovecho para mirarlo también.

William estira los brazos y ladea un poco la cabeza.

—¿Quieres comprobar que todo esté en su sitio?

Me muerdo los labios, pero me resisto y sacudo la cabeza.

Me quedo un rato en silencio, mirando a mi alrededor, recordando los envoltorios de comida basura del primer día, las persianas bajadas, el libro de poesía y la tristeza del ambiente.

—¿Has venido por eso? —se interesa.

Hay algo provocativo en su voz.

—En realidad no —contesto, bajando un poco el tono.

William arquea las cejas. Le sorprende que lo reconozca, pero le encanta creer que tiene razón. Me acerco a él un paso y, cuando él ya se está inclinando para darme uno de esos besos que roban el aliento, sin embargo, le muestro el libro que he traído conmigo: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley.

Él se detiene a un palmo de un beso.

—Acabamos el libro de las *Rimas*, así que te traigo este.

Hemos leído juntos prácticamente todos los días desde aquel que se lo presté; bueno, más bien, él lee y yo escucho. Ha leído algunas rimas en voz alta tantas veces que ya soy capaz de recitarlas de memoria. Tiene una voz grave, varonil y dulce, y es fácil dejarse atrapar por las historias que cuentan los poemas. Por eso la hora de lectura de las tardes, después del trabajo o los paseos por el bosque, se ha convertido en una de mis tradiciones preferidas.

William lo coge de entre mis manos mientras me dedica una mirada suspicaz. Sigue sin tragarse que esto sea por el libro, porque él tiene tantas ganas de mí como yo de él.

Sin embargo, entra en el juego.

—Así que has venido para leer.

—Así es.

—Está bien —decide, y me hace un gesto para que me ponga cómoda.

Al cabo de un rato estamos los dos sentados en el suelo, sobre mantas gruesas y de colores dorados, frente al fuego de la chimenea mientras sus llamas lamen el cristal.

En algún momento decido bajar y subir un par de los chocolates caseros de Martha. Fuera anochece mientras tanto, pero nosotros solo encendemos una luz pequeña sobre la mesilla.

Entre página y página, William apoya distraídamente la mano sobre mi pierna, pero yo no le digo nada. Lo observo de reojo cuando la mueve ligeramente y una descarga baja por mi espalda.

Él, no obstante, no parece ser consciente de lo que está provocando. Se dedica a subir sus dedos por mi pierna. Los lleva a través de la lana del calcetín y los sigue subiendo después por mi muslo, para volver a bajarlos después.

—¿Izzy?

—¿Mmm?

—Te pregunto qué opinas sobre el último capítulo.

El calor sube a mis mejillas.

—Oh —respondo—. Bueno, es complicado —miento.

—Complicado —repite.

Asiento y me muerdo los labios para que no me entre la risa. William asiente como si me diera su aprobación. No obstante, en un visto y no visto, sus dedos agarran mi tobillo y tiran de él, arrancándome una exclamación de sorpresa.

—No has escuchado una sola palabra, ¿verdad? —inquire con un destello de diversión ardiendo en una mirada que, de pronto, se ha oscurecido.

—¡Lo he escuchado todo! —replico, incorporándome un poco.

—¿Todo?

—Bueno. Tal vez se me hayan escapado un par de detalles de lo último que has leído.

Vuelve a tirarme del tobillo, haciéndome resbalar de nuevo a traición, y me quedo apoyada con los codos en las mantas. William se desliza sobre mí y todo mi cuerpo se tensa.

—¿Dónde estaban tus pensamientos, Elizabeth? —murmura con una cadencia oscura—. ¿Aquí? —inquire, y roza mi pierna con los dedos—. ¿O aquí? —continúa, subiendo con ellos aún más arriba y desatando una corriente que me atraviesa sin piedad.

Me tumbo por completo mientras deslizo las manos tras su cuello y tiro de él para robarle un beso que se convierte en dos, y en tres... Sube la mano por mi rodilla y por el muslo una y otra vez, y toda mi piel vibra cuando la introduce bajo el jersey y sus dedos están a punto de llegar a una zona peligrosa.

Pero se detiene ahí, justo en el límite. Su cuerpo, un poco inclinado sobre el mío, y sus dedos, a unos milímetros de hacerme perder la razón.

Todo mi ser tira en una única dirección mientras me estremezco bajo sus caricias. Durante unos segundos, pierdo la noción del tiempo. Una sensación de profunda irrealidad me embarga mientras acaricio su espalda desnuda y recorro su estómago con los dedos, la tinta de los tatuajes que le suben por los brazos, por el cuello.

Siento que sus dedos tiran un poco de mi jersey, pero William aguarda. Me mira con una pregunta sin formular en los labios y, por toda respuesta, me incorporo para que pueda librarse de mi jersey.

Nos desnudamos despacio y sin miedo, dilatando cada nueva sensación mientras nos comemos a besos sobre las mantas, los cojines y el libro que ha quedado olvidado en una esquina.

Hay auténtica devoción en sus manos cuando se deshace de la única prenda que queda en mi cuerpo, y sus ojos me recorren con avidez antes de volver a besarme.

No creo que ninguno de los dos sea consciente de que nos quedamos en el suelo cuando

William regresa con un preservativo. Soy yo la que marca el ritmo al principio, sin levantarnos de allí, hasta que la cordura parece regresar un instante a él, me agarra con fuerza de la cintura y me lleva hasta la cama, donde me dejo arrastrar por sus movimientos, por los besos, los mordiscos y los jadeos.

—¿Sigo así? —pregunta, con la voz ronca, los labios enrojecidos y el pelo revuelto.

Me arde la garganta y soy incapaz de responderle. Me limito a mover la cadera para hacerle saber que esto es lo que quiero y William vuelve a recuperar el ritmo.

Me aferro a las sábanas cuando estoy a punto de perderme y él me besa con intensidad, con un sentimiento arrebatado, mientras se pierde conmigo.

Apenas soy consciente de cómo se levanta y regresa después a la cama. Cuando vuelvo a abrir los ojos, está frente a mí y nos ha cubierto a los dos con el edredón.

—Eh —me llama, bajito—. ¿Qué tal estás?

Sonrío.

—Bien. ¿Y tú?

Por toda respuesta, ladea la cabeza y se echa a reír. Está bien.

—¿Y qué tal he estado yo? —continúa.

Contengo una risa.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

William sonrío. Tiene una expresión risueña, distraída. Está tan exhausto como yo. Siento los dedos sobre mi sien y la sensación es tan deliciosa que empiezo a notar que los párpados me pesan. No obstante, un cambio radical en su gesto me obliga a mantenerme despierta.

Se ha puesto serio de pronto, la sonrisa ha desaparecido y parece a punto de hablar.

Aguardo.

—Izzy —me llama.

—¿Qué? —respondo, dándole pie.

Tengo que volver a esperar.

—Después de esto no saldrás corriendo, ¿no?

No respondo enseguida.

—¿A qué te refieres?

—¿Seguiremos pasando tiempo juntos?

La pregunta me pilla por sorpresa. Sacudo un poco la cabeza, para despejarme.

—Claro —contesto, confusa.

William sonrío y me planta un beso en los labios; parece que algo más relajado, aunque hay cierto temor en sus ojos, cierto dolor que continúa ahí. Se me ocurre algo.

—¿Y tú? —susurro.

Fuera sigue lloviendo, pero el calor bajo este edredón es mágico.

—Yo dejé de correr cuando te encontré.

No entiendo bien lo que acaba de pasar, ni lo que acabamos de compartir, pero me siento impulsada a acercarme de nuevo a él y besarlo.

Al instante, me rodea con sus fuertes brazos y me quedo así, apoyada sobre su pecho, hasta que me abandono al sueño por completo.

Cuando despierto, un olor que empieza a resultar familiar me embarga, llenando todos mis

sentidos. Mientras me desvelo, los recuerdos de la noche anterior vuelven a mí con intensidad.

Recuerdo el libro, su voz, los besos, la línea que crucé con William...

William. Está aquí, a mi espalda. Siento el peso de su brazo sobre mi cintura, que me envuelve en afán protector. Pesa un poco, pero es un peso reconfortante. Empiezo a ser consciente de cuanto me rodea, de su respiración en mi nuca, del calor de su cuerpo contra el mío...

Me muevo un poco, intentando decidir qué debería hacer ahora. Tal vez, debería meterme en la ducha y darle tiempo para que se levante antes de que salga. Tal vez...

—Buenos días —murmura contra mi pelo.

Su voz ronca, un poco áspera, cala en mi pecho.

—Hola —murmuro, un poco cohibida.

William se revuelve un poco, estrechándome con más fuerza contra su pecho.

—Ayer caíste rendida en cuanto terminamos.

Me ruborizo.

—Estaba cansada y...

—Lo sé —me interrumpe y, de pronto, siento sus labios sobre mi hombro—. Mmm... — William ronronea, y ese sonido termina de hacer que cada músculo de mi cuerpo entre en tensión.

—¿Qué pasa?

—Te quedaste dormida desnuda —murmura contra mi cuello.

—Fuiste tú quien me quitó la ropa —replico.

Una risa escapa de sus labios y reverbera contra mi piel.

—Y me encantó.

Siento cómo se mueve a mi espalda y estoy convencida de que se va a apartar de mí cuando, de pronto, me da la vuelta hasta que quedo apoyada sobre el colchón y se coloca sobre mí.

Su mirada cargada de malas intenciones me recorre de arriba abajo, abrasándome lentamente, y su sonrisa provocadora hace que mi corazón se salte un latido.

—Deberías haberte vestido —me suelta bajito.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar, aun sabiendo qué tipo de respuesta me dará.

—Porque me gusta desnudarte —murmura, agachando la cabeza hacia mí y dándome un beso muy suave en el cuello.

Una sensación cálida me recorre de arriba abajo. William me mira de la misma forma que me miraba ayer y yo deslizo las manos por su pecho, haciéndole saber que me encanta la idea.

—Quiero quedarme —dice, de pronto, más serio de lo que debería.

Sonrío.

—Tenemos un rato hasta que empiecen nuestros turnos —respondo.

La imagen de sus brazos a cada lado de mi cabeza, los músculos de su estómago contraídos y todo su cuerpo sobre el mío no me dejan responder ninguna otra cosa.

—No me refiero a eso —responde, nervioso.

—¿Entonces...?

Me muerdo los labios y deslizo las manos sobre su pecho, recorriendo las líneas de tinta de forma distraída.

—Me refiero a Bravelands. Quiero quedarme aquí.

Dejo de acariciarlo. Alzo la cabeza.

—Si a ti te parece bien, claro —se apresura a aclarar.

—Aunque no voy a negar que haya fantaseado con la idea de pasearme por ahí con una corona, no soy dueña de Bravelands —contesto, divertida por esa actitud, por ese miedo tan repentino, esa... ¿inseguridad? Con esa imagen que transmite, los tatuajes, la sonrisa traviesa, los comentarios desvergonzados... habría apostado todo a que no tenía ni una pizca de eso.

—No me quedaría por el clima, precisamente —replica, frunciendo ligeramente el ceño.

—Entonces te quedas por el trabajo en el Refugio —lo molesto.

—No.

—¿Los misterios del Lago Áureo? —continúo provocándolo.

—Elizabeth —me regaña, completamente serio.

Me muerdo los labios, pero él no deja de mirarme con esa expresión consternada y no puedo evitar echarme a reír. Cuando vuelvo a hablar, bajo mucho el tono de voz.

—William, no te quedarás por mí, ¿no?

Él no responde, porque a pesar de mi tono, de mi expresión y de mi sonrisa no ha entendido que estoy bromeando. Está verdaderamente nervioso.

—¿Qué estás preguntándome exactamente? —le digo, poniéndome seria también al comprender que esto es más importante de lo que parece.

—Solo quiero saber si te parece bien —responde con voz grave—. No te estoy exigiendo responsabilidad, ni un trato, ni garantías sobre lo que ocurrirá entre nosotros. Me gustaría quedarme, pero si crees que esto debería terminar aquí y ahora, no seguiré aquí cuando acabe el otoño.

William continúa sobre mí, sin apartar sus ojos de los míos, con el pelo rebelde despeinado, el pecho subiendo y bajando al ritmo de una respiración turbulenta y una expresión dubitativa.

Aunque haya estado bromeando hasta ahora, comprendo que esto es mucho más que una pregunta inocente, y aunque ya le dije que no tenía todas las respuestas, que aún sigo buscando la mayoría, esta también puedo ofrecérsela.

—¿Sin garantías? —inquiero.

Sacude lentamente la cabeza.

—Yo tampoco sé lo que va a pasar mañana. Esto podría salir bien, rematadamente mal o, simplemente, no empezar.

Tardo un rato en responder, porque creo que la respuesta que le dé es importante.

Me armo de valor y respondo bajito.

—Ahora mismo firmaré para que te quedaras conmigo en esta cama hasta el próximo otoño.

William sonrío y frunce un poco el ceño, divertido. Vuelve a inclinarse sobre mí para atrapar mi labio inferior entre los dientes y darle un mordisco juguetón.

—Es una gran respuesta —opina.

Y pasa a la acción. Aprieta su cuerpo contra el mío y, al mismo tiempo que noto esa presión tan dulce, siento cómo desciende su boca por mi pecho, llenándolo de besos.

Nos perdemos en el mismo juego que ayer, abandonándonos al deseo entre las sábanas, bajo el edredón, mientras deshacemos aún más la cama, y volvemos a besarnos en la ducha cuando tomamos la mala decisión de intentar ahorrar tiempo duchándonos juntos.

Bajamos las escaleras prácticamente a la carrera, a punto de llegar tarde al desayuno, pero no me arrepiento.

Y creo que él tampoco.

**William**

## 19

# Cuando duermo los siento que se ciernen

La semana pasada hablé con Martha y Olle.

Cuando me contrataron, lo hicieron con la perspectiva de que me marcharía en unos días, así que les conté el cambio de planes.

Al parecer, puedo quedarme en el Refugio indefinidamente. Sin embargo, también he empezado a buscar trabajo en el pueblo: locales, talleres, pequeños comercios... Por una vez quiero hacer las cosas bien, ahorrar un poco, tener un «por si acaso».

Cuando salgo de la ducha, Izzy ya se ha marchado.

Desde aquel día no hemos vuelto a dormir solos. Siempre encontramos una excusa para llamar a la puerta del otro; los libros, las historias, un beso olvidado...

Hoy estaba preciosa cuando me he despertado, profundamente dormida y pegada a mi cuerpo. La he despertado con un beso y después ha venido otro, y otro, y antes de darnos cuenta ella estaba sobre mí y yo había perdido por completo la cabeza.

Todavía tiene el pelo un poco revuelto cuando la descubro en el salón, ayudando a Olle a servir los desayunos. Tengo trabajo en la granja, así que no puedo quedarme mucho tiempo, pero me permito acercarme, robar un panecillo de la bandeja y acercarme a su rostro.

—¿Es que no vas a darme los buenos días?

—Creía que eso ya lo había hecho antes —replica.

Doy un paso atrás, resistiéndome a morder esa boca provocadora.

Lo hablamos y los dos creemos que aún es mejor que Martha y Olle no se enteren todavía de lo que ocurre entre nosotros. Aunque opino que incluso sin besos en público es bastante obvio, será más fácil si no hacemos nada oficial.

Le guiño un ojo antes de darme la vuelta y voy corriendo a reunirme con Martha en la granja para ponerme con mis tareas.

De camino a la puerta trasera, no obstante, la campana que hay sobre la entrada resuena con un suave tintineo y, un instante después, una voz grave y raspada por los cigarrillos me golpea como un mazazo.

—Te he buscado por todas partes, imbécil.

Me obligo a girarme, porque escuchar esa voz, esa cadencia, precisamente aquí..., me transporta de nuevo a una realidad en la que procuro no pensar.

Durante unos segundos imagino que todo es parte de un mal sueño, una pesadilla demasiado vívida que ha vuelto para torturarme. No sería la primera vez, pero su voz es muy real; también lo es él.

—¿Qué cojones te pasa, Will? ¿Por qué no contestas al teléfono?

Kev está plantado frente a la puerta, sin más equipaje que una mochila que lleva echada al hombro.

Se ha cortado mucho el pelo, pero en el resto no ha cambiado. Sigue llevando esa cazadora vaquera que es ligeramente más grande que su talla y los pantalones desgastados un poco caídos. Me taladra con la mirada, esperando una respuesta, una buena explicación.

Está cabreado.

Recuerdo por qué está aquí de repente, como un golpe brutal. Y, de pronto, comprendo que la historia que he construido tiene como base unos pilares endebles, quebradizos, abocados a la destrucción desde el principio.

Antes de que Martha u Olle lo vean, antes de que lo vea Izzy y tenga que dar explicaciones para las que todavía no estoy preparado, agarro a Kev de la cazadora y tiro de él fuera entre protestas que ignoro.

—¡Eh, eh! —me grita cuando ya hemos salido—. Tú quieres que te parta la cara, ¿no? —inquire.

Yo continúo paralizado. Él me mira de esa forma durante un instante hasta que no aguanta más, sonrío y se acerca para darme un abrazo muy fuerte y muy corto.

—Me alegra ver que sigues vivo —bromea—. ¿Qué? ¿Vas a seguir mirándome con esa cara de pasmado o vas a decirme qué mierdas está pasando?

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —repite más alto—. No contestas a mis llamadas ni a mis mensajes. ¿Te das cuenta del lío en el que te has metido?

Aprieto la mandíbula.

Sabía que en algún momento tendría que enfrentarme a la verdad, pero no sabía que sería así, ni aquí, con él. Durante unos días había imaginado que podría evadir todo esto de alguna forma. Ahora me siento como un idiota por dejarme llevar por una fantasía demasiado bonita.

—He estado ocupado.

Kev sacude la cabeza y se mueve de forma nerviosa. Pone los brazos en jarras.

—¿Ocupado? ¿Qué cojones es más importante que lo que está pasando en casa?

—Las cosas han cambiado.

Él levanta las cejas. Está empezando a mosquearse de verdad. Lo sé por esa expresión, ese ceño fruncido y la sonrisa insolente.

—Brad ha estado calentándoles a todos la cabeza, ¿sabes? —dice, apuntándome el pecho con un dedo inquisidor—. Va contando por ahí que fuiste tú.

Se me hiela la sangre.

—Yo nunca haría algo así —respondo más bajo de lo que pretendía.

—¿Te crees que no lo sé?! —estalla, y me da un empujón en los hombros antes de darse la vuelta y pasarse la mano por el pelo—. Pero los demás no lo saben, y le creen. Por eso he estado llamándote todo este tiempo. Eres el único que no se ha mantenido en contacto y ahora todos creen que es porque tú eres el culpable de que todos tuviéramos que largarnos.

Imágenes de aquella noche antes de desaparecer acuden a mi mente. Están difusas por la culpa y el miedo, pero la sensación de angustia, la incertidumbre... siguen intactas.

—Mierda —se me escapa.

—Sí. Mierda —contesta con rabia—. Espero que entiendas que esto es más que grave.

—Llamaré a los chicos. Deben saber que no fui yo.

—Nada de llamar. Nos vamos ahora mismo. He traído el coche. Te llevo de vuelta.

—No —respondo sin pensar.

—¿No? —inquire—. ¿Qué narices te pasa?

Por muy preocupante que sea esto, por mucho que me atormenten los remordimientos de aquella noche, no puedo volver. La misma ciudad, las mismas amistades, los mismos errores... Tengo que pasar página, desde aquí.

—Puedo convencerlos por teléfono. Solo están nerviosos. Movernos ahora, juntarnos, sería



más peligroso.

Kev me mira sin responder. Desconfía y hace bien. Me conoce.

Sin embargo, no pone impedimentos.

—Está bien. Me quedará esta noche, a ver cómo reaccionan los chicos. Si no sale bien, mañana nos vamos.

Hace un amago de empujar la puerta de la entrada, pero yo lo detengo sujetándolo del brazo.

—¿Qué haces?

—Voy a pedir una habitación. ¿O es que me echabas tanto de menos que quieres que la compartamos?

Inspiro con fuerza.

—No puedes quedarte en el Refugio.

—¿Por qué?

—Porque ahora trabajo aquí.

Kev reacciona como si le hubieran dado un golpe. Da un paso atrás y levanta las cejas.

—¿Es una broma?

—No podía quedarme aquí indefinidamente sin ingresos. No todos tenemos el superpoder de chasquear los dedos y que papá nos dé dinero.

—Guau. Estás más imbécil de lo que recordaba —repone, con acidez, e incluso yo me doy cuenta de que me he pasado—. ¿Y por qué exactamente no pueden verme tus jefes?

Nos sostenemos la mirada durante apenas dos segundos, hasta que Kev se cansa de esperar y entra dentro sin hacerme caso.

—¡Kev! —grito, intentando detenerlo en vano—. Kev, no seas idiota.

—¿Yo soy el idiota? —inquire cuando ya ha abierto la puerta—. Eres tú el que se avergüenza de sus amigos.

Herido su orgullo, Kev alza el mentón aún más y entra sin que sea capaz de hacer nada.

Pasa como un vendaval hasta el recibidor, se apoya en el mostrador y está a punto de tocar el timbre cuando lo atrapo de la muñeca.

Empiezo a ponerme verdaderamente nervioso.

—No lo hagas —le digo con un nudo en el estómago.

De un mazazo, soy consciente del desastre en el que puede desembocar todo esto, y el pánico me asalta.

Kev capta la inquietud de mi rostro, las pupilas dilatadas, el miedo palpitando en mi garganta.

No obstante, hay pocas cosas que puedan detener a Kev cuando está decidido.

Se libera de mi agarre con un tirón y presiona el timbre de la recepción compulsivamente, una y otra vez, mientras yo intento inmovilizarlo y él intenta zafarse.

Solo nos detenemos cuando una voz alegre, casi cantarina, irrumpe en el vestíbulo.

No sé cuál de los dos la ve antes. Quizá sea Kev, cuando alza el rostro, reconociendo su voz, y se queda inmóvil mientras se pregunta si realmente es ella. Tal vez piense lo mismo que pensé yo el primer día que la vi, asomada por la ventana: a lo mejor cree que es un espejismo.

Izzy ni siquiera repara en mí. Puede que me mire, pero no me ve, porque sus ojos se han encontrado con los de Kev, y se ha quedado también plantada en medio de la estancia, vacilante, inmóvil, conmocionada.

—¿Izzy? —dice Kev, sorprendido. Seguro que no imaginaba esto—. ¿Eres tú?

Ella se acerca, vacilante. Se queda unos segundos dubitativa, plantada frente a Kev, pero finalmente decide pasar por detrás del mostrador.

—Hola, Kev. Cuánto tiempo —lo saluda.

Está sorprendida.

Kev se gira hacia mí, luego hacia ella y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿La has visto, Will? ¡Es Izzy!

El silencio es más largo de lo que me gustaría.

—Lo sé. Trabajamos juntos —respondo.

Kev se gira por completo hacia mí. Una chispa de comprensión se instaura en sus ojos, que se oscurecen un tono. No abandona su sonrisa, pero cuando vuelve a hablar, esta es más sutil, taimada.

—Ah, ya veo. Ya veo. El mundo es muy pequeño, ¿no?

Izzy se mantiene tras el mostrador, en silencio y en tensión.

—¿Has venido a visitar a William? —se atreve a preguntar.

Kev se vuelve por completo hacia el mostrador, apoya las palmas en él y no se corta cuando mira a Izzy de arriba abajo.

—Yo no lo llamaría exactamente una visita. Más bien estoy en una misión de rescate. He venido para llevármelo de vuelta a casa.

Izzy continúa mirándolo hasta que lo escucha y entonces sus ojos vuelan inevitablemente hacia mí, con inquietud.

Kev se da cuenta.

—Kev se marcha mañana —lo corrijo—. Solo —añado.

Él tarda unos segundos en decir algo más. La mira a ella, me mira a mí y esa sonrisa poco sincera se ensancha un poco, se tuerce.

—Así que ahora os dais explicaciones —comenta—. No recordaba que fuerais tan amigos. Debo de tener mala memoria.

Habla despacio, midiendo cada palabra, pendiente de cada gesto e interacción. No es idiota. Se ha dado cuenta de que aquí hay algo más de lo que ve, pero no lo va a decir, ni tampoco lo va a obviar, va a tensar la cuerda hasta que se rompa y eso es algo que tengo que evitar a toda costa.

—No tienes mala memoria. Nos encontramos aquí, en Bravelands —replico.

—Ya veo. Estáis lejos de casa. Es normal conectar —responde, sobrio.

Demasiado sobrio, demasiado comedido.

—Izzy —la llama—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Dos, tres...?

—Tres años —responde, seria.

Intenta seguir siendo amable, pero la tensión se palpa en su voz.

—Tres años —repite mientras asiente—. ¿Llevas en Bravelands todo este tiempo? Había rumores de que te quedaste aquí, pero nunca supe si eran reales. ¿Verdad, Will? ¿Verdad que teníamos rumores?

Como no respondo, Izzy carraspea, atrayendo la atención de Kev.

—¿Vas a... quedarte en la posada?

—Claro que me quedo. Va a ser una reunión de la leche. ¿No os parece?

—¿Cuántos días quieres quedarte? —murmura, mirando la pantalla del ordenador.

—Vaya. Todavía no me lo creo —responde Kev, ignorándola por completo—. Es tan extraño verte aquí, encontrarte en esta posada perdida en las montañas... ¿Cuántas posibilidades

había? ¿Cuántas posibilidades tenías tú de encontrarte con ella por casualidad, William?

—Kev —lo corto—. Responde a su pregunta.

Él me mira como si estuviera decidiendo si responder o no. Se pasa la lengua por el labio inferior y ladea la cabeza.

Esto continúa por un rumbo peligroso.

—Un día, de momento —responde con rapidez, dejando claro que no le importa en absoluto—. Y... supongo que perdiste mi número —añade—. Mi número y tu móvil, porque no me llamaste ni respondiste a ninguna de mis llamadas.

Inspiro con fuerza y voy a contestar cuando Izzy se me adelanta.

—Me marché cuando tú ya te habías ido, sin dar explicaciones. Si volviste y yo no estaba, la culpa no fue mía —contesta, serena, sin alterarse ni un ápice.

La admiro. Yo soy un hervidero de nervios a punto de estallar en medio de una situación que se me va de las manos.

Kev suelta una risa corta, áspera.

—*Touché* —contesta, y se pasa una mano por el pelo—. Vaya. No has cambiado nada. Parece que fue ayer la última vez que nos vimos. Sigues igual a como te recordaba, aunque con el pelo más largo. Tú también la recordabas así, ¿William? Está jodidamente guapa, ¿no?

—Es suficiente —le digo, cortante, y lo cojo del brazo para llevármelo a rastras si hace falta, porque sé que esto no va a acabar bien.

Él se zafa con un tirón brusco.

—¡Eh! ¿Qué haces? Nos estamos poniendo al día. ¿O es que ya la has puesto al corriente? —Se gira hacia Izzy, enérgico—. ¿Te ha puesto al día, Izzy? ¿Te ha contado qué está pasando en casa?

Solo me permito observarla un segundo, un breve instante en el que nuestras miradas se cruzan; un instante que es suficiente para que ella vea la ansiedad en mis ojos y comprenda que estoy nervioso por algo más que un encuentro incómodo.

Mierda. Lo ha notado.

—Vamos fuera —le digo a Kev.

—¿Por qué? ¿Qué te preocupa, William?

—Kev —le advierto, cada vez más turbado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿No le has contado por qué estás aquí?

Mira a Izzy, observa su reacción y lo descubre.

Claro que no se lo he contado.

—¡Oh, no te lo ha contado! Creía que ahora erais amigos.

Izzy ha dejado de mirarlo para centrarse en mí, con sus ojos oscuros abiertos de par en par y la incertidumbre danzando en su expresión.

—Kev, ya basta.

Siento cómo pierdo el control, cómo lo pierde él. La situación se tensa cada vez más. Kev habla más y más deprisa y yo no sé cómo contenerlo.

—Insisto en que me quiero quedar —sisea muy cerca de mi rostro—. Tengo mucho de lo que hablar con Izzy.

—Vamos fuera. ¡Ahora!

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué vas a hacer si no?! ¡¿Me abrirás también la cabeza de un botellazo?!

Tras su última palabra, el silencio se hace y se propaga. Cae como una losa pesada sobre los tres, lo cubre todo, lo envuelve... y lo asfixia.

Me quedo sin aire. No sé de dónde saco las fuerzas para pronunciar las siguientes palabras.

—Ya sabes que yo no fui —apenas murmuro.

Kev permanece en silencio, completamente tenso, un poco conmocionado. El peso de lo que ha dicho también parece haber calado en él; como si el retroceso del arma que él mismo ha disparado lo hubiese tirado al suelo.

—Vamos fuera —repito.

Esta vez Kev accede. Asiente, baja la vista y pasa a mi lado despacio.

Yo lo sigo. No me atrevo a levantar tampoco la mirada. No me atrevo a dirigirla hacia ella porque no quiero saber qué hay en sus ojos, cómo me mira ahora.

La sangre me zumba en los oídos. El corazón me martillea con fuerza imaginando qué debe estar pensando, qué debe creer de mí.

Todo da vueltas. El suelo se deshace a cada paso.

No puedo respirar.

Pero sigo adelante.

Sigo a Kev, empujo la puerta y salgo fuera.

No la miro ni una vez.

**Elizabeth**

## 20

# Del pájaro del aire y la nocturna

Observo cómo William se marcha con un nudo en la garganta mientras doy vueltas al pedacito de citrino que llevo en el bolsillo de forma inconsciente, como siempre que estoy nerviosa.

Empiezo a atar cabos, a comprender algunas cosas, pero solo a medias. La información que tengo, escasa y fraccionada, se entrelaza con la que me falta, con lo que creo saber, lo que solo imagino y todo lo que temo.

Espero a que regresen un tiempo, más de lo que debería. Durante unos minutos soy incapaz de moverme de la recepción. Pienso en salir, en preguntar, en exigir todas las respuestas que necesito.

Pero ni Kev ni William vuelven a aparecer en un buen rato.

Intento mantenerme distraída el resto de la mañana, no pensar demasiado, porque hacerlo sin la versión completa de la historia entraña riesgos.

Sin embargo, es muy difícil.

A media mañana busco a William en su cuarto, en la granja, en el almacén, en las inmediaciones de la posada e incluso en la fundación, pero no está por ninguna parte.

Cuando las horas pasan y me descubro observando mi móvil, comprendo que no podría llamarlo aunque quisiera, porque yo no tengo su número.

Sabía que William había venido para pasar el otoño, que en cualquier momento podría desaparecer y, no obstante, no lo veía como una posibilidad real.

Ahora sí lo hago.

No creía necesitar su número, simplemente porque no creía que nunca estaría tan lejos como para no encontrarlo.

Siento que la ansiedad hormiguea en mis dedos.

Es más de media tarde cuando veo que Kev aparece en el salón.

Inevitablemente, miro por encima de su hombro, buscando a William, pero él no está.

Kev me observa con las manos en los bolsillos, los hombros un poco caídos y una expresión contrariada.

Quiero acercarme, pero sé que si hago todas las preguntas que tengo que hacer, que si destapo ahora la cajita, luego no podré detenerme. Tengo que esperar a William. Al menos, le debo eso.

—¿Sabes dónde está? —pregunto desde lejos.

Él sacude la cabeza.

Suspiro. Cierro los ojos y doy media vuelta.

El resto de la tarde es extraña. No puedo evitar sobresaltarme cuando me encuentro a Kev en los pasillos o me asomo por los grandes ventanales del primer piso y lo descubro fuera, fumando.

William no aparece por aquí en todo el día. Tampoco a la hora de la cena, cuando ya empiezo a inquietarme. Decido retirarme pronto a mi cuarto con Pucca y, antes de echar las cortinas, miro a través de la ventana, por si lo veo aparecer por el mismo camino por el que llegó.

Sin embargo, fuera está oscuro.

Cuando estoy a punto de abandonar el libro que tengo entre las manos por ser incapaz de concentrarme en la trama, alguien llama a la puerta y Pucca reacciona alzando momentáneamente sus orejas y volviendo a bajar su cabecita peluda. Está muy cansada.

Dejo el libro sobre la cama y camino hasta la puerta mientras el corazón me martillea a mil por hora y todas las preguntas que he mantenido a raya durante todo el día acuden de golpe a mi mente.

Pero no es él.

Recibo a Kev con una sonrisa robada que no era para él y no tengo más remedio que echarme a un lado para dejarlo pasar cuando irrumpe en el cuarto sin pedir siquiera permiso.

—Buenas noches —comenta, mirando a su alrededor—. Una habitación preciosa.

—Gracias —digo, sosteniendo la puerta. Tal vez, la excursión acabe pronto—. ¿Sabes algo de William? —Él sacude la cabeza, distraído—. ¿Necesitas algo?

Se vuelve hacia mí.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Solo... quería hablar. Ya sabes, ponernos al día, recordar viejos tiempos...

—Estoy un poco cansada, Kev. Ha sido un día muy largo. Podemos hablar mañana en el desayuno.

—En el desayuno habrá gente.

Suspiro. Precisamente por eso prefiero hablar con él mañana. Me paso una mano por la mata de pelo rebelde, retirando un par de rizos de mi frente, y me muerdo los labios, intentando encontrar una forma educada de hacer que salga de la habitación.

—No me mires así, muñequita. Solo vengo a hablar, nada más. Sin segundas intenciones —asegura, alzando las manos.

Yo sé que ese gesto inocente no es garantía de nada. También sé que lo que ha ocurrido esta mañana, cada frase, cada palabra elegida cuidadosamente ha sido una forma de hacer daño a William. Quería exponerlo ante mí y, cuando lo ha hecho, se ha arrepentido.

Lo conozco. Lo conocí al menos. Kev es así. Impulsivo. Tiene una personalidad explosiva. Normalmente es tranquilo, hace falta mucho para alterarlo, pero, cuando pierde los papeles..., dice cosas como las de esta mañana: sin pensar, porque sé que no pensaba. Lo vi en sus ojos, en la mirada que le dedicó después y en la forma en la que apartó la vista cuando pasó a su lado.

Me doy por vencida y le señalo el sillón frente a la chimenea. Él, sin embargo, parece preferir la cama. Se sienta en el borde y me dedica una sonrisa. Yo tomo asiento a su lado, a una prudente distancia.

—¿Qué haces aquí, Kev? —pregunto.

—Ya te lo he dicho. He venido a llevarme a William de vuelta. —Sonríe levemente, pero ahora sin maldad—. Aunque me parece que él no quiere irse.

Respiro hondo.

—¿Por qué tuvo que huir?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Creía que habías venido a hablar —tanteo.

—Sobre mí, sobre ti... Sobre él puede hablar solo.

Suspiro. En el fondo sé que así será mejor.

—No te preocupes. No ha podido marcharse muy lejos. Este sitio es minúsculo. ¿Cómo es que no te mueres de aburrimiento?

Sonrí un poco al reconocer al Kev que recordaba en su tono, en su expresión desenfadada.

—Me gusta Bravelands, me gusta la paz que hay aquí.

Kev mira al frente. Asiente un poco como si lo hiciera para sí mismo.

—Tú siempre has sido así. Siempre te has sentido cómoda en mitad de la nada, en silencio. A Will, en cambio, nunca se le ha dado bien estar solo. Y, sin embargo, aquí está.

Sonríe.

No sé si me corresponde a mí tener esta conversación con él, pero Kev está aquí, a mi lado. Es el momento y William ha desaparecido. Espero no hacer daño a ninguno de los dos.

—No está solo.

Kev me mira unos segundos.

—Ya veo.

No dice nada más en un buen rato y yo respeto el silencio. Solo me mira con una sonrisa cándida, un poco nostálgica, y vuelve a desviar la mirada al cabo de un rato, perdido en algún pensamiento que solo a él le pertenece.

—Hacéis buena pareja —comenta de pronto—. Aunque él es demasiado alto para ti —bromea—. Ambos vais a desarrollar problemas de espalda.

Me río un poco, agradeciendo profundamente la normalidad, y le pongo una mano en el hombro casi sin darme cuenta.

«Gracias por entenderlo».

Él sonríe. Asiente.

Y el resto de la noche la pasamos poniéndonos al día de verdad.

Para cuando se marcha tengo la sensación de que hemos hablado más solo en unas horas que durante todo el tiempo que pasamos juntos. Y es agradable.

Ponerle punto final a una historia que debió terminar hace mucho sienta bien. Ya había pasado página, pero los fantasmas de esa relación turbulenta, de ese final nefasto, seguían rondándome, y ahora estoy en paz.

Espero que Kev también.



**William**

## 21

# De par en par abiertos sobre mí

Vuelvo al Refugio tan tarde que no me atrevo a llamar a la puerta de Izzy. Veo luz a través de su ventana cuando llego del camino del bosque e imagino que estará despierta, pero no me parece un buen momento.

Apenas pego ojo, debatiéndome entre los remordimientos por no habérselo contado todo antes y la culpa por no saber cómo contárselo ahora.

La descubro poco después de que salga el sol, abrigada con un jersey cobrizo y grueso que le llega hasta los muslos y una bufanda demasiado larga para ella. Está sentada en el pequeño embarcadero de la fundación, balanceando sus piernas sobre el agua, con la mirada perdida en el Lago Áureo.

Me pongo mi cazadora, el mismo gorro oscuro con el que llegué y salgo a su encuentro. En cuanto me ve aparecer levanta la cabeza hacia mí y me dedica una sonrisa de alivio.

Me siento terriblemente mal por haberme marchado, por no haber sido del todo sincero, por no haber sido suficientemente valiente para decirle la verdad. Los sentimientos se agolpan, los pensamientos se desbordan.

Estallo.

—Yo no le abrí la cabeza a ese chico.

Izzy arquea las cejas.

—Buenos días a ti también —bromea, pero soy capaz de sentir el miedo en su mirada.

Me siento a su lado, con las piernas colgando, y suspiro.

—Perdona. Estoy nervioso y me mata pensar que puedas creer que yo...

—¿Qué pasó? —me interrumpe.

Me va a escuchar. Está dispuesta a hacerlo y, aunque cada parte de mí quiere salir corriendo, sé que en el fondo debería sentirme afortunado por tener esta oportunidad.

—Hubo una pelea —suelto, y siento cada palabra como arena en mi garganta—. Unos tíos se metieron con uno de los nuestros, unos cuantos fueron a defenderlo y todo se les fue de las manos. Cuando quisimos darnos cuenta, aquello era un caos; estábamos todos dentro, la gente se puso nerviosa. Alguien rompió una botella y todo se descontroló en cuestión de segundos. —Hago una pausa larga y cierro los ojos unos instantes—. Uno de los tíos del otro grupo acabó gravemente herido, otro llegó tan mal al hospital que tuvieron que inducirle el coma. Alguien le abrió la cabeza.

Abre los ojos como platos. Debe de quedarse helada.

—Aunque yo no empecé la pelea, todo el asunto me salpicó demasiado. Estaba cerca cuando se rompió aquella botella, aunque no vi quién lo hizo, y un tío acabó en coma, así que... esa noche algunos tuvimos que desaparecer.

—Desaparecer —repite, intentando asimilarlo.

—Decidimos dejar la ciudad hasta que se calmaran las cosas, por si acaso. Cada uno debía elegir un destino y alejarse.

—Pero lo que ocurrió no fue...

—No. No fue culpa mía, Izzy. Yo no rompí la botella, ni pegué a nadie hasta dejarlo

inconsciente. Solo intentaba que los otros no hicieran daño a los míos, pero eso da igual. Estaba allí y eso es suficiente para que me busquen y quieran que hable. Hay gente que me conoce, que sabe quién soy y que estaría dispuesta a asegurar que fui yo quien rompió esa botella. Kev ha vuelto porque uno de los nuestros está intentando convencer a los demás de que todo fue culpa mía.

Izzy no dice nada. Se limita a mirar al frente, aunque sé que no está observando nada. Solo tiene la mirada perdida.

Sacudo la cabeza con un nudo insalvable en el estómago.

—Resulta que sí soy el tipo problemático que creías que era.

Izzy se vuelve hacia mí.

—No lo eres —dice sin pensar—. Tú no querías... Tú no tienes la culpa. Solo estabas con las personas equivocadas en un momento nefasto..., ¿verdad?

Duda, claro que lo hace. Y su vacilación, su miedo, me atraviesa.

Pero no puedo culparla.

Cierro los ojos con fuerza.

—Verdad —le aseguro—. Yo no tuve nada que ver con el chico que está en coma, pero sí soy culpable de tomar malas decisiones.

De pronto, siento un calor reconfortante en la mejilla y abro los ojos para descubrir que Izzy la está acariciando.

—Todos somos culpables de eso alguna vez.

Esas palabras, su voz, me liberan de un peso imposible; un peso que me ha estado oprimiendo el pecho y quitando el aire semanas.

Por fin, respiro un poco mejor.

**Elizabeth**

## Irradiación geométrica adivina

Tengo mil preguntas y se las hago todas y cada una de ellas. William las responde. A veces mira la superficie dorada del lago; otras, pierde la vista en las montañas de enfrente.

—Siento no haberte contado nada. —Sacude la cabeza—. No tenía un plan, ¿sabes? Ya te dije que si vine a Bravelands fue porque había escuchado rumores de que estabas aquí, pero no sabía si te encontraría, y cuando te vi en la posada..., ni siquiera fui capaz de reconocer que me acordaba de ti; no podía ni plantearme contarte la verdad. Me daba vergüenza. Sé que después de todo lo que ha ocurrido entre los dos, después de que...

William suspira, abrumado. No es capaz de terminar. Simplemente, se gira por completo y se inclina un poco para coger mi cara entre sus manos y besarme con ímpetu.

Es un beso largo, hambriento y que me deja con ganas de más cuando acaba.

—Espero que sepas perdonarme. Sé que no contar la verdad es otra forma más de mentir, pero créeme cuando te digo que no era mi intención.

Se me encoge el corazón.

—Sigo aquí —respondo—. Voy a seguir aquí. ¿Y tú? —me atrevo a preguntar. Todavía recuerdo para qué dice Kev que está aquí, cuando dijo que se marcharían.

—Seguiré aquí —contesta, muy seguro—. Es verdad que tengo que volver a casa. Brad, uno de los nuestros, está convenciendo a todos de que fui yo y Kev tiene razón, por teléfono no puedo arreglar nada —dice, e inspira con fuerza—. Solo serán unos días, para poner las cosas en orden, buscar a los chicos y hablar con ellos. Luego volveré.

—Parece un buen plan.

En cuanto lo digo me acerco y lo beso. Es un beso mucho más lento, superficial, pero que sabe a lo mismo, a una promesa.

William se pone en pie casi como si tuviera que obligarse. Yo también lo imito.

—Debería volver y hablar con Kev. Ayer todo se nos fue de las manos.

Me siento tentada de decirle que yo ya lo he hecho, que Kev sabe lo nuestro y que todo está bien, pero creo que esa conversación le corresponde a él tenerla, así que, simplemente, asiento y sonrío.

De vuelta a la posada siento un roce en los nudillos, un roce cálido y sutil que me hace bajar la vista a nuestras manos y, después, hacia él.

Me mira como si me pidiera permiso para cogerme de la mano y a mí me entra la risa.

Entrelazo mis dedos con los suyos y una sensación reconfortante baja por mi espalda cuando su pulgar acaricia mi piel.

Es un gesto simple, delicado y lleno de significado.

Para cuando llegamos a la posada, descubrimos que hay algo de revuelo fuera. Martha está hablando con un hombre de uniforme. Cuando nos acercamos más, observo que se trata de un agente de policía y hay uno más en la entrada, justo al lado de la puerta. Al parecer acaba de terminar de hablar con Kev.

Su coche está aparcado justo donde acaba el camino. No es la primera vez que vienen por aquí. Normalmente, siempre es por algún asunto con los animales de la granja, preguntas sobre

algún turista al que han robado... y poco más.

Por eso avanzo despreocupada hasta que siento un tirón en la mano y me doy cuenta de que William se ha detenido. Su mandíbula se ha crispado y, cuando sigo la dirección de su mirada, descubro que Kev está negando discretamente con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —inquiero, alterada.

—No lo sé.

Vuelvo a observar el panorama. El segundo agente se retira para reunirse con su compañero y Kev los observa con aire prudente. Ahora, a esta distancia, estamos expuestos en mitad del camino.

—¿Esto es por ti?

La respuesta nunca llega.

William, simplemente, da un paso atrás y tira un poco de mí, instándome a moverme, pero mucho antes de que yo lo siga uno de los agentes alza la vista hacia nosotros; después el otro.

El pánico me invade.

Los agentes echan a andar hacia el camino, pero no se dirigen al coche. Nos miran a nosotros.

Lo miran a él.

Me quedo anclada al suelo y me pregunto qué habría pasado si hubiese reaccionado más rápido, si me hubiese movido cuando aún teníamos oportunidad y les hubiésemos dado la espalda para alejarnos de allí.

Me pregunto si lo que pasará ahora será culpa mía.

—Sigue andando —me dice con resignación.

—William —murmuro, preocupada.

—No va a pasar nada. Querrán hacerme preguntas.

A pesar de sus palabras, hay inquietud en su voz; tensión en cada músculo de su espalda. Pero no nos detenemos. Ahora ya sería inútil.

Antes de llegar al lado de los agentes, uno de ellos alza la voz.

—¿William Read?

—Sí, soy yo.

Entonces todo ocurre deprisa, tanto que más tarde me costaría recordarlo. Los agentes avanzan, ambos hacia William. Él me suelta la mano, anticipándose a lo que va a ocurrir y el resto es una secuencia borrosa en la que le dicen que está detenido, lo empujan contra su coche, lo esposan y le leen los derechos.

Me quedo sin aire.

El impacto es brutal.

Y no me doy cuenta de que no respiro hasta que noto una presencia a mi lado que me trae de vuelta a la realidad cuando apoya una mano sobre mi hombro. Es Kev.

**William**

## Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche

Siento el frío de la carrocería del vehículo policial contra la mejilla, la presión, contra los hombros mientras me esposan, y veo, con el corazón en un puño, cómo Izzy contempla la escena con la impotencia atenazando sus facciones y el miedo en los ojos.

Cuando me incorporan de un tirón, veo que Kev se está acercando con andar aparentemente tranquilo. Veo que apoya una mano sobre el hombro de Izzy y que se inclina para decirle algo al oído. Después, cuando los agentes lo miran, se encoge de hombros y les muestra las manos descubiertas.

También lo detienen.

Por obstrucción a la justicia.

Mientras me metían en el coche he escuchado los cargos, pero no los derechos; no es mi primer baile.

Al parecer, los agentes conocen a Martha. Escucho que ella intenta articular excusas por mí, convencerlos de que soy inocente, incluso si no sabe de qué se me acusa. Izzy también va a tener que declarar. Espero que sea lo suficientemente lista como para decir que no sabía nada de lo que hacía aquí.

El resto del tiempo, desde que me encierran hasta que me presentan a mi abogada de oficio, e incluso mucho después, hasta la primera visita, pasa como un sueño. No hago ninguna llamada porque no me parece justo llamar a casa y preocupar a mi familia. Tampoco llamo a Izzy, aunque memorizase su número, porque temo que su bondad la impulse a hacer algo que no debe.

Kev sale enseguida, bajo fianza. Se le acusa de obstrucción a la justicia por ocultar a un sospechoso. Si salgo culpable, a él también se le juzgará más severamente.

Yo no tengo fianza, me encierran en prisión provisional porque saben que hay riesgo de fuga. No en vano he desaparecido durante semanas y, aunque no me hubieran estado buscando todo este tiempo, saben que la intención sí era esconderme.

La próxima vez que veo a Izzy es a una hora en coche de Bravelands, en la sala de visitas de la prisión, acompañada por una abogada, mi abogada, y se me parte el corazón.



**Elizabeth**

## Mata la indiferencia taciturna

Hoy siento el otoño más frío que nunca; el invierno, cerca.

Me he envuelto en una chaqueta de lana, llevo un jersey grueso, un gorro y una bufanda y, no obstante, el viento sigue calando en los huesos.

Aquí dentro tampoco debería hacer frío. Estamos a cubierto, todas las ventanas están cerradas y, aun así, yo sigo helada.

Desde que su abogada y yo nos sentamos en la mesa apenas pasan unos minutos hasta que los presos entran.

Una sensación a caballo entre el alivio y el más absoluto pánico me invade en cuanto lo veo aparecer. Me quedo sin aliento.

Lleva el mismo uniforme que el resto, los pantalones grises y la camisa mal abotonada del mismo color, pero lo reconozco enseguida.

Y él también me reconoce a mí.

Tengo permitido abrazarlo, una vez ahora, otra al marcharme. Así que no me contengo. Me pongo en pie y me arrojo a sus brazos, envolviéndolo con fuerza, transmitiéndole el alivio y el temor; las ganas de abrazarlo.

Es William quien se aparta antes de que los guardias consideren que el abrazo es demasiado largo. Sé que le cuesta hacerlo por cómo me mira, por cómo me oprime la cintura con suavidad antes de volver a sentarnos frente a frente.

Todavía nos estamos mirando, sin saber qué decir, cuando su abogada es quien habla.

—Bueno, William, ¿cómo estás?

—Bien —responde, escueto.

Sin embargo, no tiene buen aspecto. Está algo pálido y dos surcos oscuros enmarcan sus ojos claros.

Yo tampoco he dormido bien.

—Me alegra escuchar eso —responde ella.

Es una mujer joven que no pasará de los treinta. Lleva un traje negro formal, elegante pero sobrio, y el pelo oscuro recogido en un moño del que escapan algunos mechones de su pelo.

—Solo he venido a informarte de lo que he averiguado en las últimas horas —le explica, dejando a un lado la carpeta que ha traído con ella y cruzando las manos sobre la mesa—. Ya sabes de qué se te acusa y ahora también sabemos que lo que me comentaste ayer era cierto: la única prueba que tienen contra ti es el testimonio de alguien que presuntamente te vio cometiendo el delito.

—Se lo inventó todo —replica él.

—Eso es lo que vamos a tener que demostrar. —Toma la carpeta y saca algunos papeles—. Es su palabra contra la tuya. Al parecer, ese tal Brad no tiene antecedentes. Me consta que lo pillaron un par de veces con personas con las que no debía estar, pero nunca lo han cogido cometiendo un delito. En cambio, a ti...

—Lo sé —la interrumpe, y cierra los ojos con fuerza.

—¿Qué me puedes decir de él, de Brad? Cualquier información es importante para ver

cómo abordamos la defensa de tu caso.

William se pasa una mano por el pelo ya revuelto.

—No se me ocurren muchas cosas que no me impliquen a mí —contesta, sincero y abrumado.

—Está bien. Piénsalo, ¿de acuerdo? Volveremos a hablarlo en unos días.

Veo que William se lo piensa antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Cómo lo ves?

Ella no responde enseguida. Es una profesional y elige cuidadosamente las palabras.

—Si no encuentran ninguna prueba más, la acusación solo tendrá el testimonio de ese otro chico. Sin embargo, él no tiene antecedentes y tú sí. —Hace una pausa—. El tema de tus antecedentes también es un problema en sí mismo. Con ellos, la pena que piden podría ser mayor. Además, el destino del chico que está ingresado es vital.

—¿Sabes algo de él?

—No es... oficial, pero por lo que tengo entendido sigue en coma inducido. Ha necesitado varias operaciones y han estado esperando de una a otra para que se recuperara de complicaciones. ¿Quieres franqueza?

William asiente sin dudar.

—Creo que no pinta bien, y quizá deberíamos prepararnos por si ese chico no sobrevive.

Sus palabras caen como un peso muerto sobre los hombros de William. Lo noto por la forma en la que se hunde, por su nuez al tragar.

La abogada le pregunta si quiere saber algo más y se despide cuando William niega con la cabeza.

No nos queda mucho tiempo y hay tanto que decir...

No sé por dónde empezar, así que empiezo cogiéndolo de la mano. Eso sí tengo permitido hacerlo.

—Comprenderán que tú no pudiste hacer algo así.

William acaricia mis nudillos con su pulgar, igual que hacía justo segundos antes de encontrarnos con la policía. No responde e imagino que es una de esas veces en las que no encuentras qué decir, porque tus propias palabras asustan.

—A Kev no lo han dejado venir —le cuento—. Pero me ha pedido que te dé recuerdos.

William levanta una ceja y esboza una sonrisa incrédula. A mí me alegra que, a pesar de los tonos grises de su traje, de la sala, de este momento de su vida, tenga fuerzas para sonreír de verdad.

—¿Kev te ha pedido que me des «recuerdos»?

—No ha sido exactamente con esas palabras.

William se ríe bajito. Es una risa corta y que dura muy poco, y su final es también un golpe de realidad; una llamada de atención que me trae de vuelta al lugar en el que estamos.

—Me cuesta creer que esto esté pasando de verdad —le confieso.

—A mí también —responde y, después de un minuto larguísimo, se encoge ligeramente de un hombro—. Ahora el uniforme hace juego con mis tatuajes.

Sé que es una broma, o que intenta serlo, pero a mí se me encoge el corazón.

Aun así, me las ingenio para sonreír, igual que hace él mientras me agarra de la mano.

Cuando termina el tiempo, nos decimos adiós con mil preguntas más por hacer, mil miedos por compartir. Y yo me alejo de allí envolviéndome en mi bufanda, camino de la parada del autobús, incapaz de alejar un pensamiento de mi mente, uno que aún nadie ha formulado en voz

alta.

Si el chico que está en coma muere y declaran a William culpable, los cargos serán de homicidio.

Se me seca la garganta.

Hoy Martha me ha dado el día libre, pero yo prefiero cumplir con los turnos que me quedan. Necesito moverme, hacer algo, tener las manos ocupadas para así, quizá, poder dejar de pensar.

Kev está en la posada cuando vuelvo. De todas formas, no puede alejarse mucho. Se acerca a la cocina cuando yo ya he terminado de recoger el salón en el que los huéspedes han estado tomando el té.

Entra despacio, con las manos en los bolsillos y una expresión que imagino que será parecida a la que tengo yo desde que detuvieron a William.

—¿Quieres té? —pregunto.

Él asiente y yo agradezco tener algo más que hacer.

Pongo otra tetera a hervir y preparo las tazas.

—Creo que se iba a ir —dice Kev de pronto. Yo lo miro, interrogante—. William decía que quería irse a estudiar fuera. Nunca le hice mucho caso porque me parecía una fantasía.

—Es verdad. Quería estudiar Educación Social.

Kev asiente con pesar. Ladea un poco la cabeza y coge aire.

—He convencido a mis padres para que mi abogado sea también el suyo. Si él es declarado inocente, también será bueno para mí, ya que no habré estado protegiendo a un criminal. —Se pasa una mano por el pelo y saca el mechero del bolsillo para jugar con él entre los dedos—. Mis padres dicen que es bueno.

—Cualquier ayuda ahora es buena —le digo, y creo que Kev entiende demasiado bien lo que implican mis palabras; creo que él también es consciente del miedo, del desaliento.

Pinta mal.

—Él no lo hizo —suelta, de pronto, como si hubiera estado conteniendo el aire.

—Lo sé.

Kev sacude la cabeza.

—Sé lo que escuchaste cuando llegué aquí, lo que insinué... Solo lo hice para cabrearlo, pero yo nunca he creído que lo hiciera él.

En todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca antes había visto esa expresión. Hay remordimiento en esos ojos, una culpa profunda atrapada en su pecho.

—William también sabe que confías en él —le aseguro—. No engañas a nadie con esa fachada, Kev.

Sonríe un poco y me alegra comprobar que él me devuelve también la sonrisa.

Sirvo el té y dejo un poco para mí también. Lo tomamos en silencio, sin decir nada más.

A veces, eso es suficiente. Quizá, incluso, en ocasiones, es lo único válido.

Ahora necesitamos esto. Necesitamos el silencio.

**William**

## 25

# Llevan al caminante a perecer

No dejo de revivir aquella noche; no dejo de soñar con ella.

Dormir se ha convertido en un imposible.

Extraño mi cama, mis sábanas, mi habitación. Y es curioso, porque cuando pienso en ello, en volver a dormir en mi hogar, no pienso en casa, pienso en el Refugio, en Bravelands. Pienso en Izzy.

Apenas soy capaz de cerrar los ojos y, cuando lo hago, tengo pesadillas; sueños en los que esta vez sí soy yo el que sostiene la botella de cristal, la alza y la rompe en el cráneo de un chico sin rostro. Me despierto empapado de sudor, mareado por los escalofríos, las visiones y las náuseas por el miedo.

Me niego a pensar en mi tiempo aquí. Todo lo que hago, todo lo que ocurre, pasa y ya está; desaparece como si no hubiera existido. Tengo miedo de hacer las cosas de forma consciente y que los días pesen más y sean más reales.

Temo esta realidad.

Por eso no pienso. No medito lo que hago. Me muevo como un autómatas, me limito a obedecer, a esperar y a rogar que el tiempo entre visita y visita pase más rápido, a que las noticias de mi nuevo abogado sean buenas.

Nunca lo son.

De momento solo hay preguntas.

Hoy estamos los tres. El nuevo abogado, Kev y yo, reunidos en una mesa rectangular demasiado grande para nosotros, en medio de una sala oscura, sin ventanas, donde tenemos privacidad.

—He traído a Kevin porque creo que podrá ayudarnos con esto. ¿Te parece bien?

Yo no puedo hacer otra cosa que asentir.

No estoy esposado, aquí no lo hacen. Sin embargo, me siento como si lo estuviera, como si algo oprimiera mis muñecas, mi cuello, mi pecho...

—Me han contado que tenías pensado estudiar.

—Educación Social —respondo.

—Bien. Eso es bueno. ¿Llegaste a matricularte en alguna asignatura? ¿Hay algún recibo de un pago por estudios, por libros...?

—No —respondo—. Nada de eso. No llegué a matricularme.

El abogado chasquea la lengua, baja la vista hasta sus notas y lo veo garabatear algo y pasar página.

—Habría sido mejor tener pruebas, pero lo usaremos igual si se da el caso. ¿Tu familia sabía que querías estudiar?

—Mi madre sí.

—Bien, bien. —Vuelve a anotar algo.

Soy consciente de que en algún momento tendré que hacer una llamada horrible, contarle lo que ha ocurrido y decirle dónde estoy, pero necesito retrasar todo lo posible ese momento porque sé que le partiré el corazón.

Ella ya tiene suficiente con todos mis hermanos, con su trabajo. Una noticia así la destrozará.

—¿Qué hay de Elizabeth? ¿Lo vuestro es serio?

—Creo que sí.

—Vale. No estás seguro —observa él, y asiente mientras continúa mirando hacia abajo, hacia sus notas—. Kev me ha contado que ya sospechabas que Izzy estaba en Bravelands cuando elegiste este destino. ¿Podría decirse que tu decisión de huir estuvo condicionada por su presencia aquí?

Miro a Kev. Él está sereno, tranquilo.

—Sí, pero...

—Y en realidad no escapabas de la justicia, sino de los remordimientos. Te enteraste de lo que le ocurrió a ese chico por culpa de una pelea en la que participaron algunos de tus compañeros y la impresión fue tal que tuviste que marcharte, hacer una pausa, y la única persona con la que te apetecía estar era Elizabeth.

Frunzo el ceño.

—¿No puedo decir simplemente la verdad, que todos escapamos, incluso los que éramos inocentes?

—Sí, claro. Puedes decir eso si quieres que te condenen —replica sin siquiera mirarme—. ¿Qué hay de Kevin y Elizabeth?

Lo miro sin comprender.

—Ellos también mantuvieron una relación. ¿Dirías que fue turbulenta, poco seria..., tóxica, quizá?

No puedo evitar mirar a Kev, que sigue observándome sin ningún rencor.

—Sí, pero no veo que tiene que ver eso con...

—Tú también tendrás que decir que vuestra relación no era sana —le dice él a Kev, interrumpiéndome. Luego vuelve a mirarme—. ¿Estabas enamorado de Elizabeth cuando tu mejor amigo salía con ella?

—No —contesto, tenso.

—Pero te gustaba, ¿verdad?

Me encojo de hombros, impotente.

—Sí. Algo así.

—No pasa nada. Ahora puedes dudar. Estoy elaborando una historia que contar, pero, cuando te la aprendas para el juicio, no podrás hacerlo —continúa—. ¿Mantuviste relaciones sexuales con ella mientras aún tenía una relación con Kevin?

—¡No!

Me revuelvo, incómodo, incapaz de ver qué tiene que ver todo esto con mi caso, con el botellazo, con las malas decisiones.

—¿Ella te dio alguna señal de que quisiera algo romántico contigo?

—¡No! —vuelvo a estallar—. ¿De qué va todo esto?

Él deja sus notas y alza los ojos hacia mí por fin. Son grises, un poco pequeños, y atisbo una chispa de compasión en ellos.

—Mira. El caso es que lo tienes muy complicado, pero vamos a intentar vender tu fuga como una mala decisión por amor. Te viste involucrado en una pelea, te sentiste derrotado y sin fuerzas y acudiste a Elizabeth, con quien Kevin y tú ya teníais un pasado un poco... complicado. Y el resto se explicará por vergüenza, malas decisiones y un ambiente poco idóneo para hacer lo

correcto.

Miro a Kev sin dar crédito, pero él ha apartado la mirada.

—Pero eso es todo mentira —replico.

—Es la verdad, un poco maquillada; y si Kev, Elizabeth y tú estáis dispuestos a maquillarla aún más, será más fácil para todos.

Sacudo la cabeza.

—Quieres contarles a todos que Elizabeth es una mala influencia.

Él mueve un poco la cabeza.

—Sí. Más o menos esa es la idea. —Levanta las manos—. Por supuesto, no estaríamos culpándola de nada. Su libertad y su expediente no correrían ningún peligro.

—¿Y tú estás de acuerdo con eso? —inquiero, mirando a Kev.

Él coge aire.

—Creo que si un puñado de desconocidos piensan que Izzy no es una persona íntegra eso no va a cambiar en nada su vida, pero puede que la tuya sí.

Me cuesta creer lo que estoy escuchando.

—Prefiero contar la verdad —respondo, serio.

El abogado mira a Kev, como pidiéndole ayuda. Él, no obstante, no vuelve a insistir.

—Tienes tiempo para pensarlo mejor —replica—. De todas formas, seguiré trabajando en tu caso y te informaré a medida que se vaya acercando el juicio.

—No tengo nada que pensar.

Coge aire.

—Mira, William. Tienes antecedentes y esto no es como haber robado unas cervezas o haber conducido sin carnet; esto implica la vida de otra persona y es serio. Si esa botella se hubiese roto y le hubiesen dado un par de puntos a ese chaval, solo te acusarían por lesiones leves, pero esto es mucho más grave, porque han tenido que operarlo; porque está en coma inducido. Si te declaran culpable, te condenarán por delito de lesiones básicas. Y no hace falta que te diga que si fallece te condenarán por homicidio. Puede que incluso si no muere, dada la ejecución de la acción y las consecuencias, se considere una modalidad agravante y la pena sea mayor. —Hace una pausa para asegurarse de que le presto atención—. Si consideran las lesiones agravadas por el resultado, y es muy posible que así sea, te pueden caer hasta doce años.

Doce años.

Se me cae el mundo encima. Durante un momento el tiempo se congela y comprendo la magnitud del problema, la inmensidad de aquello a lo que me enfrento. Siento que el aire abandona mis pulmones y que soy incapaz de tomar una bocanada más.

Me echo atrás en la silla y Kev hace lo mismo.

—¿De qué depende? —necesito saber, abrumado.

—Sobre todo, de lo que ocurra con ese chaval, porque, dependiendo del estado en el que quede, la pena que pidan para el acusado será mayor.

—Según tengo entendido aún lo están intentando salvar —interviene Kev.

—Así es. En el mejor de los casos despertará y te acusarán por lesiones; en el peor...

Extiende las manos. No hace falta que concluya. En el peor me acusarán por homicidio, y yo también prefiero no escuchar a cuántos años de prisión me enfrentaría por eso.

Seguimos hablando un rato. El abogado me sigue haciendo preguntas para encontrar su historia perfecta, la forma de librarme de esto.

Yo respondo con un nudo en el estómago, apenas sin mirarlo, sin ser del todo consciente de



lo que ocurre a mi alrededor. Kev se limita a escuchar, hasta que la situación lo supera y se hace evidente que está tan derrotado como yo.

Esta noche vuelvo a soñar, y esta vez lo hago con un camino diferente, un camino en el que aquella noche me marché a casa mucho antes. Y vuelvo a despertarme con náuseas, envuelto en sudores fríos y con la angustia mordiéndome las entrañas.

**Elizabeth**

## Y engarza perla y perla cristalina

El tiempo vuela y el otoño se desliza perezoso entre las hojas que caen y el viento que las levanta. Cada vez tarda más en amanecer y menos en llegar el atardecer. Los días son más cortos; y las noches, más largas.

Hoy también me levanto temprano para visitar a William y los nervios, el insomnio y la ansiedad hacen que llegue con demasiada antelación, así que espero en un café a diez minutos a pie y un poco antes de la hora vuelvo a presentarme allí.

No obstante, cuando llega el momento del registro y me preguntan a quién visito, me dicen que no puedo pasar. Pregunto si es porque alguien diferente viene a verlo, quizá alguien de su familia, pero no es por eso.

Hoy no permiten visitas.

Insisto hasta que me sacan de la fila y me llevan a un lugar aparte, pero allí tampoco pueden informarme.

Estoy a oscuras y empiezo a imaginar lo peor.

Me niego a marcharme de allí durante una hora larga, pero al final comprendo que no hay nada que pueda hacer si no me quieren contar lo que ocurre.

En la parada del autobús, durante el viaje de vuelta a Bravelands y en el camino al Refugio, mientras hago girar el pedacito de citrino que llevo como amuleto, imagino mil escenarios distintos, cada cual peor que el anterior: se ha peleado y lo tienen en aislamiento, lo han trasladado a una prisión de mayor seguridad, le ha ocurrido algo terrible ahí dentro...

Para cuando llego a la posada, me deshago en nervios.

Lo primero que hago es buscar a Kev para pedirle que hable con su abogado, porque no permitir las visitas de un preso sin razón alguna no puede ser legal. Sin embargo, no lo encuentro por ningún lado.

Me paso la mañana vagando de un lado a otro hasta que Martha me recomienda que llame por teléfono, que insista; y así lo hago.

—Paciencia, niña. En algún momento tendrán que responderte.

El resto del día lo paso entre llamadas, preguntando por William a todo aquel que se me ocurre, hasta que se hace demasiado tarde para que nadie atienda al teléfono. Me quedo dormida de puro agotamiento y, al día siguiente, cuando apenas ha amanecido y Pucca aún sigue recostada en su rincón, me despierta el sonido del teléfono.

Abro los ojos, desorientada. Ni siquiera me desvestí, me quedé dormida sobre una cama que lleva deshecha días, sin correr las cortinas ni encender el fuego.

Cuando mis ojos son capaces de enfocar la pantalla, reconozco el número al instante; no en vano ayer llamé nueve veces a una de sus extensiones.

—¿Diga? —respondo con cierta ansiedad.

—¿Izzy? —contesta una voz; una voz profunda, un poco ronca, que conozco bien.

—¡William! —exclamo—. ¿Estás bien? Ayer no me dejaron entrar a verte. Nadie quería contarme nada. Estaba preocupada.

—Estoy... estoy bien —contesta—. Tranquila. Yo estoy bien, pero tienes que venir a

buscarme.

—¿Qué?

William carraspea un poco.

—No tengo dinero ni forma de volver, así que si pudieras venir a por mí...

Se me para el corazón.

—¿Qué estás diciendo?

Tarda unos segundos en responder y, cuando habla, lo hace apenas en un murmullo, como si no se atreviera a decirlo en voz alta.

—Van a soltarme.

—¿Qué?

—Van a soltarme, Izzy —repite un poco más alto, con la vacilación aún bailando en su voz.

—¿Cómo es eso posible?

Hablo tan alto que Pucca alza su cabecita, alerta.

—Todavía no sé mucho. Dicen que pronto llegará mi abogado, pero... Te lo cuento cuando llegues, ¿de acuerdo?

Me falta tiempo para asentir, colgar y ponerme las botas antes de salir disparada hacia allí.

Una parte de mí cree que el día anterior nunca tuvo lugar. He dormido tan poco y tan mal que lo veo todo como parte de un sueño, envuelto en bruma.

Cuando me acerco a la prisión y lo veo allí, sentado en un banco vestido con la misma ropa que llevaba el día que lo encerraron, el corazón me empieza a latir tan fuerte que temo que se me salga del pecho.

Voy corriendo hasta él, sin importarme las miradas, la gente que hay alrededor, y me abalanzo sobre sus brazos cuando él también me ve y se pone en pie para dar un paso hacia mí.

Me abraza con fuerza, estrechándome contra su pecho mientras siento su respiración contra mi pelo. Sus fuertes manos me rodean como si fuera incapaz de soltarme, y ambos tardamos unos segundos en recomponernos.

—Estás aquí —le digo—. Fuera.

Él asiente. Parece conmocionado, un poco ido, mientras examina mi rostro con premura. De pronto, me agarra por los hombros, se inclina sobre mí y pega su boca contra la mía con ímpetu.

Me aparto de él con la poca fuerza de voluntad que me queda.

—¿Cómo? ¿Cómo te han liberado?

—Ha sido Kev.

—¿Qué?

Él sacude la cabeza y mira a los lados. No quiere hablar aquí. Me pasa una mano por la cintura y ambos echamos a andar hacia la parada de autobús.

—Kev se entregó ayer. Por eso no te dejaron verme, ni te dieron explicaciones. Estuvimos todo el día respondiendo preguntas.

Me quedo helada.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy tan desconcertado como tú —contesta, abrumado, y se pasa una mano por el pelo despeinado.

—¿Estuvisteis juntos en los interrogatorios?

Él sacude la cabeza.

—No lo he visto, ni he hablado con él, así que no sé qué es lo que está pasando. —Se detiene de pronto y se adelanta un poco para cogerme por los hombros—. Él no fue, Izzy. Sé que

no lo hizo Kev.

Lo medito unos segundos, tan solo unos instantes, y yo también acabo descartando la idea.

—Yo tampoco lo veo capaz.

William echa a andar de nuevo. Es temprano, la mañana es fría y el vaho se escapa de sus labios cada vez que habla.

—No sé qué narices está haciendo. Si es una treta de ese abogado...

—¿Tampoco has podido hablar con él?

Vuelve a negar con la cabeza.

—Otro abogado estuvo presente durante los interrogatorios. No tengo noticias de ese tío.

El autobús que nos llevará de vuelta a Bravelands se ve a lo lejos; está a punto de llegar. Sin embargo, detengo a William antes de que siga andando.

—Si Kev ha confesado, lo tendrán ahí dentro, ¿verdad?

—Imagino que sí —contesta, y se encoge un poco de hombros, pensativo.

—Tú no deberías entrar, ni siquiera sé si te dejarían. Pero yo puedo hacerlo.

No necesita que le diga nada más. Damos media vuelta inmediatamente y cruzamos los dedos mientras intento conseguir una visita con Kev. Tal y como sospechaba se encuentra ahí dentro y al cabo de una hora larguísima me dejan pasar a la sala de visitas mientras William espera fuera.

No sé si al haber sido sospechoso le convendría visitar a Kev, puede que incluso fuera perjudicial para este. Y como no tenemos a nadie a quien consultar, preferimos evitar riesgos.

Kev entra junto con el resto de presos en la sala. Viste el mismo traje insulso que vestía William hasta ahora. Lleva los pantalones un poco caídos y se ha subido las mangas a pesar del frío.

Se sienta frente a mí con su sonrisa eterna e inmutable, como si nos estuviéramos citando en un bar cualquiera y no estuviéramos frente a frente en la sala de visita de una prisión.

—Izzy. Qué sorpresa. Tres años sin vernos y, de pronto, coincidimos casi a diario.

Estoy a punto de responder, pero necesito dos segundos para deshacer el nudo que tengo en mi garganta. Apoyo los codos en la mesa y me inclino un poco adelante para no tener que levantar la voz.

—¿Qué has hecho? —inquiero.

No creo que tengamos tiempo para andarnos con rodeos.

Kev suspira y sonrío con cierta tristeza. Mira a un lado, como si tratara de encontrar las palabras correctas, y después se mira los dedos entrelazados sobre la mesa.

—Los dos sabemos que iban a condenar a William —responde, sosegado.

—¿Y te has entregado en su lugar? —inquiero, bajito.

Una oleada de culpa y alivio, todo al mismo tiempo, me atraviesa. Es una sensación extraña e intensa.

—Tenía antecedentes, ya lo dijo nuestro abogado. Yo, en cambio...

Me inclino un poco más adelante y me armo de valor para pronunciar unas palabras que todo mi ser me pide a gritos que guarde para mí.

—Aunque William sea inocente, no tienes que cargar con este peso, Kev.

Kev se echa un poco hacia atrás, sorprendido. Enarca una ceja.

—Pensaba que precisamente tú estarías a favor de todo esto.

Sacudo la cabeza.

—Daría lo que fuera para que William siguiera libre, pero no creo que lo que has hecho sea

justo para ti.

Tarda unos instantes en responder. No hay atisbo alguno de sonrisa cuando me mira como si juzgara si estoy siendo completamente sincera o no.

—Mi abogado cree que me rebajarán la pena al máximo. Si juego bien mis cartas, quizá no tenga que cumplir más que unos meses y hacer unos cuantos trabajos comunitarios.

—¿Qué dice tu abogado sobre lo que has hecho?

Cuando sonrío, comprendo enseguida que es una batalla perdida.

—Está cabreadísimo. —Se ríe un poco—. Y en realidad no entiendo por qué. Le estoy planteando un reto laboral. Debería estar contento.

—¿Y tus padres? —me intereso.

Se frota la nuca.

—Creen que soy idiota.

—Puede que sí lo seas. —Sonrío y le tiendo la mano por encima de la mesa.

Kev la toma y nos las estrechamos durante unos instantes.

—Dile a William que fui yo para que no se sienta tan mal —me pide con cierto humor en la voz.

—No se lo creerá.

Suspira y su expresión se vuelve un poco más seria.

—No dejes que se torture mucho, ¿vale?

Le digo que sí, que lo intentaré, pero incluso yo sé que eso no será nada fácil.

Cuando acaba la visita y vuelvo fuera, William me observa interrogante y a mí me mata salir con más preguntas aún en lugar de traerle respuestas.

Tardamos un buen rato en tomar el bus de vuelta a Bravelands, porque antes nos detenemos en una cafetería para hablarlo, para poder explicarle con tranquilidad lo que me ha dicho Kev ahí dentro.

Como era de esperar, William no lo acepta y tengo que tomarlo de la mano un par de veces para impedir que salga hecho una furia del local y se dirija de nuevo a la prisión.

Para cuando llegamos a Bravelands, William sigue pensativo, haciéndose las mismas preguntas que yo, masticando la culpa. Casi puedo ver los remordimientos revoloteando a su alrededor.

Martha y Olle se alegran tanto al verlo aparecer que ambos lo envuelven en un abrazo de oso y al verle la cara le preguntan por qué no está dando saltos de alegría. Explicárselo es duro y, cuando William desaparece escaleras arriba para darse una ducha, comprendo que cumplir la promesa que le he hecho a Kev quizá sea más difícil de lo que pensaba.

**William**

## Yo me siento arrastrado por tus ojos,

pero adónde me arrastran, no lo sé

A pesar de todo, ayer pasamos el día entero en la cama, entre las sábanas, despertando a ratos de un sueño ligero y superficial para besarnos, buscarnos con las manos y los labios, y volver a dormirnos después.

Hoy me levanto a duras penas mientras todo mi cuerpo tira en dirección a la cama en la que Izzy sigue adormilada, con el pelo cobrizo despeinado, los labios entreabiertos y su respiración suave moviendo su pecho al compás de un sueño tranquilo.

Me obligo a darme una ducha y a vestirme y, cuando regreso a la cama, el sonido ya debe de haber despertado a Izzy, que me espera un poco incorporada mientras hojea el libro de Mary Shelley.

—No llegamos a terminarlo —me dice, entusiasmada.

Siento una punzada de culpabilidad cuando cojo el libro, me recuesto tras ella contra el cabecero de la cama y la tomo entre mis brazos. Me siento terriblemente mal cuando Izzy apoya su cabeza en mi hombro y me llega su aroma a canela.

Sé que debería pensar en Kev, que ahora mismo debería estar buscando una forma de sacarlo de ahí y que no debería estar aquí encerrado con Izzy, derretido ante sus atenciones.

Pero estos días han sido tan largos...

Tan duros...

Una parte de mí estaba convencida de que ese juicio se celebraría y yo saldría culpable. Ya había empezado a asimilar que los próximos años serían parecidos a los últimos días, y se me encogía el corazón solo con imaginarlo.

Por eso todo mi cuerpo quiere abandonarse a esta nueva sensación, al alivio, al amor que siento junto a Izzy.

Pero sé que está mal.

Por eso, me concedo un rato más, solo un rato, hasta que acaben estas páginas. Luego afrontaré lo que debo hacer para sacar a Kev de esta, porque está claro que la responsabilidad es mía. Y sigo leyendo, página a página, hasta que se agotan y nos quedamos en silencio, muy juntos el uno del otro.

—William —interviene Izzy. Hay vacilación en su voz cuando se gira un poco para mirarme. Al parecer, ella también ha tenido cosas en las que pensar, pensamientos intrusos como los míos—. ¿Vas a... vas a quedarte en Bravelands? ¿Sigues en pie todo lo que me dijiste?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Nada de lo que dije acerca de lo que siento por ti ha cambiado —replica.

Ella adivina cómo sigue la frase antes de que la formule y aparta la mirada. Ese gesto, esa tristeza, me parten el alma.

—Pero lo que ha ocurrido lo cambia todo.

La veo cerrar los ojos, asentir. Se mueve de tal manera que ya no puedo verle el rostro, completamente recostada contra mi pecho. Siento su mano en mi cintura, su mejilla contra mi cuello.



—Kev me necesita. Todavía no sé cómo, pero sé que debo estar ahí. Quizá busque a los que estaban allí esa noche, tal vez encuentre a quien declaró en mi contra para aclarar las cosas... Llegados a este punto, sé que culparme a mí mismo no solucionaría nada.

—No. No creo que eso funcione —coincide con un hilo de voz.

—Así que, a lo mejor, lo más sencillo sea buscar al culpable. Los chicos me contarán más de lo que le dijeron a la policía, estoy seguro. Quizá así pueda limpiar su nombre antes del juicio.

Izzy no responde y ese vacío me golpea el estómago.

—¿No vas a intentar impedirlo?

—Sé que no puedo —responde—. Me gustaría que te quedases aquí conmigo, que luchásemos juntos de otra forma. Pero creo que te conozco bastante bien como para saber que harás todo lo que esté en tu mano para sacar a Kev de ahí, y si te quedas conmigo, siempre sentirás que pudiste haber hecho algo más.

La tomo con suavidad por los hombros para apartarla de mi cuerpo y me siento frente a ella en la cama.

—No será para siempre.

—Pero será demasiado tiempo para hacer promesas —responde con tristeza.

Me muerdo los labios y aparto la mirada, que empieza a empañarse.

—Quiero volver —le digo, y espero que entienda lo que significa eso para mí, espero que esa promesa sí sea suficiente.

A veces, lo que el corazón quiere y lo que la cabeza necesita no coinciden.

—Y yo quiero que vuelvas —responde, y se inclina un poco hacia mí, solo un poco, hasta que nuestros labios se rozan y compartimos un beso lento y lleno de significado que me arrastra a un lugar muy lejos de aquí, donde ninguno de los dos tiene que despedirse, ni tomar decisiones que le apartarán del otro. Me arrastra a un otoño perpetuo en el que somos felices para siempre.

Cuando se aparta, siento el sabor salado de las lágrimas en los labios, y sería imposible decir a cuál de los dos pertenecen.

No recuerdo la última vez que lloré, pero sé que esta no la olvidaré nunca.

—¿Cuándo te vas?

—Debería hacerlo ya, cuanto antes mejor —respondo, tan bajo que apenas es un susurro.

Ella asiente y no se mueve de esta habitación mientras me pongo en pie y hago mi equipaje con el corazón en un puño.

Siento que hay muchas cosas que debería decir, pero nada de lo que se me pasa por la cabeza me parece adecuado en un momento como este.

Todo pasa demasiado rápido cuando me ve terminar y se pone en pie.

—Deberías despedirte de Martha y Olle.

Asiento y no pierdo el tiempo. Siento que, si en algún momento me paro, si me detengo a pensar en lo que está ocurriendo, luego no tendré fuerza de voluntad para seguir avanzando.

Izzy se mantiene un poco al margen mientras me despido de la pareja de ancianos. No les doy todos los detalles, pero entienden que deba marcharme y me dejan ir tras asegurarme que en el Refugio siempre habrá una habitación para mí.

Después nos dejan salir a solas al exterior.

Desde aquí se ve una parte del lago y el comienzo del sendero por el que llegué hace varias semanas; el sendero que ahora tomaré para marcharme de nuevo.

Siento que hay algo que debería decir, pero también creo que en esta situación sería egoísta, así que me limito a repetir nuestra promesa, una que duele un poco menos.

—Quiero volver.

Izzy rodea mis hombros con los brazos y me estrecha en un abrazo que sabe a poco; cualquiera de sus abrazos siempre me hará necesitar muchos más.

—Volveremos a vernos —se atreve a asegurar.

Asiento. Intento no preguntarme cuándo ocurrirá eso, en qué circunstancias será. La última vez estuvimos separados tres años hasta que una decisión impulsiva y afortunada me trajo a su lado.

No digo nada más porque no soy capaz. La estrecho también antes de compartir un beso largo y desesperado que sabe a una promesa de papel.

Me aparto apenas sin mirarla, me echo la bolsa de deporte al hombro y me alejo de allí a paso apresurado sin mirar atrás.

Si mirase, aunque solo fuera una vez, y la viese al comienzo del camino, entre los árboles de hojas doradas al pie del Lago Áureo, sería incapaz de marcharme.

Y ahora sé qué es lo que debo hacer.

Me despido de Bravelands.

**Elizabeth**

## En donde la verdad vuelca su urna

Hacerse a la rutina, a la nueva realidad, es más duro de lo que imaginaba. Todo es extraño, porque parece que nada ha cambiado; sigo dedicándome a mis tareas en el Refugio, ayudo en la fundación, cuido de los animales de la granja y, al acabar el día, me recuesto en mi rincón para leer con Pucca a mis pies y un buen libro en las manos.

Siento como si por aquí hubiera pasado una tormenta sin nombre, destructiva y arrasadora, y se hubiera marchado dejando todo en su sitio sin explicación alguna.

Es desconcertante.

Los días pasan sin que reciba noticia alguna de William. Él sabe mi número, yo no tengo el suyo porque debía comprarse un nuevo teléfono. Sé que ha pasado demasiado tiempo como para que no lo haya hecho ya, para que no haya pensado en llamarme o en escribirme. Si no lo ha hecho ya, probablemente sea porque no es capaz.

A mí también me tiembla una parte del corazón cuando pienso en volver a hablar con él.

Intento no dejarme mucho tiempo libre entre la fundación y el Refugio. Tomo todas las responsabilidades que me permiten y me esfuerzo por no pensar demasiado.

Sin embargo, cada vez que cierro los ojos soy consciente de que esta rutina, esta realidad, ya no es normal; dejó de serlo desde que William apareció aquella mañana por ese camino con el gorro cubriéndole el cabello oscuro, los tatuajes asomando bajo su jersey, los pantalones desgastados y ese ojo amoratado.

Una mañana, cuando vuelvo del lago junto con Pucca, Olle sonrío desde el mostrador en cuanto me ve aparecer.

—¡Martha! ¡La niña está aquí!

Enarco las cejas y no puedo evitar mostrar una sonrisa sorprendida.

—¡Martha! —insiste él sin dejar de mirarme con expresión afable.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Ya verás, ya verás. ¡Martha!

Martha aparece enseguida, limpiándose las manos llenas de harina en el delantal y, cuando me ve plantada en el vestíbulo, se le ilumina la sonrisa.

—¡Izzy! Creemos que ha ocurrido algo maravilloso.

—¿Creéis?

—Olle, ¡el periódico! —exclama.

El anciano se revuelve dentro del mostrador, nervioso, y Martha se afana también en la tarea de encontrar aquello que buscan sin que parezca importarles en absoluto que lo estén poniendo todo perdido de harina.

Si no fuera porque su ansiedad me está inquietando un poco, me reiría de sus prisas, sus sonrisas nerviosas y sus torpezas. Pucca empieza a ladrar ante tal agitación.

Por fin, Martha encuentra lo que me quieren enseñar y me tiende con los dedos todavía manchados por la harina un recorte de periódico.

—Es de hace dos días —me dice Olle—. Uno de los huéspedes se dejó el periódico en la habitación. Ya sabes que aquí no compramos este; es demasiado sensacionalista, no cuenta las

cosas importantes y...

—Ya, ya... —lo ataja Martha—. Deja que la niña lo lea.

Mis ojos vuelan por encima de la página hasta que un titular me impide seguir leyendo nada más:

«Fugitivos en Bravelands. Detienen a un tercer sospechoso cuando la víctima de una brutal paliza despierta tras el coma».

Levanto los ojos hacia los ancianos, que me miran con avidez, y ambos me hacen un gesto para que continúe leyendo.

«El último de los sospechosos no ha sido detenido en Bravelands, pero sí fueron detenidos en nuestra localidad y en las inmediaciones los dos anteriores que, finalmente, han sido puestos en libertad. La víctima, un joven de veinte años, declaró haber visto la cara de su agresor, contradiciendo las versiones del testigo que situaba al primer sospechoso en el lugar del crimen y la propia versión del segundo sospechoso que alegaba haber sido él. Debemos esperar unos días para que este asunto se aclare y saber cuál es la verdad tras esta trama que parece sacada de...».

No sigo leyendo.

—Habla de nuestro William, ¿verdad? —inquire Martha.

Vuelvo a leerlo todo de nuevo, esta vez mucho más despacio, cerciorándome de que las ganas que tenía de recibir noticias de William no me hacen imaginar cosas.

—Creo que sí. Creo que se refieren a él; el primer sospechoso.

—Ves, Olle, ¡te lo dije! —exclama la mujer, entusiasmada.

—Si esto es verdad... —digo, y agito la página en el aire—. Si esto es cierto, significaría que ya no tienen nada contra Kev...

No llego a terminar mis pensamientos en voz alta. Salgo disparada escaleras arriba, con Pucca enredándose en mis piernas mientras me acompaña, y no pierdo el tiempo antes de coger el abrigo, la cartera y salir disparada hacia la parada de autobús.

No obstante, no consigo lo que esperaba. No me dejan hablar con Kev y tampoco me dan información al respecto, y debo volver a la posada con la ansiedad burbujeando en mi estómago.

Hoy no soy capaz de concentrarme en ninguna de mis tareas y Martha intenta en vano distraerme mientras espero a que ocurra algo.

Me acuesto con los nervios a flor de piel, fantaseando sobre la misma idea, haciendo mil cavilaciones diferentes, hasta que llega el amanecer y los ladridos de Pucca, apoyada sobre el alféizar de la ventana, me desperezan del todo de un sueño demasiado superficial.

Pucca ladra a algo que ha llamado su atención y gira de vez en cuando la cabeza hacia mí como si esperase que me acercara para observar con ella. Solo se detiene unos instantes cuando me acerco a su lado, abro la ventana y descubro a dos figuras acercándose por el sendero cubierto de las hojas caídas que arrastra el viento.

Pucca ladra tan fuerte que acaba alertándolos de nuestra presencia y ambos alzan la cabeza hacia la ventana. Están muy lejos, pero no lo suficiente como para que no intuya una sonrisa en sus rostros.

El corazón me late a mil por hora cuando descubro que William se detiene tan solo unos segundos para mirarme, y veo en su rostro la misma emoción contenida que en el mío.

Me aparto de la ventana y me pongo unas botas a toda prisa mientras me dirijo a las escaleras y a mi mente acuden los recuerdos del primer día que lo vi aparecer por ese camino.

Una sensación extraña, nostálgica, se desliza sobre mí mientras bajo las escaleras y llego

justo a tiempo de ver cómo William y Kev entran en el Refugio.

Pucca me adelanta en las escaleras y escucho cómo patina sobre sus tres patitas cuando llega al suelo de madera del vestíbulo. Sale disparada hacia ellos, sin vacilar. Yo, en cambio, dudo un solo segundo.

Kev sonrío con esa media sonrisa tan suya, un poco burlona que, sin embargo, demuestra felicidad. El rostro de William, por el contrario, parece un poco más afectado.

Todo mi ser me pide correr hacia él y, sin embargo, abrazo primero a Kev, porque sé que, cuando me acerque a William, lo tendré muy difícil para volver a soltarlo.

Parece que él también se sorprende un poco de que lo haya elegido a él primero, pero me rodea en un abrazo amistoso antes de hablar.

—El chaval en coma ha despertado —me dice cuando me aparto.

—Lo sé. Lo leí en el periódico.

Hay mucho más sobre lo que hablar, pero ahora no puedo pensar en nada de eso.

Me giro hacia William y me encuentro con una imagen conocida. Su mochila en el suelo, él arrodillado frente a la perrita y esta moviendo su cola, contenta. Cuando ve que tengo intención de acercarme, se pone en pie lentamente. Su altura sigue impresionando. Bajo el cuello de su jersey pueden verse las líneas de sus tatuajes. Lleva el mismo gorro con el que llegó hace semanas. El pelo oscuro, rebelde, se arremolina bajo este. El mismo halo salvaje e imponente lo envuelve. Y siguiendo ese aire problemático muy logrado.

Sin embargo, esta vez, cuando ladea la cabeza y sonrío, cada parte de mí reconoce esa sonrisa y mi corazón responde a ella latiendo más fuerte.

En algún momento, Kev se aparta un poco, dejándonos intimidad y consigue que Pucca lo siga.

—¿Os quedan habitaciones? —pregunta con una sonrisilla.

—Puede que nos quede alguna —contesto incapaz de contener la alegría.

Da un par de pasos hacia mí, como si también a él le costara mantenerse alejado estando tan cerca. Lo veo sacar las manos de los bolsillos y volver a meterlas, nervioso.

—¿Cuánto te quedas? —pregunto, igual que pregunté la primera vez que estuvimos de pie en este mismo vestíbulo.

Él sonrío.

—Bastante. —Se muerde los labios—. Puede que para siempre.

Y entonces no lo aguanto más. Rodeo su cuello con los brazos, lo acerco a mí y disfruto de la sensación de volver a tener sus manos sobre la cintura, sobre mi espalda.

—Me gusta cómo suena ese «para siempre» —murmuro contra sus labios, cada vez más cerca, hasta que nos besamos y compartimos un beso suave y tierno que me derrite por completo.

—A mí también —confiesa, y bebo de esa expresión, esa sonrisa, esa mirada cargada de emoción.

Ha venido para quedarse.

**William**

# Epílogo

Abandono mi equipaje en el suelo en cuanto veo a Izzy aparecer por las escaleras y la rodeo con los brazos unos segundos antes de que se lance contra mí con tanta fuerza que estoy a punto de tropezar.

Se me escapa una risa y me dejo contagiar por la suya mientras hunde el rostro en mi cuello y yo me agacho para tomar sus caderas con las manos y levantarla del suelo hasta que rodea mi cintura con las piernas.

Echo a andar escaleras arriba sin dejar de besarla; apenas soy capaz de apartar el rostro de ella, entre risas, para asegurarme de que no nos matamos mientras hago malabarismos para subir a su cuarto.

La puerta está cerrada cuando llegamos. Me entra aún más la risa e introduzco una mano en su bolsillo hasta dar con la llave. Izzy se ríe cuando me detengo más de la cuenta buscándola.

Abro la puerta, la empujo y entramos.

Caemos en la cama entre besos y risas y caricias urgentes.

Nos vimos hace una semana, pero los días pasan despacio cuando estamos separados.

Normalmente, me quedo aquí con ella, en el Refugio, pero los últimos exámenes me han tenido tan absorbido que he decidido pasar la última semana en el campus, en el apartamento de un compañero, para no distraerme.

Por razones obvias, aquí no estudio tanto como debería.

—Imagino que los exámenes han ido bien —murmura, y yo tengo que hacer uso de una fuerza de autocontrol que no sabía que tenía para dejar de besar su cuello.

—Este curso me va mejor —respondo—. No me puedo quejar.

No voy a negar que, a pesar de la ilusión que me hacía, el primer año fuera duro. La dinámica de las clases, los exámenes, los trabajos... Y todo eso compaginado con mi trabajo en el pueblo. Ahora sirvo cafés en una cafetería de Bravelands para pagarme los estudios. No gano mucho, pero Martha y Olle me han acogido y se niegan a cobrarme nada. Sin ellos, sin ese apoyo, no creo que pudiese seguir estudiando.

Acostumbrarme a la nueva realidad fue difícil, pero este curso está resultando prometedor.

Ahora que me he adaptado, organizarme no es tan complicado. De vez en cuando vuelvo a casa para visitar a la familia; aprovecho cuando Izzy vuelve también para ver a la suya y así no malgastar ni un solo minuto separados. Kev también se ha pasado por aquí unas cuantas veces.

Antes de que ocurriera todo esto no tenía muy claro si seguiría presente en mi nueva vida, tan distinta a la vida que compartía con él y con los chicos, pero ahí está, al otro lado de la línea siempre que hace falta.

Ninguno de los dos tuvo problemas con la justicia desde que el chaval en coma declaró y se demostrara quién había sido: Brad, el mismo que me había acusado a mí. Tuvimos que volver a prestar declaración, tanto por estar allí cuando ocurrió la agresión como por el hecho de que Kev mintiera al confesar. Pero todo se arregló con unas cuantas horas de servicios comunitarios y al cabo de unos meses nos olvidamos de todo el asunto.

El otoño está a punto de acabar y todavía recuerdo la decisión que me trajo aquí hace un año, esa mañana que vi a Izzy por fin después de tanto tiempo.

—Te dije que todo mejoraría con el tiempo —murmura, y alza una mano para entrelazar sus



dedos con los míos en un gesto tierno.

No puedo contenerme y le doy un beso un poco brusco e impulsivo.

Puede que sea nuevo en esto, pero ella también lo es y estamos juntos para recorrer este camino que no sabemos a dónde lleva. Lo único que sé es que al final seguiré agarrándola de la mano. Aunque el otoño llegue a su fin, esta siempre será mi estación favorita, porque me llevó a Izzy.

Entre beso y beso, cuando sus dedos ya han volado bajo mi camiseta y la suya ha desaparecido hace un par de caricias, me aparto un poco de ella.

Quiero decir algo, pero me quedo mirándola como un idiota hasta que es ella la que suelta una risa muy suave y habla.

—¿Qué te pasa?

—No me creo la suerte que tuve de acabar aquí.

Ella se acerca un poco para rozar su nariz con la mía.

—Me alegra habernos encontrado justo ahora.

Volvemos a besarnos y algo cálido se desliza bajo mi piel, una sensación que ya no es nueva, tan viva que asusta y, aun así, estoy deseando explorarla.

Estoy deseando explorarla con ella.

# Agradecimientos

Antes de nada, gracias a los lectores que me habéis acompañado en estas páginas y gracias al equipo de Ediciones Kiwi por hacer posible esta reedición en la que he tenido la oportunidad de encontrarme de nuevo con William e Izzy.

Gracias a mis padres por apoyarme en cada paso que decido dar en el apasionante pero complejo universo de la literatura, y gracias a mi tía por estar ahí siempre que la necesito.

Gracias a Ima por acompañarme en este viaje, de forma figurada y literal, por estar ahí, regalándome tu apoyo, en cada evento y presentación, y por hacer de cada experiencia un recuerdo especial.

Gracias a todas mis amigas, especialmente a las que estando lejos me hacen sentir que siempre están muy cerca. Lara, Cris, Lucía, Marina, Irene..., contar con vuestra amistad es un regalo.

Y, por último, gracias a los que apostáis por mis libros, a los que estáis siempre ahí para brindarme vuestro apoyo y os emocionáis conmigo con cada paso adelante, con cada buena noticia.

Si queréis pasar a decirme qué os ha parecido la novela, contarme algo o simplemente decir «hola», sois bienvenidos en todas mis redes.

Con cariño,

Paula